GIOVANNI GUARESCHI

AUTOR DE DON CAMILO, ETC.

EL DESTINO SE LLAMA CLOTILDE



El destino se llama Clotilde es una novela humorística que te hace reír. No porque no sea seria, sino porque es una mezcla efervescente de encuentros, aventuras, paradojas, giros, retrocesos de las diferentes situaciones, en diferentes países. Personajes extraños a quienes les sucenden las cosas más raras, a menudo al borde de la legalidad. La trama a veces toma direcciones imprevisibles, la creación de historias en la historia.

Todo está escrito con una ironía amable, con un humor que elimina todo el conformismo que, desgraciadamente, limita nuestra vida.



Giovanni Guareschi

El destino se llama Clotilde

ePUB r1.0
Pepotem2 18.11.13

Título original: *Il destino si chiama Clotilde*
Giovanni Guareschi, 1943
Traducción: Claudio Matas Ros

Editor digital: Pepotem2
ePub base r1.0

Capítulo 1

A bordo del "Delfín". Historia de Filimario Dublé, de un vaso de aceite y de una carta que no era de amor.

A las nueve de la mañana del 14 de mayo de 1885, el "Delfín" levaba anclas en el puerto de Nevaslippe y se dirigía hacia el mar.

Media hora más tarde el señor Filimario Dublé oía llamar discretamente a la puerta de su cabina, y esto, aun siendo un suceso corriente, provocó en el conocido caballero justificada alegría. Efectivamente, ya hacía bastante tiempo que el señor Filimario Dublé esperaba que alguien llamara a la puerta de su camarote: para ser más exactos, desde hacía sesenta minutos, el señor Filimario Dublé esperaba la aparición de la señorita Clotilde Troll.

Y era la cosa más lógica que podía esperar, después de la singular carta recibida la noche anterior:

"Muy señor mío:

"Mañana mi yate levará anclas para un corto crucero: a las ocho y media le espero a bordo. Querría comunicarle una curiosa idea que ha brotado en mi corazón desde hace ya algún tiempo. "Le doy las gracias y le ruego que acepte un pequeño beso de

Clotilde Troll."

¿Quién hubiera sido capaz de rehusar un beso de Clotilde Troll, la chica más bonita, más famosa y más rica de Nevaslippe? Sólo el

señor Filimario Dublé —encontrándose en condiciones normales— hubiera sido capaz de rehusarlo. O mejor, en determinada ocasión, él lo hubiera rehusado. Pero ahora, por culpa de aquel maldito vaso de aceite de ricino, Filimario Dublé se encontraba en una situación muy anormal. Filimario Dublé, perteneciente a una riquísima familia de Nevaslippe, era ante todo un hombre de carácter, y en esto se parecía por partes iguales a sus abuelos paternos y a su madre Jazmina. Además, había heredado de su padre, el señor Tom, toda aquella inapetencia para las cosas convencionales, que había inducido al mismo señor Tom a dejar huérfano de pocos meses a Filimario, para poder—decían— sustraerse a la extraordinaria trivialidad de respirar. Considerando la extremada convencionalidad de la vida, Filimario se divirtió muy pocas veces. Cuando tenía diecinueve años y vivía aún con su tío Flip, Filimario, a pesar de disponer de todo el dinero de su tío Flip, se aburría. Pero un día encontró una ocupación que pareció interesarle mucho: el estudio de la medicina. Filimario entonces estudió con mucho interés durante dos años, al final de los cuales se metió en cama aullando. Fueron llamados los tres más famosos clínicos de la ciudad y Filimario les describió tan minuciosamente sus molestias, las localizó con tanta precisión y explicó con tanta exactitud las irregularidades que la enfermedad provocaba en sus funciones internas que, finalmente, los tres grandes médicos se miraron triunfalmente y dijeron:

—Esta es la más evidente, la más identificada apendicitis que existe en el mundo.

Luego condujeron a la sala operatoria a los estudiantes, con el fin de enseñarles la más clásica apendicitis de la historia médica. Llegada la hora de la operación, el más célebre de los tres archipámpanos de la medicina empuñó un bisturí, abrió el vientre de Filimario y se volvió pálido por la emoción. Ante sus ojos estaba el más perfecto y más robusto intestino del mundo. De apendicitis ni la sombra.

En aquella ocasión Filimario se divirtió. Pero ¡cuánto había tenido que trabajar para una diversión que se saliera de la trivialidad! Había tenido que trabajar mucho tiempo para ser capaz de una enfermedad inexistente con tal precisión que engañase a tres

archipámpanos de la ciencia, y había tenido que dejarse abrir el vientre, a fin de divertirse admirando las tres caras más asustadas del universo. El señor Filimario Dublé se divirtió muy pocas veces en la vida. Nos atreveríamos a afirmar que sólo fueron dos: la primera, cuando les jugó aquella broma a los tres archipámpanos; la segunda, cuando les jugó la broma a los vecinos de Temerlotte. Tenía entonces Filimario veinticinco años, y un día se trasladó a Temerlotte bajo falso nombre y alquiló una gran tienda en el centro. Tapizó las paredes de las calles con carteles, insertó grandes anuncios en los periódicos y la gente picó. Quedó sorprendidísima.

El local de Filimario estaba completamente vacío. Ni un pequeño clavo en las paredes; en las vitrinas, ni un alfiler. En el rótulo, con grandes caracteres, una sola palabra: "NADA".

La gente rió, pensando en una broma, luego pensó en una invención publicitaria, después empezó a enfadarle, Filimario, cada mañana, con extremada seriedad, hacía subir las puertas metálicas y se quedaba imperturbablemente sentado sobre un taburete —único mueble— en el centro del inmenso establecimiento. Ni una palabra, ni un gesto. La gente estaba indignada: "¡Nada!", leía en alta voz, rabiosamente, y resoplaba.

Después, de cuando en cuando alguien se asomaba.

—En fin, ¿se puede saber qué es lo que se vende aquí? —le gritaban a Filimario.

—Nada —contestaba Filimario con gran dignidad.

La cosa siguió así durante tres meses y la gente se indignaba cada día más.

Finalmente, una mañana, un señor corpulento y sanguíneo entró en la tienda y se plantó amenazador frente a Filimario.

—¿Nada? —preguntó torvo. —Sí, nada —contestó, inclinándose, Filimario. —¿Cuánto? —preguntó, todavía torvo el señor sanguíneo.

—De cincuenta francos para arriba —explicó amablemente Filimario.

—Deme usted ciento cincuenta francos —ordenó el hombre, rechinando los dientes y tendiendo el dinero. Filimario cogió el dinero y luego sopló en la palma de la mano.

—Ahí va —dijo—. ¿Está bien?

—Bien —contestó el señor sanguíneo suspirando como si le

hubieran liberado de un enorme peso. En esa ocasión también, Filimario se divirtió: pero entonces también fue una cosa complicada, cansada y sobre todo clamorosa. Y el autor no habría ciertamente retardado el curso de los acontecimientos, con dos historias fáciles de hallar en cualquier colección de historias *nevaslippenses*, si estos episodios no fueran tales que iluminaran al lector sobre todo lo que atañe a la silueta moral del señor Filimario Dublé. En efecto, de estos episodios, más que la excentricidad de nuestro célebre caballero resalta su singular firmeza de carácter: y es lo que más importa, porque la causa de la anormal situación en que se encontraba el señor Filimario Dublé en el momento en que da comienzo esta narración y los infinitos apuros que seguirán, debe buscarse solamente en su firmeza de carácter. Filimario Dublé vivió tranquilamente en la fastuosa casa de Nevaslippe, junto con su madre, viuda Dublé, hasta la edad de seis años y quince días. La mañana en que Filimario se preparaba para entrar en el decimosexto día de vida después de los seis años, la señora Jazmina entró en su habitación con un vaso lleno de aceite de ricino.

—Filimario —dijo la señora Jazmina—, bebe pronto, le hará bien.

—No, mamá —contestó Filimario—; antes que beber esta asquerosa mezcla, prefiero quedarme un año sin comer.

—Está bien —sentenció la señora Jazmina—. Entonces no comerás hasta que te hayas bebido este vaso de aceite de ricino.

La señora Jazmina era una mujer de carácter y mantuvo su promesa: cuando Filimario pedía comida le enseñaba el vaso de aceite de ricino.

Filimario resistió tres días, luego llenó una maleta con sus juguetes, y huyó a la calle Sesseppe, junto a su tío Flip Dublé, que detestaba a la cuñada Jazmina y adoraba al sobrinito.

Filimario se quedó con el tío Flip desde los seis hasta los veintisiete años.

—Tío, tengo que volver a casa —dijo un día—, me he retrasado un poco.

Filimario volvió a su casa. Llamó a la puerta. Fue a abrirle la señora Jazmina: en los veintiún años había envejecido. En la mano derecha tenía el vaso lleno de aceite de ricino.

—No, mamá —dijo Filimario moviendo la cabeza. La señora Jazmina cerró la puerta y dijo desde la ventana:

—Volverás a esta casa cuando hayas tomado el aceite de ricino.

Filimario intentó volver a su casa otras dos veces, con el mismo resultado; se quedó sentado ante la puerta durante tres días, luego volvió junto a su tío Flip. Vivió otros tres años con tío Flip: luego el tío murió sonriendo.

—Filimario —le dijo expirando—, yo te bendigo. Tú has alegrado mi vejez y hasta me has ahorrado la molestia de hacer testamento. Gracias a tu ayuda, cierro en perfecto balance. Calculando los gastos del médico y los del funeral, me quedan dos francos. Son tuyos: haz con ellos lo que te venga en gana. Filimario, después de acompañar al tío a la última morada, distribuyó los dos francos en obras de beneficencia y se encontró en el arroyo. Pero quedó en él poco tiempo: a la semana siguiente recibió una carta del notario de la familia que le decía: "Durante el viaje a Strepefiet, su señora madre ha muerto de apoplejía. Urge su presencia para lectura testamento." Filimario se presentó en casa del notario y se abrió el testamento. Era cortísimo: "Dejo todo lo mío a mi hijo Filimario Dublé con la condición de que se beba, en presencia del notario Diks y de los dos testigos por mí indicados, su vaso de aceite de ricino." Una vez leído el documento, el notario llamó a los testigos y después de haber sacado de la caja de caudales el vaso de aceite de ricino, lo ofreció a Filimario. —No —dijo en voz baja, pero extremadamente decidido. Y se dirigió hacia la puerta.

Filimario Dublé era un hombre de carácter; esto ante todo, y luego hay que considerar que en los veinticuatro años, el aceite de ricino se había vuelto verde, en el vaso, y espeso como aceite lubrificante.

—De todos modos —dijo el notario— aquí se queda para cuando lo quiera —y lo depositó en la caja de caudales.

Esto sucedía a las 16 horas del 13 de mayo de 1885. A las 16,30 el señor Filimario Dublé, después de haber hecho un rápido inventario de sus bienes, concluía que podía contar, para su futuro,

con cincuenta francos y algunos baúles de trajes elegantísimos. Apenas tenía para pagar la cuenta del hotel. He aquí por qué habiendo recibido a las 19 horas la carta de Clotilde Troll, Filimario había comunicado al camarero:

Diga que me preparen la cuenta, y, para mañana a las ocho, un coche que me lleve al puerto.

La situación de Filimario no era normal, he aquí todo: en condiciones normales se habría guardado bien de tomar en consideración las invitaciones en el yate y los pequeños besos de la señorita Clotilde Troll.

Clotilde, la rica, excéntrica, tumultuosa Clo, a quien jóvenes y viejos de Nevaslippe miraban con ojos llenos de languidez, siempre había sido considerada por nuestro joven como una muchacha molesta y más bien antipática. Pero en aquella particular ocasión, un crucero en el yate de la señorita Clotilde podía representar un punto de apoyo para el inmediato futuro. Además, de una cosa nace otra.

Filimario Dublé detestaba el matrimonio y un poco a Clotilde Troll: pero entre una millonaria molesta y un vaso de aceite de ricino de veinticuatro años, Filimario pensaba si no era acaso mejor el matrimonio.

Esto explica el porqué oyendo llamar discretamente a la puerta de su camarote, Filimario Dublé se sentía singularmente complacido.

—¡Adelante! —dijo Filimario Dublé, levantándose y arrojando el cigarrillo por la ventanilla. Entró un hombre de grandes proporciones, con un respetable bigote negro y con botones dorados en la chaqueta azul. Aun teniendo en cuenta la no común inclinación de Clotilde Troll por la excentricidad, no se podía pensar absolutamente que se tratara de Clotilde Troll. Se trataba, en cambio, del capitán del yate. —Le agradeceré que me siga a la salita de popa —informó el hombre de mar, y Filimario accedió con una ligera inclinación de cabeza.

Era natural, en el fondo, que Clotilde Troll no bajara al camarote de Filimario, aun siendo enemigo de las cosas convencionales, hubo de reconocerlo. Al entrar en la salita de popa, Filimario se encontró frente a dos jóvenes señores desconocidos: éstos tampoco podían ser

Clotilde Troll, y Filimario se limitó a observar el hecho y a saludar a los dos personajes con una ligera inclinación.

Hubo algunos instantes de silencio; luego el capitán puso una carta encima de la mesa: —Como pueden ustedes ver, la carta está dirigida a los señores Filimario Dublé, Septiembre Nort y Pío Pis. Por esta razón no podía hacer otra cosa que reunir en el mismo local a los señores Dublé, Nort y Pis y entregar la carta a la colectividad. El capitán salió y saludó.

Filimario, además de ser un hombre de carácter, poseía una calma ejemplar. Por eso, antes que otra cosa, encendió un cigarrillo y se arrellanó en una butaca. Finalmente se volvió hacia los dos que se habían quedado en pie, más bien embarazados.

Señores —dijo Filimario—, después de lo que ha comunicado el capitán, las presentaciones son inútiles. Sabemos perfectamente que yo soy Filimario Dublé, que usted es Septiembre Nort y que el señor es Pío Pis. Septiembre y Pis aprobaron.

—No me queda, pues, más que pedir a uno de ustedes que abra esa carta y la lea en alta voz. Si no les gusta esta solución, estoy dispuesto a dividir la carta en tres partes, para que cada uno se quede con la parte que le corresponde.

Septiembre se encogió de hombros, pero Pío Pis, muy delicadamente, hizo observar que la primera solución le parecía la mejor. Abrió por esto el sobre con manos temblorosas y leyó en voz alta:

"Señores:

"Tengan la bondad de perdonar mi acción, pero les aseguro que no se trata de una broma corriente y vulgar Se trata de una cosa muy seria. "Nacida y crecida en Nevaslippe, yo adoro a esta maravillosa ciudad, y para que sea siempre más bella y agradable estoy dispuesta a cualquier sacrificio.

“Les he inducido, con trivial artificio, a que subieran a mi yate con el solo fin de alejar de mi adorada Nevaslippe a las tres personas más detestables de la ciudad. "Muchos habrá que les consideren a ustedes simpáticos, pero yo no puedo, absolutamente. No el verles o el tenerles que hablar, sino sólo la idea de que vivan

ustedes en la misma ciudad es bastante para hacer de Nevaslippe un lugar insoportable.

"Los habitantes de Nevaslippe son tres millones y ustedes podrán extrañarse: '¿Por qué precisamente nosotros tres?' Pero la cosa es muy sencilla: existen, sin duda, en Nevaslippe, personas detestables, como ustedes; pero ustedes, además de detestables, son también célebres. El señor Septiembre, por su milagrosa suerte; el señor Pis, por su fama literaria; el señor Dublé, en fin, por su fortuna y por su excentricidad. El "Delfín" les desembarcará en un lugar por mí fijado, de donde, así lo espero, no volverán ustedes hasta dentro de mucho tiempo a Nevaslippe. La tripulación tiene orden de oponerse con cortés firmeza a cualquier proyecto de ustedes en contra de lo que he dispuesto.

"Les renuevo mis excusas y quedo siempre de ustedes.

Clotilde Troll."

Pío Pis dejó caer la carta y miró a Filimario con cara de miedo.

Septiembre se cogió la cabeza entre las manos.

—¿Nada más? —preguntó Filimario, mirándose las manos.

—Nada más —balbució Pío Pis.

—Bien: entonces podemos ir a pasear por el puente —concluyó Filimario levantándose y dirigiéndose hacia la puerta.

Pero Septiembre se levantó y le cerró el paso.

—Señor Dublé —exclamó muy agitado—. ¡Este es un asunto muy raro! Hay que hacer algo.

—Precisamente —sonrió Filimario— proponía dar un paseo por el puente. Siempre es algo.

—Ya —aprobó Septiembre, calmado—, me parece que es la única cosa que podemos hacer. Pero tiene usted que admitir que se trata de una broma de pésimo gusto.

Filimario movió la cabeza.

—Le aseguro a usted que no se trata de una broma. Nos desembarcarán, efectivamente, quién sabe dónde, y efectivamente no podremos volver a Nevaslippe hasta que haya pasado mucho tiempo. La cosa es seria. —Menos mal —observó Septiembre, sabiendo a qué atenerse—. A mí las bromas no me gustan nada.

Figúrese usted que desde hace tres años no le hablo a mi padre porque un día me quitó la silla cuando iba a sentarme.

Filimario aprobó: hombre de carácter, le gustaban los hombres de carácter.

—Nunca más ni una palabra, ¿entiende usted? —continuó Septiembre—. Y vivimos en la misma casa. Si tengo algo urgente que comunicarle, le escribo, aunque esté comiendo con él. Luego llamo al camarero y le hago entregar la carta.

Pío Pis, que hasta aquel momento había estado asomado a la portilla mirando el mar, se dirigió a sus compañeros.

—Es terrible —sollozó—. ¡No verla más, no poder sentir su perfume, no poderle enviar más las dulces poesías que componía para ella de noche! ¡Yo la amo! Filimario le puso afectuosamente la mano en el hombro:

—Consuélese usted, señor Pío: encontrará a otra.

Pío Pis movió la cabeza:

—¡No! —gritó, retorciéndose las manos—. No: ¡en todo el mundo no puede encontrarse a otra Clotilde Troll!

Septiembre abrió los ojos.

—¿Todavía ama usted a Clotilde Troll?

—Sí —suspiró Pío Pis—. La amo más todavía, como

Petrarca amó más a Laura difunta que a Laura viva.

¡Clotilde no es una mujer, es una criatura del cielo!

Filimario puso otra vez afectuosamente la mano sobre el hombro de Pío Pis.

—Pobre señor Pío —suspiró—. Le entiendo a usted. Es usted tan bobo que merecería casarse con Clotilde Troll.

Septiembre rió fuerte, a mandíbula batiente. En aquel momento alguien llamó a la puerta. —¿Clotilde? —exclamó Pío Pis, mirando hacia la puerta con ojos llenos de esperanza.

Septiembre, al principio, había esbozado una sonrisa, pero al ver que Filimario se había sentado demostrando perfecta indiferencia, se asomó, hastiado, a la portilla y miró al mar silbando.

Septiembre era un hombre amable, dotado de un singular espíritu de observación, pero absolutamente desprovisto de sentido crítico.

Capítulo 2

Historia de Septiembre Nort y Pío Pis.

Una vez Septiembre fue a Alemania, y permaneció allí seis meses.

La visitó de arriba abajo, a conciencia, y en su estancia observó atentamente centenares de catedrales, de ríos, de jardines, de mujeres, de cuadros, de monumentos, de puentes, de caballos.

Cuando volvió a Nevaslippe, Septiembre se encontró con unos amigos.

—¿Te has divertido? ¿Es bonita Alemania? —le preguntaron.

—No sé —contestó Septiembre—, tengo que hablar con mi padre.

El padre de Septiembre era lo opuesto del hijo. Dotado de un formidable sentido crítico, no poseía el más pequeño espíritu de observación. Normalmente veía las cosas a grandes rasgos generales. Para entender al padre de Septiembre, hay que pensar en un hombre atado a un globo y retenido en tierra por un cable de algunos kilómetros de longitud. Así, un hombre puede tener del mundo solamente una visión panorámica, y para ponerle en condición de captar un detalle, habrá que tirarle más abajo.

Normalmente el padre de Septiembre estaba suspendido al límite de la cuerda.

—¿Te gusta? —le preguntaban, indicándole un angelito esculpido, por ejemplo, en una pila de la catedral de Madrid.

Vaya —contestaba el padre de Septiembre—, el Hemisferio Austral es verdaderamente maravilloso.

Le rogaban que observara con mayor atención lo que le

indicaban, y el padre de Septiembre, después de un poco, admitía:

—Sí, Europa es toda ella muy interesante. No había que desanimarse, había que insistir, y, poco a poco, el padre de Septiembre llegaba a decir que España estaba llena de cosas inmejorables, que Castilla la Nueva era una región singular, que Madrid era una ciudad bien construida, que la catedral de Madrid era notable en su parte superior, que el interior de la catedral era fascinador, que la pila era simpática, para luego explicar que el angelito era pésimo y que no valía la pena perder tiempo en un objeto de ese género. Difícilmente se encontraba quién tuviera la fuerza de hacer bajar al padre de Septiembre desde la estratosfera hasta una pipa de espuma o un caballo bayo, y el ilustre personaje vivía por esto generalmente de síntesis esenciales.

Sólo Septiembre conseguía obtener resultados de la cultura paterna, porque no obligaba al padre a bajar hasta el objeto, sino que le subía el objeto bajo la forma aérea de las palabras.

Cuando Septiembre volvió, como íbamos diciendo, de Alemania, y le preguntaron si se había divertido o no, si había visto o no visto cosas buenas, Septiembre contestó :

—No sé, tengo que hablar antes con mi padre. Septiembre, por haber viajado solo, había visto mil cosas, las recordaba exactamente, pero no sabía si le habían gustado o no, si eran o no bonitas y por esto si se había o no se había divertido. Septiembre contó a su padre de cabo a rabo lo que había visto. Describió las catedrales, piedra por piedra, y proporciones.

—Es bonita —decía de cuando en cuando el padre.

O si no—: No es bonita, es regular.

Septiembre describió también algunas chicas con las cuales había paseado, describió espectáculos de teatro, de cine, excursiones, baños calientes.

—Te has divertido —le decía de cuando en cuando el padre—. No valía la pena, era una ópera pésima. En ese concierto te has aburrido mortalmente.

Después de algún tiempo, Septiembre pudo contar a sus amigos que Alemania era un país bonito y que se había divertido bastante.

—¿Y de chicas qué tal? —le preguntaban los amigos. —No sé; mi padre no ha querido decidir sobre el particular—contestó

Septiembre.

Perdónesenos esta digresión: pero de alguna manera hay que hacer entrar en juego a los protagonistas de nuestra historia. Si el escritor, en una narración en la que se mueven personajes diferenciados sólo por un adjetivo (un hombre gordo, una chica bonita, un joven simpático), no sabe definir con gran maestría sus caracteres a través de las diversas acciones de la narración, ésta se vuelve un triste baile de fantasmas. Y como aquí no se puede hablar ciertamente de gran maestría, hay que proceder con gran cautela. Siendo ya conocido el carácter de Septiembre, no nos extraña viéndole silbar con la cabeza fuera de la portilla. Aunque conocía desde hacía pocos instantes a Filimario, Septiembre le apreciaba y había decidido por eso confiar en él en cuanto a sensaciones, pareceres y opiniones.

El hecho de que por la puerta de la salita pudiera entrar dentro de dos segundos Clotilde Troll tenía a Filimario completamente sin cuidado. Septiembre se sentía perfectamente desinteresado en el hecho.

Pío Pis, en cambio, avanzó temblando y abrió la puerta.

Aun admitiendo que Clotilde Troll amara las cosas excéntricas, no podía absolutamente creerse que los siete hombres medio desnudos y barbudos, y que armados hasta los dientes estaban en posición de firmes junto al capitán, fuesen Clotilde Troll. El capitán, después de haberse quitado educadamente la gorra, entró en el camarote.

—¿Los señores han decidido rebelarse? Septiembre retiró la cabeza de la portilla y miró a Filimario.

Filimario siguió mirando el humo de su cigarrillo y movió la cabeza.

—No —dijo entonces Septiembre, volviendo a sacar la cabeza por la ventanilla.

—¿Quieren, a lo mejor, dejar la rebelión para una hora más a propósito, aprovechando por ejemplo el sueño de la tripulación?

Nadie contestó. Septiembre siguió silbando con la cabeza fuera de la ventanilla, y Filimario se interesó vivamente por una manchita de la manga de su chaqueta. —¿Quiere usted tener la amabilidad de contestar? — preguntó entonces el capitán, dirigiéndose a Pío Pis,

que le miraba con los ojos fuera de las órbitas.

—Yo… Yo no sé… —balbució Pío Pis muy emocionado.

Septiembre metió la cabeza con aire aburrido y miró a Filimario. Filimario apoyó la cabeza en el respaldo y sopló el humo hacia el techo.

—No —contestó Septiembre con un bostezo—. Más bien desearíamos unos huevos con jamón.

El capitán esbozó una sonrisa de triunfo.

—Daré orden ahora mismo —exclamó inclinándose, mientras la tripulación abandonaba los garfios—. Entretanto, querría darles a ustedes las gracias por la benevolencia que nos han demostrado evitándonos el tener que tirarles al agua como se nos había ordenado, previendo un caso de rebelión. Gracias. Nos fiamos plenamente de ustedes: la palabra de un caballero es sagrada para nosotros.

Los marinos, al otro lado de la puerta, agitaron los gorros y gritaron: "¡Viva, viva!" Luego la puerta se cerró y todo volvió a su primitivo silencio. Pis suspiró. —Gente de mar —dijo sinceramente conmovido—, gente dura, ruda, pero buena.

Septiembre metió lentamente la cabeza y miró a Filimario a hurtadillas.

Buena gente —dijo Filimario con su célebre media sonrisa—, buena gente que nos aclama. Pero que nos hubieran tirado al agua si nos hubiéramos rebelado.

—Sí —exclamó Pío Pis—. Pero ¡con cuánto sentimiento!

En este punto es necesario interrumpir otra vez el relato: la ocasión es inmejorable para hablar de Pío Pis.

Por otra parte, no es culpa del autor si todos sus personajes tienen una personalidad bien definida. Pío Pis era, sobre todo, un hombre de alma dulce. Una noche, volviendo a su casa, fue atacado por un hombrón que le hirió en la cabeza de un garrotazo y que le tiró al suelo y le robó cuanto llevaba encima. El hombrón fue seguidamente detenido y procesado, el fiscal fue muy severo por lo que se refiere al hombrón: afirmó que se trataba de un delincuente peligrosísimo y le retrató como algo inhumano.

Pío Pis calló al principio; luego trató de hablar, pero no se lo permitieron. El hombrón fue condenado, pero Pío Pis, terminada la lectura de la sentencia, dijo al agresor:

—¡No importa! —exclamó—. ¡Recurriremos ante el Supremo!

En el Supremo, gracias a la intervención de Pío Pis, que buscó los mejores abogados, el hombrón fue absuelto.

Algunos meses más tarde, cuando volvía a su casa a altas horas, Pío Pis fue golpeado en la cabeza con un grueso bastón y le robaron cuanto tenía. Pío Pis reconoció al agresor: era el hombrón. Suspiró: —¡Pobrecillo! Engañado por la oscuridad no me has reconocido y me has golpeado, creyéndome un animal sin dueño.

—He reconocido perfectamente que era usted un hombre —afirmó el hombrón.

—Entonces se trata de un explicable caso de amnesia: no te has acordado de cuanto he hecho en tu favor. —Me he acordado perfectamente, señor Pío Pis. —Menos mal —observó complacido Pío Pis a dos dedos de desmayarse—. No es verdad que la gratitud sea una vana palabra: todavía hay gente que se acuerda, aun después de mucho tiempo, de sus bienhechores y que les reconoce hasta en la oscuridad. Pío Pis era un hombre de un alma dulce. Era también poeta y estaba enamorado perdidamente de Clotilde Troll.

Capítulo 3

Filimario piensa en Clotilde, pero no con simpatía. El capitán habla de la isla de Bess. Septiembre se tranquiliza.

Después de lo sucedido en el castillo de popa, Filimario Dublé evitó con mucho cuidado el tener que hablar con sus compañeros de aventura. Después de haber almorzado en silencio, se retiró a su camarote a fumar muchos cigarrillos y a considerar con calma la situación.

Pero si Filimario consiguió teñir perfectamente de azul los pocos metros cúbicos del aire de la pequeña habitación, no consiguió, en cambio, mantener su acostumbrada serenidad.

Filimario, por primera vez en su vida, se sentía en ridículo. Efectivamente, una tonta de muchacha había conseguido tomarle el pelo. Ahora que el maldito "Delfín" navegaba a todo vapor hacia quién sabe dónde, estaría Clotilde Troll con toda probabilidad explicando a un cónclave de despreciables amigos los detalles de la broma urdida a costa de Filimario Dublé, Septiembre y Pío Pis.

Lo que especialmente fastidiaba a Filimario era el haber sido equiparado en la aventura a dos insignificantes mediocridades, tales como Septiembre y Pío. En este particular consistía, quizá, la mayor culpa de Clotilde. Filimario se sorprendió andando nerviosamente arriba y abajo por la cabina: cosa más bien ridícula, dado que la longitud de la cabina era de dos metros. Una tonta de muchacha había hecho perder la calma a Filimario Dublé. La constatación del singular suceso, nuevo en las costumbres de nuestro joven, hizo perder todavía más la calma a Filimario. La cosa era, realmente,

muy seria: una tal Clotilde Troll, que le había sido indiferente hasta el punto de recordar solamente su existencia cuando la encontraba, había entrado con violencia en la vida de Filimario, y convertía de golpe a Filimario en el simple objeto de una broma destinada a alegrar los salones de los nuevos ricos de Nevaslippe.

"Cuando vuelva abofetearé a Clotilde Troll", concluyó Filimario. Pero seguidamente se arrepintió de la decisión. Ante todo, un Dublé no podía, de ninguna manera, portarse así con una mujer. Y después, a su regreso, Filimario se encontraría frente a un angustioso dilema: encontrar trabajo o heredar. Encontrar trabajo quería decir ofrecer al mundo el indecoroso espectáculo de un Dublé que trabajaba. Heredar quería decir ofrecer a Filimario el espectáculo indecoroso de un Dublé que se humillaba y bebía un maldito vaso de aceite, viejo ya de veinticuatro años. Filimario decidió por eso no tomar decisiones: por el momento bastaba tener presente que un tonta muchacha se había burlado de él. Había además que recobrar la calma para dominar la situación y a los dos mediocres personajes que el destino —Clotilde— le había asignado cual compañeros de desventura. Por la noche, al entrar Filimario en la salita de popa, había superado brillantemente la crisis. Durante toda la cena fue muy cordial.

Cuando tomaban el café, Septiembre se levantó, visiblemente molesto:

—Señor —dijo—, ya que el destino nos ha reservado el honor de unirnos a Filimario Dublé en esta singular aventura, y como el hecho de tener que tomar decisiones a mí me aterra y preocupa extraordinariamente al señor Pis, nos sometemos desde ahora a su voluntad y le elegimos a usted nuestro comandante. Filimario se emocionó.

—Está bien —aprobó complacido—. Mejor es equivocarse a las órdenes de uno solo, sin discusiones, que equivocarse cada uno por su lado, después de haber perdido tiempo y energía en estériles palabras. Una vez bebido el café, Filimario llamó al capitán. —A ver si es posible saber cuál es nuestro destino —explicó a Septiembre y a Pío Pis, que asintieron. Entró el grueso hombre de mar.

—Capitán —preguntó Filimario—, ¿no es permitido conocer el lugar donde va usted a desembarcarnos? —Sí, señor —contestó el

capitán—. Tengo la orden de desembarcarles en la isla de Bess, y siempre que todo se desenvuelva como ha sido establecido les desembarcaré en la isla de Bess. Filimario sonrió agriamente.

—Perfectamente —asintió—. La amable señorita Troll nos trata con toda clase de cuidados, y se preocupa porque nuestro veraneo no sea turbado en modo alguno. Si no me equivoco, la isla de Bess es una pequeña porción de tierra perdida en medio del Atlántico, completamente desierta y alejada de toda ruta. Espero de su amabilidad personal que quiera usted equiparnos con un paraguas y una escopeta de baqueta, a fin de que podamos seguir exactamente el ilustre ejemplo de Robinsón Crusoe. El capitán movió la cabeza.

—Es verdad que la isla de Bess está lejos de toda ruta y deshabitada, pero hay en ella el cómodo hotel en que la señorita Troll vivió el año pasado durante tres meses. La casa es confortable, y si los señores lo desean puedo

dejarles a un marinero en funciones de servidumbre. Filimario asintió con la cabeza. Luego preguntó si la señorita Troll había decidido que sus huéspedes se alimentasen de bayas y raíces.

—Todo está dispuesto —explicó el capitán—. Les proveeremos a ustedes de víveres para dos meses. Los sótanos de la casa contienen ya vinos y licores en abundancia. Cada dos meses volveremos a renovar la provisión.

—Y esto, ¿durante cuánto tiempo? —preguntó Filimario. Pero el capitán se encogió de hombros. —Sólo lo saben el buen Dios y la señorita Troll. —Ya puede usted decir tranquilamente la señorita Troll —observó irónicamente Filimario—. El buen Dios no sabe absolutamente nada. No creo absolutamente que el buen Dios, si lo supiera, llevara una tan despreciable empresa.

—Si el buen Dios ha permitido que la señorita Troll viniera a alegrar el mundo —concluyó el capitán al marcharse—, quiere decir que el buen Dios estaba dispuesto a hacer la vista gorda para muchas cosas.

El yate, cándido como un fantasma, araba el liso mar, y la luna descubría minas de diamantes en el surco fugaz de las aguas.

A las dos de la madrugada, alguien llamó muy bajo a Filimario,

y Filimario de un salto se sentó en la litera. Era Septiembre.

—Perdone —dijo Septiembre—, pero, según usted, ¿tendríamos que estar preocupados?

—No —contestó Filimario, volviendo a la posición horizontal y metiendo la cabeza bajo la almohada.

—Gracias —susurró Septiembre. Y se fue a dormir tranquilo.

Capítulo 4

Filimario vuelve a la calma. Septiembre juega a los dados como sólo él sabe hacerlo. Llegada a la isla de Bess con temporal. Una pésima sorpresa.

El día siguiente lo empleó Filimario en detestar a Clotilde. Reservó para esta labor también parte de la noche, así que, a la mañana siguiente, fue capaz, desde que abrió los ojos, de odiar profundamente a Clotilde. Durante el tercer día de navegación, Filimario pasó con relativa facilidad del odio al desprecio y en el cuarto día, finalmente, alcanzó la calma suficiente para permitirle un tranquilo razonamiento.

Si él, en vez de entrar en el juego de la muchacha, se hubiera quedado en Nevaslippe, ¿qué habría pasado? A pesar de todo, tenía que reconocerlo, la detestable Clotilde le había quitado de una situación comprometedora y le había embarcado en una aventura en la que no tenía nada que perder.

El cuarto día de navegación fue ocupado por Filimario en pensar en la situación, independientemente de Clotilde. O, mejor, su mayor esfuerzo estuvo en querer olvidar completamente a la chica. Otra vez se le volvía indiferente. El examen general de la situación dio gran serenidad a Filimario; el futuro se le presentaba bajo forma de una apasionada charada. En el fondo, es bonito no saber hoy lo que sucederá mañana. El quinto día, habiendo Filimario terminado sus cigarrillos y las consideraciones de orden estrictamente personal, se acordó de la existencia de Pío y de Septiembre. Los dos infelices habían arrastrado una vida miserable durante aquellos cuatro días:

se habían limitado a mirar el mar, a fumar cigarrillos y a entablar melancólicas conversaciones con el capitán. Sólo hacia el fin del cuarto día, Septiembre encontró un buen sistema para pasar el tiempo. Fue, más que nada, cosa del azar. Durante unos de sus escuálidos cambios de ideas con el capitán, Septiembre cogió distraídamente de sus bolsillos los dados y empezó a jugar con ellos, así como se juega con una cadena de reloj o con unas llaves. El capitán miró lánguidamente.

El capitán se hallaba en una situación bien triste. Adoraba el juego de dados y no podía jugar. Un capitán no puede jugar con la tripulación, pero ¡Septiembre no pertenecía a la tripulación!

¿Adivinó quizá Septiembre, por aquella mirada lánguida, la íntima tragedia del capitán? Más bien tuvo la intuición de ella, e impulsado por una fuerza misteriosa, ofreció los dados al capitán.

Esto sucedía hacia las cuatro de la tarde. A las nueve de la mañana siguiente, al entrar Filimario en la salita, encontró a Septiembre y al capitán, que sentados a la mesa, jugaban a los dados. De cuando en cuando, Septiembre decía:

—Capitán, es hora de irnos a acostar, estoy cansado. Durante diecisiete horas de juego ininterrumpido, el capitán lo había perdido todo: el dinero que llevaba encima y además dieciséis años de pagas futuras, los trajes, el catalejo, el sextante, las cartas de navegación… Luego, encontrándose completamente escurrido, había empezado a jugarse el barco. El "Delfín" no era suyo, pero esto no importaba: se lo jugaba. Había empezado por jugarse un rollo de cuerda, luego un garfio, después una escotilla. Había llegado al timón, a la brújula, a las jarcias, a las mangas de ventilación.

Pieza por pieza, el capitán se lo había jugado todo y lo había perdido todo: al entrar Filimario, el capitán estaba perdiendo el último manómetro de las calderas. —¿Qué hay de bueno? —preguntó Filimario jovialmente al acercarse.

—Jugamos un poco, para pasar el rato —explicó sonriendo Septiembre.

El capitán permaneció algunos momentos en silencio; luego, pegando con el puño en la mesa, gritó: —¡Me juego al señor Dublé! Cincuenta francos contra el señor Dublé.

—Pero… —balbució Septiembre molesto. —No hay pero que valga —contestó el capitán—. El señor Dublé es mi prisionero y yo puedo disponer de él para lo que quiera. Filimario miró severamente al capitán. —¿Así usted se atreve a jugarse a los dados a uno de los hombres que la confianza de su dueña le ha entregado?

—Perdóneme, señor —lloriqueó el grueso hombre de mar—, ya no sé lo que me digo: estoy arruinado, he perdido todo, hasta el barco, que no es mío. Este, digámoslo así, este señor Septiembre ha tirado los dados tres mil seiscientas veces y no ha perdido ni una sola vez. ¿Entiende usted, señor Dublé? ¡Tres mil seiscientas veces el señor Septiembre ha tirado los dados y las tres mil seiscientas veces le han salido doces! Y no hay truco, señor, se lo juro.

Así Filimario descubrió la más importante prerrogativa de Septiembre.

Cuando el capitán se hubo alejado gimiendo, Filimario miró a Septiembre con curiosidad.

—Así, ¿es usted un hombre capaz de tirar los dados tres mil seiscientas veces seguidas, haciendo que las tres mil seiscientas veces los dos vuelvan hacia arriba la cara marcada con seis puntos negros? Septiembre se sonrojó.

—Vaya —se dolió—, usted también piensa como todos los otros. Usted también cree que yo pongo en juego quién sabe qué delictuosos procedimientos. ¡Bien, pues mire!

Los respaldos de las sillas tenían unos listones de madera blanca; Septiembre arrancó uno y lo entregó a Filimario.

—Tenga usted la bondad de cortar dos cubitos: he aquí el cortaplumas.

Mientras Filimario cortaba, Septiembre se puso en una esquina, de pie, con la cara vuelta hacia la pared. —Hecho —advirtió Filimario.

—Bien, ahora marque usted con un lápiz los cubos como si fueran dados —dijo Septiembre sin volverse. —Ya está.

Septiembre se acercó, cogió los dados sin mirarlos y los tiró contra la pared. Cayeron sobre el entarimado: seis y seis.

Por diez veces cogió los dados y los tiró al suelo, o contra el

techo, o las paredes, con creciente irritación, y por diez veces, al caer, marcaban seis y seis. —Ya ve —concluyó Septiembre—, yo no puedo marcar más que seis y seis. ¡Siempre seis, siempre seis, en cualquier lugar, con cualquier tipo de dado! Y, en un acceso de rabia, cogió por última vez los dados y los arrojó contra la puerta. Justo en aquel momento la puerta se abría y apareció un marinero con la bandeja del desayuno. Uno de los dados, al dar en la madera, cayó y marcó regularmente seis; el otro desapareció.

—¡Al infierno! —exclamó Septiembre. Filimario y Septiembre se sentaron; el chocolate exhalaba un buen aroma y no era cosa de dejarlo enfriar. —Usted, con esta suerte —observó Filimario—, ciertamente habrá…

No pudo seguir: Septiembre, que estaba sorbiendo el chocolate, lanzó un grito y escupió con violencia. Algo cayó en una esquina: estaba sucio de chocolate, pero se podía ver perfectamente que se trataba del otro dado. Marcaba regularmente un seis. —Verdaderamente —dijo Filimario sonriendo—, usted con una suerte así habrá ganado millones. Septiembre se puso triste.

—Sí —admitió—, he ganado algunos millones, desgraciadamente, pero es una historia larga y dolorosa que le contaré a usted luego.

Después de haber llamado discretamente a la puerta, el capitán entró. Venía en calzoncillos y traía muchos paquetes.

—Señor Septiembre —aclaró—, yo soy un caballero y hago honor a mi palabra. Usted ha ganado mi dinero, y yo se lo he dado, ha ganado mis trajes, y helos aquí, ha ganado mis libros, mis papeles náuticos, mis instrumentos, y aquí los tiene usted: me ha ganado la paga de dieciséis años, y he aquí una declaración que reconoce mi deuda. Ha ganado usted el barco y desde este momento usted es el dueño absoluto. Pero con todo el respeto debo decirle a usted que no me gusta trabajar para usted y que me retiro a la bodega junto con la tripulación. Allí esperaremos sus órdenes.

—¿Y el barco? ¿Quién lleva el barco?

—Usted y los señores que están con usted.

—Renuncio a la propiedad del barco —exclamó Septiembre—. Vuelva a su puesto.

—Muy fácil de decir —observó el capitán—. ¿Cómo puedo guiar

un barco sin papeles ni instrumentos?

—Renuncio a los papeles y a los instrumentos.

—¿Qué autoridad puede tener un capitán sobre sus hombres si se ve obligado a mandarles en calzoncillos?

—Renuncio también a sus trajes, ¿está bien?

—¿Cómo puede tener un hombre la serenidad suficiente para estudiar las corrientes cuando sabe que por dieciséis años no recibirá ni un céntimo? No. Más bien empiecen ustedes a trabajar, pues se acerca tormenta. A mí, ¿qué me importa de la vida? Pero a usted le debe de importar.

—¡Le abono a usted los dieciséis años de paga! —gritó Septiembre.

El capitán se encogió de hombros.

—Un hombre que se encuentra de golpe sin un céntimo en el bolsillo es un hombre perdido. ¿Qué le puede importar, pues, si el barco se va a pique?

El barco se movía de una manera alarmante, y ya empezaban los primeros truenos.

—¡He aquí su dinero…, al infierno con él! —gritó Septiembre, poniendo sobre la mesa un montón de billetes que el capitán cogió, saliendo después disparado con sus paquetes.

El barco empezó a bailar alarmantemente, Septiembre lanzó un rugido de rabia, y habiendo visto los dados sobre la mesa, los cogió y los arrojó con rabia por la portilla. Dos segundos más tarde, una gran ola que había llegado hasta la ventanilla lanzó un chorro de agua en la salita.

Algo golpeó el cristal de la mesa y cayó al suelo. Filimario se inclinó y vio los dados que la ola había traído.

—Marcan seis y seis —dijo, riendo.

Septiembre cogiendo los dados, los arrojó fuera. En aquel momento entró Pío Pis, el cual, más bien agitado, dijo:

Estamos a dos leguas de la isla de Bess; espero que el temporal no estalle ahora.

El capitán entró corriendo.

—Señores, hay que darse prisa —gritó el tosco navegante—. Con esta mar tan gruesa, no me atrevo a entrar en la bahía. Por otra parte, si la tormenta me coge aquí, corro el peligro de destrozar la

quilla contra algún banco de arena. Llegarán ustedes a tierra con una lancha: una vez allí, es imposible equivocarse. La casa Troll es la única que existe en la isla. He aquí las llaves. Los víveres y equipajes ya están preparados.

Filimario, Pío Pis y Septiembre se encontraron, después de pocos instantes, en la chalupa que bajaban al mar. —No envío con ustedes hombres de la tripulación, para poder cargar la mayor cantidad de víveres posible —gritó el capitán asomándose a la barandilla—. Por otra parte un bote siempre puede serles útil para algún paseo.

Filimario, Pío Pis y Septiembre empuñaron los remos y empezaron a trabajar con energía mientras las grandes olas iban haciéndose más agresivas. La llegada a la isla de Bess pudo por esto tener lugar sólo veinte minutos después, y las operaciones se desarrollaron en el siguiente orden: antes llegaron los remos, después las maletas y un baúl, luego Filimario y Pío Pis en compacto grupo, luego el timón y finalmente a bordo de dos olas contemporáneas, Septiembre y el bote.

—En verdad —observó Filimario en cuanto consiguió extraer la cabeza de la arena—, hay que reconocer que la idea del capitán de no cargar el bote con gente de la tripulación para que pudiéramos llevar mayor cantidad de víveres, ha sido estupenda. Gracias a esta precaución disponemos ahora de una lata entera de carne y de casi toda la tapa de un cajón de galletas.

Antes de poder comunicar una idea suya, Pío Pis tuvo que escupir mucha arena. Al fin pudo exclamar: —¡Las llaves de la casa!

—Entraremos por la ventana —dijo Septiembre, que finalmente había conseguido quitarse la chaqueta y la estaba escurriendo con energía—. Lo importante es que hayamos llegado sin novedad. Yo di…

Septiembre se interrumpió y fijó los ojos en algo que blanqueaba entre la arena.

Los dos dados de madera. Marcaban seis y seis.

Una ola, con excelente espíritu de iniciativa, llegó notablemente playa adentro, capturó el bote y se lo

llevó hacia el mar.

—Lo mejor será buscar la casa —observó juiciosamente Filimario—. Un fuego no nos vendrá mal.

La búsqueda no fue difícil. Pasada una pequeña escollera, Filimario y sus amigos se encontraron frente a una extensión perfectamente llana, sobre la cual se desarrollaban sólo dos cosas en sentido vertical: una palmera y una casa de ladrillos.

Filimario se dirigió con decisión hacia el edificio de ladrillos. Debía de ser el hotel.

La lluvia había empezado a caer con sin igual violencia, por lo que había que entrar en la casa a toda costa. Filimario, Pío y Septiembre trabajaron con ahínco en todas las ventanas del entresuelo. Tiraron, empujaron, probaron haciendo palanca con una barra de hierro hallada por milagro; las celosías de roble macizo no se movieron ni un centímetro de su lugar acostumbrado.

Septiembre era un atleta de posibilidades muy poco corrientes. Ayudado por Pío y Filimario llegó a izarse hasta el primer piso, donde se dio mucho trabajo con todas aquellas ventanas. El resultado fue idéntico. Entretanto, la lluvia había aumentado en intensidad y el viento silbaba amenazador. Empapados de agua de mar, empapados de agua de lluvia, empapados de sudor, los tres caballeros se miraron perplejos. Filimario suspiró.

—No nos queda más que probar con la puerta —dijo. La maciza puerta, claveteada, acorazada, infundía espanto sólo al mirarla. Septiembre, desesperado, apoyó la frente en una de las formidables jambas y empezó a sollozar. La puerta se abrió.

—Ya ven —exclamó alegremente Septiembre—, francamente la cosa no era tan difícil. ¡Bastaba con empujar la puerta y entrar!

—Pero sería mejor llamar antes —replicó desde el interior una voz áspera. Luego avanzó una pistola amenazadora y detrás un hombre más amenazador todavía. Aun queriendo considerar que Clotilde Troll era una muchacha extraña y excéntrica, no podía absolutamente pensarse que aquel hombre y aquella pistola fueran Clotilde Troll.

—¡Manos arriba! —ordenó el hombre. Septiembre y Pío levantaron los brazos de golpe y sin discusión; en cambio, Filimario, con su consabida calma, se informó:

—¿Están desinfectadas las balas de esa pistola o no?

—¡No! —gritó el hombre, cogido por sorpresa. Luego, dijo, agresivo—: ¡Pero si quiere probarlas…!

—Me fío de su palabra —dijo Filimario y levantó los brazos.

Aquí llegados, el autor no puede refrenar una exclamación de sincera admiración: es simplemente un milagro el hecho de un hombre que, frente a un auténtico asesino, sea capaz de conservar esa calma ejemplar. El que ha tenido la suerte de encontrarse dentro del inmediato radio de acción de asesinos auténticos, sabe muy bien la atmósfera de terror que se respira. Y yo lo sé por experiencia: por una coincidencia verdaderamente singular, en el mismo e idéntico período de tiempo —quizás en los mismos días— en el que el señor Dublé navegaba por los océanos a bordo del "Delfín", yo navegaba por la ilimitada pampa argentina, y el evocar este lejano recuerdo es de lo más oportuno, porque el autor se encontró efectivamente con el señor Dublé en Nueva York y corrió con él una emocionante aventura. Por eso es interesante la digresión acerca de los asesinos, digresión que tiene el único motivo de permitir al lector apreciar en su justo valor el gesto y la calma del señor Dublé, ofreciéndole un útil término de comparación: el sincero relato de cómo se comporta, en cambio, un hombre común cuando se encuentra dentro del radio de acción de un malhechor.

Digresión

Un pobre muchacho en la pampa, en Valparaíso, en Buenos Aires, en Méjico y en Mendoza.

Como ya he manifestado, fue un hecho que me ocurrió cuando era muy joven. Entonces no escribía todavía para los periódicos, sino que hacía de camarero en Mendoza.

Entre hermanos y hermanas, éramos veintitrés de familia.

Mi madre, verdaderamente, aseguraba que teníamos que ser veintidós.

—Luis —decía siempre mi madre a mi padre—, cada vez que el buen Dios me ha enviado un niño, he hecho una muesca con el cuchillo en la jamba de la puerta. Para las niñas hacía una cruz. Luis, puedes contarlas: son once muescas y once cruces, y once y once son veintidós.

—Te habrás olvidado. Hace cuatro años, te olvidaste también de echar sal a la sopa.

—No me he olvidado —contestaba mi madre.

—Aquel de los rizos en la frente no es mío.

Aquel de los rizos en la frente era yo. Mi padre me miraba y sonreía. Si el buen Dios nos hubiera fabricado juntos, no hubiera conseguido hacerme más parecido a mi padre de lo que ya era.

—Cuando miro a ese de los rizos en la frente me parece verte a ti muchacho que venías a traerme los nísperos amargos cuando estaba enferma —suspiraba mi madre, vuelta hacia mi padre—. Y a pesar de todo, ese de los rizos en la frente no es mío —insistía tozuda—. Alguien le ha metido ahí entre los nuestros y me he dado cuenta cuando era muy tarde. Las marcas de la puerta son veintidós y nosotros tenemos aquí veintitrés hijos.

Una mañana mi padre me hizo poner el traje de las fiestas, me puso en la mano una maleta, y luego me llevó a la era, donde mi madre estaba lavando la ropa.

—Saluda a tu madre —me dijo.

Mi madre se secó las manos con el delantal blanco y me abrazó muy fuerte.

—Lo siento como si fueras mi hijo —sollozó mi madre—. No sé qué voy a hacer sin este de los rizos en la frente…

Mi padre me acompañó en tren hasta una ciudad de la costa y luego me hizo embarcar en un buque. —Tu tío Felipe —me explicó — ha escrito que necesita de uno que le ayude en su negocio. Tu tío Felipe se ha hecho una posición en la Argentina comprando caballos, y yo quiero que tú también hagas fortuna. Eres más inteligente que tus hermanos. Un estúpido, para hacer dinero, habría cogido mis seiscientos cartuchos y los hubiera vendido o hubiera vendido unos cuantos; pero me habría dado cuenta. Tú, en cambio, te has limitado a quitar el plomo de los seiscientos y a venderlo a buen precio. Así, cuando tiré un doblete delante de aquel antipático de Jaime, me di cuenta de que los cartuchos estaban sin balines, pero luego di gracias a la providencia. Tú no eres tonto y harás fortuna. Tu tío Felipe te esperará al desembarcar. Ten cuidado de que no te roben la maleta. Mi padre me estrechó la mano y se puso colorado. Durante el viaje no perdí de vista la maleta. Al

desembarcar, para estar más seguro, cogí también otra y este hecho me ganó las simpatías de tío Felipe.

El hecho que voy a contar me sucedió, pues, cuando estaba en la Argentina y hacía de camarero en Mendoza.

Mi tío Felipe había hecho una fortuna tratando en caballos, y la había conseguido gracias a su gran prudencia.

El que compra caballos, corrientemente paga por ellos una cierta suma para, luego, volverlos a vender a mayor precio. El comercio de caballos se basa más o menos sobre este principio. Pero un caballo no es un saco de maíz: un caballo es un maldito animal que puede romperse una pata, o hincharse como un globo, o escaparse y perderse de vista. Por eso, a veces, aun comprando a muy buen precio algunos caballos, se puede no ganar y aun perder dinero. Mi tío Felipe, para eliminar estos peligros, trataba en caballos limitándose a vender caballos. Es un sistema buenísimo, pero no todos, naturalmente, pueden adoptarlo. Se necesitan cualidades particulares: hay que tener buen golpe de vista, como suele decirse, hay que ser capaces de escoger el mejor caballo de la manada y de apresarlo con el lazo en un instante. Además hay que saber agujerear la oreja de un gaucho a cincuenta metros de distancia.

—Nuestro Señor ha ordenado: "No matarás", y yo no mato. Estoy en paz con Nuestro Señor; si Nuestro Señor hubiera dicho: "No agujerearás la oreja al gaucho" yo no agujerearía orejas, sino que me limitaría a agujerear cabezas.

Así me contaba tío Felipe durante las excursiones por la pampa. Poseía una lógica rigurosa.

—Nuestro Señor ha ordenado: "No robarás", y yo no robo, sino que comercio. ¿Es quizás ilícito vender una determinada mercancía? No. Y si está permitido no vender, ¿por qué tendría que ser ilícito no comprar? Roba sólo aquel que saca algún beneficio del acto que ejecuta en contra de las leyes. Y en cambio yo no saco ningún beneficio cogiendo los caballos de la manada: aun cuando haya cogido el mejor alazán, sí sólo tengo un centavo en el bolsillo, un centavo me queda después. El beneficio que yo saco, lo saco al vender el caballo: y esto se llama comercio.

Mi tío razonó así conmigo varias veces, pero lo que más me convenció fue aquello de los veinte pesos. —Si yo, habiendo comprado honradamente un caballo lo vendo de nuevo, ganando veinte pesos, ¿soy poco honrado? No: veinte pesos es una ganancia admitida por todas las Cámaras de Comercio del globo. Si habiendo comprado el caballo por doscientos cincuenta pesos lo vendiera por doscientos setenta, sería un comerciante honrado. No habiendo ganado nada por el caballo y vendiéndolo por veinte pesos, como hago siempre, ¿por qué he de ser poco honrado? Mi hurto ya no es hurto, desde el momento en que yo renuncio honradamente a ellos. Los veinte pesos que yo gano representan simplemente mi lícita ganancia de comerciante.

El hecho que ahora voy a contar me sucedió precisamente cuando estaba en la Argentina y hacía de camarero en Mendoza.

Mi tío Felipe me dejó un día un papel pegado a la puerta de casa: "Por un par de años voy a trabajar en otro sitio. Entretanto, es oportuno que no te acerques mucho a los centros habitados: un maldito gaucho me ha jugado una mala pasada. Al enviarle una bala a la oreja izquierda se puso de perfil, y la bala, para alcanzar la derecha tuvo que entrar antes por la oreja izquierda. ¡Desconfía de los gauchos! Como ves, son peligrosos."

Entonces yo me lancé a la pampa y cuando estuve bastante lejos de casa, me puse a trabajar para no morirme de hambre. Por aquel tiempo no pensaba ni remotamente en escribir para los periódicos; por eso trabajé como un negro.

Pero fui desgraciado. Yo era un muchacho ingenuo, un niño, puede decirse, y no poseía ciertamente la cara dura que hace falta para llegar. Así, con un candor conmovedor, fui a ofrecer el tercer caballo que había sustraído, justamente a su propietario. Sólo me salvó mi juventud. Hoy ya no sería capaz de hacer desbocar así a un caballo, ni de hacer saltar con un tiro, a la distancia de cuarenta metros, un pistolón de manos de un ranchero enfurecido. Feliz infancia, pura e inocente, cuando los ojos son límpidos y la mente está serena. ¿Cómo podría yo hoy partir la mano de un hombre de un tiro de revólver? Necesitaría por lo menos una escopeta de dos

cañones cargada con perdigones.

Empecé a vagar por la pampa y nació en mi corazón un odio profundo por los caballos, por esas estúpidas bestias que habían acarreado tantas molestias a mi tío Felipe y que ahora me las estaban acarreando a mí. Regalé mi cabalgadura a un viejo que, aprovechando una desatención mía, me apuntaba con un enmohecido revólver. Me dio pena, y le regalé también mi revólver, mi cartuchera y los pocos pesos que llevaba en las botas. No quiso mi sombrero porque dijo que le iba pequeño.

Comía lo que podía, dormía en el suelo o en alguna mata. Siempre encontraba a algún vagabundo, y hacíamos juntos el camino.

Me acuerdo de que una noche, me sucedió una cosa muy rara. Me había tumbado para descansar en el centro de una gran mata; hacía ya media hora que dormitaba, cuando oí un ruido y luego un suspiro de satisfacción. Alguien, pocos metros detrás de mí, se había echado a descansar. —¿Quién vive?

—Miseria de viaje —me contestó una simpática voz de hombre, a mi espalda.

—Entonces, amigos —dije riendo. Oí un suspiro.

—¿Tiene usted algo que se parezca un poco al tabaco?— pregunté.

—Ni el olor.

—¿Un pedazo de pan? ¿Un poco de agua? ¿Un trago de aguardiente?

—Ni pizca —suspiró el desconocido.

—Entonces podemos constituir una sociedad —dije riéndome—: juntando nuestros capitales y dividiendo por dos, nos toca a cero a cada uno.

—A mí cero; usted tendrá siempre su juventud, y este es un capital muy importante. El invisible compañero volvió a suspirar.

—¿Cómo, tan joven, viaja usted por la pampa, igual que un viejo vagabundo como yo?

—Por culpa de esos malditos caballos. Si no fuera por los caballos, esta noche yo estaría en mi casa leyendo el periódico.

—¿Sabe leer? —me preguntó con estupor y admiración el desconocido interlocutor.

—Sí, y también escribir. ¿Y usted no?

—No. Pero ¿qué es eso de los caballos?

—Yo vine a la Argentina para ayudar a mi tío en su comercio de caballos. Mi tío se ha arruinado en el comercio de caballos. Yo también he tratado en caballos y he llegado a este estado: descalzo, desharrapado, sin un céntimo en el bolsillo. Si llego a volver a casa, seré marinero. ¡Así, no veré ni la sombra de un caballo!

—Ya; y los barcos, ¿quién los mueve?

—Mi querido y viejo amigo, ¿dónde ha nacido usted?

—Aquí, en la pampa, y siempre he vivido aquí.

—Claro. Ha nacido y vivido aquí, ha pasado sus años en esta maldita pampa donde no se ven más que caballos, donde el hombre no sabe ni andar, porque en cuanto nace le montan a caballo, donde se vive criando caballos, tratando en caballos, robando caballos, donde los enamorados van a caballo bajo las ventanas de sus novias, donde las chicas huyen con el novio a caballo, y le parece que en el mundo no puede existir nada que no ande a horcajadas de un caballo, tirado por un caballo o atado de una manera o de otra a un caballo. Gracias a Dios, no es así. ¡Estos animalotes no infestan todo el mundo!

El viejo suspiró. Le gustaba suspirar.

—Si le dijera usted a un gaucho que su caballo es un animalote, le pegaría un tiro —observó el viejo. —Gracias a Dios, los gauchos representan entre los hombres una minoría desdeñable. Además, yo dispararía primero.

—Los jóvenes, normalmente, aman a los caballos. Yo no entiendo cómo ha llegado usted a odiarlos tanto.

—Ya se lo he dicho; ¡por ellos estoy metido en líos!

—Lo que le ha metido en líos es el comercio de caballos, no los caballos. Odie el comercio, y no a esos desgraciados animales. En la pampa es un delito hablar mal de los caballos. Cuando mueren los gauchos quieren tener a su lado a su caballo. Cuando mueren, los gauchos se preguntan: "¿Cómo podré llegar al cielo, si ya no tengo mi caballo?" Y cuando el alma del gaucho sale de la habitación, nadie, ni el mismo cura, que puede hablar con Nuestro Señor, puede verla. Pero el caballo la ve y la saluda con un relincho. Los caballos no son animalotes. Las caballos tienen su alma como usted,

muchacho.

—Yo —contesté riendo— no veo las almas de los gauchos ni las saludo con un relincho cuando salen de la habitación.

La luna había salido, y la pampa se extendía hasta el infinito, desnuda y clara como una inmensa mesa amarilla.

Oí moverse las matas detrás de mí. El invisible compañero se había levantado.

—Buenas noches, muchacho —dijo saliendo de la mata y de la sombra. Y yo me volví a mirarle. Había una claridad como si fuera de día y os juro que le vi a no más de dos metros de distancia. Antes de alejarse hacia el Este se paró un momento y volvió la cabeza.

—Buenas noches, muchacho —me dijo.

Pero era un caballo.

Pasé mucho miedo, pero no fue nada en comparación con el que, hablando de bandidos, pasé cuando hacía, como he dicho, de camarero en Mendoza.

Entonces era yo un pobre muchacho, un ingenuo e inocente muchacho que el destino había separado de los suyos.

No bien llegado a la Argentina, trabajé —como he dicho— con mi tío Felipe; después mi tío Felipe tuvo que alejarse de los centros habitados y yo quedé solo y abandonado. Anduve vagando como un perro por la pampa, andando y andando de día y de noche y me encontré, de pronto, frente al Aconcagua.

El Aconcagua es una montaña enorme: nunca había visto yo montañas tan altas; ya era casi de noche cuando llegué a las faldas meridionales, pero se le distinguía muy bien.

Entonces era yo un pobre muchacho y no escribía aún para los periódicos. Ahora escribo para los periódicos y sé la altura justa de las montañas del mundo; entonces, en cambio, no sabía que el Aconcagua tiene 6.845 metros de altura. Pero deseaba ardientemente saberlo, y la Providencia me ayudó porque encontré muy pronto un caserío en el cual un viejo estaba haciendo hervir un poco de leche.

Le pregunté al viejo que altura tenía el Aconcagua, y el viejo me lo dijo. Luego dijo también que en vez de quince quería veinte

pesos, y una vez conseguidos éstos me acompañó hasta un pequeño sendero que me permitía llegar a Chile sin tener que franquear el paso de Uspallata.

Era un viejo muy inteligente, y antes de volver a hacer hervir la leche, me devolvió los veinte pesos. Un hombre de mundo penetra en seguida en el espíritu de las cosas y comprende perfectamente que un pobre muchacho abandonado siente mucho más afecto por sus únicos veinte pesos que por una de las seis balas del revólver.

A San Felipe llegué en tren, y esto fue por una feliz coincidencia. Después de haber andado durante seis horas seguidas, hacia las dos de la madrugada sentí mucho frío, y, habiendo recogido ramas secas, encendí fuego. Así, el maquinista de un mercancías, viendo una gran hoguera en la vía, se paró para ver qué pasaba.

—¡Caramba! —dije yo entonces—. ¡Es la Providencia que hace que el tren se pare justamente frente a la mata detrás de la cual yo estoy tumbado! Hay que aprovecharse e instalarse convenientemente en los topes de algún vagón.

Llegué a San Felipe aún de noche y encontré donde dormir en un pajar.

Ya de día, seguí mi camino: no sabía a dónde iba, pero por suerte encontré a un hombre en un coche de caballos.

—¿A dónde va? —pregunté yo.

—A donde me parece —contestó el hombre.

—Bien —dije—. Entonces, subo.

En el coche había una gran caja, pero los dos caballos eran buenos y anduvimos mucho durante el día. Emprendimos de nuevo la marcha a la mañana siguiente, y al anochecer llegamos a la vista del Pacífico. Ayudé al hombre a llevar la caja a una pequeña ensenada donde esperaba un vapor. Subieron la caja a bordo.

—Todo bien —contestó el hombre.

El capitán hizo subir la caja. Dentro había un señor atado y amordazado cuidadosamente. El viaje debía de haberle molestado bastante, pero en cuanto le quitaron la mordaza y le acercaron a los labios una copa de aguardiente, recobró ánimos inmediatamente y gritó: "¡Caramba!"

Volvieron a ponerle la mordaza.

—¿Oye usted qué voz? —dijo el hombre al capitán—.

Una buena voz es todo.

—Dos mil —dijo el capitán.

—Dos mil quinientos —replicó el hombre.

—No hemos quedado satisfechos del último —afirmó el capitán.

—Es que no lo saben usar. En Santiago se le apreciaba mucho.

—Dos mil trescientos —dijo el capitán—. Ni un centavo más: ¡Tenga en cuenta que no lleva ni uniforme! El hombre se guardó el dinero y volvimos al coche, mientras el vapor se alejaba.

—Tío Felipe —pregunté cuando los caballos empezaron a galopar—, ¿ya no tratas en caballos?

—No —contestó mi tío Felipe—. Ahora me ocupo de suministros de guerra. Vendo generales a los mejicanos. Cada año hay en Méjico tres o cuatro guerras civiles, y faltan generales: aquí en Chile, no hay guerras y hay tantos generales como moscas. Es un oficio trabajoso, pero proporciona algunas satisfacciones: además tiene uno la conciencia tranquila. ¿El buen Dios ha prohibido quizás el vender generales chilenos a los mejicanos? ¿Has leído alguna vez algo parecido en las Sagradas Escrituras? Nunca había yo leído en las Sagradas Escrituras nada que se refiriese a generales chilenos. Se lo dije a mi tío Felipe, y mi tío Felipe se puso muy contento.

—Si yo obligo a un sastre a hacer un traje o a un gaucho a domar un caballo, ¿es una mala acción? —continuó mi tío Felipe—. No. Pues entonces, ¿por qué habría de cometer una mala acción haciendo que un general vaya a la guerra? Los sastres deben confeccionar trajes, los gauchos deben domar caballos, los generales deben ir a la guerra. ¿No está esto escrito en los Reglamentos divinos?

—No, esto no está escrito.

—Malo —replicó sinceramente disgustado mi tío Felipe—. Pero está escrito que cada uno debe ganarse el pan con el sudor de su frente.

—Efectivamente, eso está escrito en los Reglamentos del buen Dios —dije—. Pero Méjico es una cosa y Chile es otra.

—¿No está escrito en los Evangelios que todos somos hermanos? —replicó gravemente mi tío Felipe. Pero la cosa no me convencía.

—Sí, efectivamente, todos somos hermanos: pero tú cedes generales sólo a un bando de mejicanos. Y el otro, ¿no es quizá

nuestro hermano? ¿Por qué ayudas sólo a un bando si el otro también es nuestro hermano?

Mi tío paró los caballos y me miró gravemente. —Yo sé interpretar las leyes divinas —afirmó—. Yo no hago diferencias. Para mí, todos los hombres son hermanos. Yo vendo generales también al otro bando.

Ayudé a mi tío Felipe en los suministros de guerra. Pero esto nada tiene que ver con nuestra narración. El hecho a que me refiero no me sucedió cuando trataba en generales, sino cuando hacía de camarero en Mendoza.

Mi tío era un bendito: un hombre honrado, trabajador, amante de su profesión, pero desgraciadamente poseía una ignorancia enorme en cuanto a complicaciones internacionales. Así, una vez envió a Méjico a un general inglés de paso por Santiago. Se originó un gran lío con intervención de acorazados que apuntaron sus piezas del 381 hacia el palacio del gobernador de Valparaíso.

Mi tío Felipe tuvo que alejarse con gran prisa y yo quedé nuevamente solo y abandonado. Entonces era yo un pobre muchacho, un inocente y cándido muchacho. ¿Podía seguir capturando generales chilenos yo solo?

Busqué trabajo: todo trabajo es honorable si es honrado. Hice de barbero, de empleado de ferrocarriles: pero desde niño he sido siempre de temperamento independiente, y para poder trabajar en un negocio del todo mío, me puse, finalmente, a hacer de limpiabotas. Los gastos de instalación de un negocio de limpiabotas no son excesivos y con poco dinero se puede uno procurar todo lo necesario: un taburete plegable para que se siente el cliente, un banquito para sostener el pie del cliente, un par de cepillos, un trapo, una caja de betún blanco, otra de betún rojo y un caballo.

Entonces era yo un pobre muchacho, un pobre muchacho inexperto de la vida, pero comprendí en seguida que lo más necesario para un negocio de limpiabotas es un caballo.

Pocos limpiabotas se enriquecen, y esto porque no entienden que la cosa más necesaria es un buen caballo. Los limpiabotas son, corrientemente, obtusos como los gauchos. Se instalan en la esquina

de una calle y esperan que la Providencia dirija hacia sus cepillos los pies del cliente. La Providencia tiene otras muchas i que hacer, y yo lo entendí en seguida.

Para hacer prosperar un negocio de limpiabotas hace falta inteligencia y un caballo: la inteligencia para darse cuenta, por ejemplo, de que, si en un sitio se estropea la conducción de agua y la calle se pone llena de fango, el limpiabotas que se encuentra en la inmediata cercanía del barrizal improvisado puede hacer excelentes negocios; el caballo para permitir el traslado rápido del negocio al lugar arriba indicado.

Confieso que el primer experimento no fue extraordinariamente satisfactorio, pero la culpa no fue mía, sino del azar, que inundó una calle en las cercanías del puerto y que me asignó, como primer cliente, a un marinero canadiense que acababa de desembarcar.

Entonces era yo un pobre muchacho y no conocía la manera de portarse de los marineros canadienses con los limpiabotas.

El marinero canadiense se sienta en el taburete y espera tranquilamente que el limpiabotas le haya limpiado los zapatos. Luego, apoyando un pie en la frente del limpiabotas, pone en tensión la pierna y envía al limpiabotas al suelo. Luego, pasando los dedos gordos por el cinturón, se va caracoleando a caballo de los pantalones.

Entonces era yo un pobre muchacho inexperto y cuando sentí el pie del marinero canadiense apoyado en mi frente, para no caerme hacia atrás me agarré a la primera cosa que encontré a mano. Y el maldito destino quiso que me agarrase justamente al gatillo de mi revólver.

De todos modos, también en aquella desgraciada ocasión el caballo fue muy útil a mi negocio de limpiabotas.

Pero el hecho que yo digo no me sucedió cuando hacía de limpiabotas en Valparaíso. Lo de Valparaíso es otra cosa.

Mi negocio prosperaba y yo trabajaba con placer, desplazándome con el negocio tanto hacia el Este como hacia el Oeste, según me sugiriera el olfato. Una tarde en que me había apostado en las cercanías de la calle de Cabecita donde un tubo de

agua acababa de reventarse, se me sentó en el taburete un hombrecito con lentes y una barba negra puntiaguda. Era un maldito charlatán. En mi vida he visto a un charlatán semejante. Me dijo que corrían malos tiempos, y que en Valparaíso sucedían cosas muy raras. Me contó una infinidad de hechos extraños. —Hay que tener mucho cuidado —me contó el hombrecito—. En Valparaíso hay unos sujetos pésimos. Basta con leer los periódicos, para enterarse. Hay, por ejemplo, un fulano, que no sabe cómo se llama, que anda haciendo barbaridades. ¿Lo has oído tú, muchacho?

—No, señor —contesté.

—Lástima, muchacho. Si es verdad lo que se lee, ese tío hace todo eso para divertirse. Una vez le llevó a un barbero de la calle de Santa Cruz una carta en la que le decía que su mujer estaba enferma. "Mientras usted va, yo cuido de la tienda", dijo el fulano ese. En cuanto estuvo solo se puso la bata blanca y cuando entró un señor el fulano le enjabonó la cara y empezó a afeitarle. Pero en cuanto llegó con la hoja de la navaja a la altura de la garganta del señor, dio a entender que si no le daban cierta cartera cometería una pésima acción. Una vez en poder de la cartera llenó de jabón la boca del señor y se marchó tranquilamente.

Otra vez subió a un tren, se puso una gorra y recogió todos los billetes de los viajeros, diciendo que tenía que verificarlos. En la primera estación, a tres kilómetros de la salida, se apeó sin gorra, se hizo entregar el caballo que había enviado el día anterior, volvió a Valparaíso y se puso frente a la estación, contando que había tomado billete para esta o aquella localidad y que no podía salir y que con mucho gusto vendería el billete a alguien. Así, de esta manera, el fulano consiguió vender todos sus billetes. —¡Caramba, qué tío más listo! —exclamé yo.

—Listo, sí —siguió el hombrecito—. Verdaderamente listo, ¿sabes lo que dicen que hace ahora?

—No, señor.

—Pues ahora está estudiando un asunto gracioso —explicó el hombre—. Llega a un lugar, rompe una conducción de agua potable inundando un pedazo de calle, se sitúa en las cercanías con sus cosas de limpiabotas y espera que alguien se ensucie los zapatos y vaya donde él a que se los limpie.

—¡Vaya negocio! —exclamé yo muy entusiasmado.

—Un negocio redondo, porque, de pronto, el tío deja el cepillo, coge al cliente por los zapatos y se levanta de golpe. Así, mientras el cliente cae de espaldas, los zapatos se quedan en las manos del tío, que, cogiendo el taburete, salta sobre su caballo y desaparece, y si te he visto no me acuerdo.

—¡Extraordinario! —exclamé.

Luego, dejando el cepillo, cogí los pies del hombre y me levanté de golpe. Como todas las otras veces, los zapatos me quedaron en las manos, pero, esta vez, el cliente no cayó de espaldas, yo abandoné mis cosas y salté a caballo con el corazón que se me deshacía. Lo juro por mi honor. Lo he visto con estos ojos. Aquel hombrecito no sólo no llevaba calcetines, sino que tenía pies de cabra.

Entonces era yo un pobre muchacho, y perdí mi taburete. Pero le robé los zapatos al diablo.

Y esta vez también pasé un mal rato, pero no tiene nada que ver con lo del bandido de Mendoza. Hay que olvidar los recuerdos de Chile y volver a la Argentina para que lleguemos rápidamente al hecho. Como iba diciendo, era yo entonces un pobre muchacho, uno de los veintitrés hermanos —veintitrés pececitos en fila en el regato de la hacienda— a quien el destino había enganchado con su anzuelo para enviarlo a dar coletazos por las aguas agitadas de los océanos. Mi tío me había dejado en Valparaíso, y yo, de vuelta a la Argentina, me fui a Buenos Aires. Fue un viaje pésimo y me acuerdo de que, en la parada de Villa Mercedes, un ferroviario que recorría el convoy golpeando con un martillo las ruedas, me indujo —dándome en la cabeza con el maldito artefacto— a abandonar el sitio que había escogido en el último vagón, entre Mendoza y San Luis.

No hay nada menos razonable que el dar malos ejemplos a los muchachos. El muchacho propende a imitar todas las acciones del adulto, reconociéndole incondicionalmente como a su maestro en la vida. Nada tiene de extraño entonces que el muchacho, al que un adulto ha pegado con un martillo en la cabeza, juzgue bien hecho el

pegar en la cabeza al prójimo con cualquier objeto de hierro, y que, encontrándose por casualidad con un revólver en la mano, abolle con la culata de éste la frente del ferroviario. Yo era entonces un pobre muchacho que andaba con los talones fuera de los zapatos y con el traje hecho jirones; estamos conformes también en que un muchacho tiene la obligación de saber cómo debe comportarse con lo que se encuentra, pero ¿cómo se me podrá acusar de incorrección, si en aquella ocasión, viendo abandonados junto al río una chaqueta estupenda, un buen par de pantalones, unas botas solidísimas y un sombrero excelente, yo recogiera esa ropa y me la pusiera?

En cambio hubo quien encontró escandaloso el que un pobre muchacho con uniforme de ferroviario viajara debajo de un vagón de mercancías, y se puso a gritar. Pero esto sucedió sólo a pocos kilómetros de Buenos Aires, durante una parada en pleno campo. En circunstancias semejantes basta con una rápida carrera, un salto en las hierbas altas y ¡ya está! No hay nada más triste que la pampa al oscurecer: la soledad se vuelve entonces ilimitada y parece imposible salir de aquel mar de hierba. De cuando en cuando se oyen crujir bajo el pie los huesos de algún esqueleto de caballo, y se piensa: "Quizá dentro de seis meses un gaucho me encontrará a mí, como yo he encontrado este caballo."

Anduve casi media hora. Después, la divina Providencia me devolvió la fe en la vida, haciéndome encontrar a una criatura viviente.

Era un joven gaucho que, sentado a la puerta de su cabaña, tocaba la guitarra. Al verme vestido de ferroviario me preguntó riéndose si había perdido el tren. Era el insulto mayor que puede hacerse a un hombre, y por eso no podía formularlo más que un gaucho. Los gauchos son seres de una estupidez singular, pero nunca vi a ninguno tan bobo como aquel. El, efectivamente, me preguntó riéndose si había perdido el tren y siguió sentado tocando la guitarra. Le dejé por eso mi chaqueta atada sólidamente alrededor de la cabeza con las cuerdas de la guitarra y empecé a andar, después de haber notado que los caballos de los gauchos son quizá más estúpidos que sus propietarios.

Recuerdo que un asno medieval dijo una cosa tan sensata, que

ningún caballo debería tener ya duda alguna a tal respecto: Un caballo huía porque llegaba tranquilamente comiendo hierba. El caballo le preguntó por qué no huía y el asno le contestó: "Porque amos son los que van y amos los que vienen." Pero ¿qué queréis que sepa de asnos medievales un estúpido caballo de la pampa? Para él, sólo podía haber un dueño: su gaucho; y por eso se lanzó veloz a la pradera en cuanto quise acercarme a él. Oscureció: se veían, por encima de la hierba, las primeras luces de Buenos Aires. Empecé a sentir frío y busqué algo caliente que ponerme sobre los hombros. Yo era entonces un pobre muchacho sin chaqueta ni sombrero. Sabía que lo que se encuentra en el suelo no es del que lo encuentra, pero ¿quién podrá juzgar mal mis principios morales, cuando, al encontrar en el suelo a un becerro de pocos días, lo cogí y me lo eché sobre los hombros? Era suave, caliente, y sabía a leche.

El hecho que yo digo me sucedió cuando hacía de camarero en Mendoza, pero el episodio del becerro tiene su importancia en la narración, pues sirve para explicar otro hecho que me sucedió en Méjico. Llegué a Buenos Aires ya de noche. Vagué por la ciudad semioscura hasta que encontré a un pésimo sujeto. Pretendía que le explicara lo del becerro a cuestas, que le contara mis asuntos personales y que le siguiera no sé a dónde.

Al fin, fue él quien tuvo que seguirme a mí; porque yo, aun llevando un becerrito a cuestas, corría más que él. Luego me encontré bloqueado en una plazuela, y viendo una puertecita abierta, entré. Había una escalera de mano y subí hasta un rellano en el que había otra escalera de mano. Después de otras cuatro escaleras de mano me encontré en un lugar no muy amplio, pero ventilado. Notando que la ciudad de Buenos Aires se extendía a mis pies y que encima de mi cabeza colgaban unas campanas, saqué la conclusión de que estaba en un campanario. Dormí en el campanario, y al mediodía siguiente me despertaron las campanas; el becerro me miraba estático. Me quedé bastante tiempo en Buenos Aires y la Providencia me ayudó, porque encontré bastante trabajo. Gané también bastantes pesos, pero nunca abandoné el campanario de la plazuela de Santa María. Salía al alba y volvía al anochecer. Me había hecho una litera, blanda y cómoda, y ahí guardaba mis

pequeños ahorros. Cada noche llevaba al becerro leche, avena, tortas, chocolate y un buen cubo de agua. La plazuela estaba siempre desierta. Hacia mediodía, un hombrecito llegaba corriendo para tocar las campanas. No subía nunca nadie.

Yo era entonces un pobre muchacho y mis ojos se llenaban de lágrimas al pensar en mi becerrito miedoso que me esperaba en el campanario. Le quería como a un hijito y le cuidaba como se cuida a un amuleto. Me quedé por mucho tiempo en Buenos Aires, y todo iba bien. Pero una tarde, cogido como por un presentimiento, volví al campanario y encontré la plaza llena de gente que gritaba.

¿Cómo se le había ocurrido al becerrito asomarse a los ventanales del campanario? Estaba con las patas delanteras apoyadas en el antepecho y miraba complacido hacia abajo. ¡Le habría pegado con gusto un par de tortas!

Y mientras la gente gritaba: "¡Una vaca en el campanario!" Porque (uno no se da cuenta viéndolo crecer día tras día) en dos años, un becerrito de sexo femenino se transforma en una vaca de tamaño considerable, y la gente habla del demonio, porque no puede comprender cómo una vaca pueda subir por una escalera de mano ni cómo una vaca pueda pasar a través de una trampa de cinco palmos de anchura. Todos estaban preocupados. Cuando el más valiente subió hasta la celda del campanario con un cubito de agua bendita y vio la camita, y bajo la camita encontró cierta cantidad de relojes y de cadenas de oro, de bandejas de plata y de billetes, la gente, informada de ello, se echó, rezando, de rodillas al suelo y acordó que el buen Dios, para castigar al desconocido que hacía imposible la vida a los ricos de Buenos Aires y que había escogido como refugio el campanario de Santa María, le había transformado en vaca. Entonces era yo un pobre muchacho y me eché a llorar, no tanto por la pérdida de mis pequeños ahorros cuanto por el hecho de ver que tomaban por un malhechor a la vaca más honrada de toda la Argentina.

Siendo imposible hacer pasar la vaca a través de la trampa, alguien propuso matarla allá arriba, pero una voz protestó: se trataba de un hombre y era necesario recordar que los hombres no se matan sin haber sido procesados.

Después de haber gritado esto, me aparté y tuve el consuelo de

ver bajar del campanario a mi pobre vaca por medio de un ingenioso sistema de cuerdas. ¿Qué le sucedió a la inocente criatura? ¿Terminó en el matadero o en la cárcel? No lo sé.

El hecho del bandido sucedió cuando hacía de camarero en Mendoza. He aducido la melancólica historia del becerro tan sólo para explicar el porqué yo, poco después, encontrándome cerca de un rancho en Orizaba y teniendo que escoger entre un becerro, un lechón y una gallina, escogí la gallina sin dudar un momento: esta clase de animales no alcanzan gran tamaño y no pueden, por eso, acarrear disgustos serios.

El becerro, el lechón y la gallina estaban encerrados en jaulas, pero quien más pena me dio fue la gallina. Mientras los otros dos animales estaban en jaulas amplias y sin techo, la de la gallina tenía muchísimos barrotes y estaba cerrada también por la parte superior.

Liberté de su prisión a la gallina y cuando, a los pocos momentos, un ranchero grosero me alcanzó para comunicarme su desaprobación, le reduje fácilmente a la razón. Es singular ver cómo se encuentran argumentos convincentes cuando se trabaja por la causa de la libertad.

Entonces era yo un pobre muchacho, una ingenua criatura del buen Dios y sudaba cuando tenía que decir dos palabras, pero tratándose de trabajar por la causa de la libertad, encontraba siempre suficiente elocuencia para hacer entender al más grosero de los rancheros que si no se marchaba en seguida y sin volverse, habría llegado a sacrificar sin vacilación todas las balas de mi revólver.

Pero en este asunto de Chichita, la gallina redimida de la esclavitud, hubo un lío; por eso hay que tener en cuenta que no me encontraba ya en Argentina, sino en Méjico y de que había llegado a Veracruz desde Buenos Aires por verdadero milagro. Efectivamente, si no me hubiera echado al agua cuando el capitán del "Martín García" me descubrió debajo de la lona de una lancha de salvamento, y si no hubiera alcanzado a nado los costas de Méjico, ya cercanas, nunca hubiera llegado ni a los alrededores del puerto de Veracruz.

Y por milagro también me encontré en tierra de Méjico vestido decentemente.

Efectivamente, si la Providencia no hubiese querido que me echase al agua en traje de baño, ¿hubiera acaso podido, al llegar a una playa, presentarme a los ojos del mundo cual tranquilo personaje de vuelta de un baño, entrar en una cabina (después de haber estudiado meticulosamente la situación estando echado en la arena), para salir, poco después, vestido como Dios manda?

He aquí, pues, a un pobre muchacho, a un pececito, pescado por el anzuelo del destino en el arroyo del cortijo y lanzado a coletear por los borrascosos océanos, solo en tierras mejicanas.

Anduve arriba y abajo por la meseta. En las grandes ciudades disparaban. Se estaba terminando una de las frecuentes y rápidas revoluciones que permiten a los mejicanos que no tienen enemigos en el extranjero, el tenerlos inmejorables en el interior. Es singular cómo los mejicanos sentían en aquel tiempo ganas de tener enemigos y cómo yo, en cambio, sentía ganas de no tenerlos.

Vagabundeé, solo como un perro, y una mañana me encontré en San Luis. Había mercado, y me paseé entre la muchedumbre de indios idiotizados por el sol y el pulque. De pronto llegó un hombre con un carrito cargado de hierba amarillenta: el carrito era tirado por dos caballos, y el hombre iba montado en el primero. Se paró justo delante de mí y me dijo que cuidase de los caballos. Algún que otro indio miró la hierba del carrito y se encogió de hombros. Un señor vestido de blanco, con un panamá en la cabeza, una sombrilla en la mano izquierda y un abanico en la derecha, pasó junto al carro.

El hombre del coche se le acercó.

—Señor —dijo quitándose el sombrero—, ¿le puede servir esta carga de heno?

El personaje miró el heno, y luego se encogió de hombros. Pero el hombre del carrito no desistió. —Señor —insistió—, tenga la bondad de escucharme. Tengo urgente necesidad de dinero. Si no compra el heno, compre al menos el carrito, le regalaré el heno. El personaje miró con interés el carrito y el otro levantó el largo fleco del heno, que llegaba hasta el suelo, y le indicó las ruedas, golpeando en los cubos con los nudillos.

—Señor —explicó—, es un negocio. Tengo necesidad de dinero, y lo vendo todo.

El personaje escribió una dirección en un papelito.

—Llévelo a mi casa; allí lo descargaremos, lo veremos y, si me gusta, cerraremos el trato.

El hombre del carrito me dijo que era mejor que le siguiera y así podría ayudarle a descargar el heno. Llegamos a un patio lleno de sol. El señor del panamá ya nos estaba esperando. Ayudé al hombre a descargar el heno. El personaje miró con mucha atención y ofreció una suma.

El hombre del carrito pidió otra, pero pronto se entendieron. Una vez fuera del patio, el hombre montó en un caballo y yo en el otro, y cuando estuvimos fuera de San Luis, pusimos los caballos al paso.

—Tío Felipe —dije yo entonces—, ¿desde cuándo vendes cañones?

—Desde que soy sargento de artillería.

—¿Y con quién estás? ¿Con el general García o con el general Zurillo?

—Un poco con cada uno. Hasta ayer estaba en la doceava batería del general García y he vendido la pieza aquí en San Luis, donde son partidarios de Zurillo. Luego pasaré a la doceava batería de Zurillo y venderé la pieza en Hidalgo, donde son partidarios de García. Después pasaré a la treceava batería de García y más tarde a la treceava de Zurillo.

—¿Hay muchas baterías todavía? —me informé.

—Seis por parte —dijo mi tío Felipe. Y parando el caballo, me miró.

—¿Has leído tú alguna vez en las Sagradas Escrituras que el buen Dios prohíba a los hombres el cambiar piezas de 75 milímetros entre las fuerzas de un partido y las del otro? —me preguntó gravemente.

Entonces yo era un pobre muchacho y no escribía todavía para los periódicos, pero me sabía de memoria las Sagradas Escrituras. Contesté que no. El buen Dios no mencionó ni tan sólo lejanamente a los cañones en su coloquio del Sinaí. Mi tío Felipe quedó satisfecho.

—Aquel que está en regla con las leyes de Dios, está en regla con las leyes de los hombres —sentenció mi tío Felipe. Y empezamos a galopar de nuevo.

El hecho que yo digo me sucedió cuando hacía de camarero en Mendoza, no cuando trabajaba con mi tío Felipe en suministros de cañones.

Efectivamente, mi tío Felipe me dejó pronto, porque, por una excusable distracción, quiso vender un cañón de Zurillo a los zurillistas en vez de venderlo a los garcicistas, y tuvo que alejarse a galope tendido.

Yo entonces liberté a Chichita, gallina orizabeña, y teniendo que estar lo más encerrado posible en cierta casucha (donde me daban de comer por noventa pesos diarios, o de otra manera, alguien habría avisado a los zurillistas), le enseñé a andar sobre una pata, a dar volteretas y otras muchas cosas.

Cuando los dos generales pasaron de moda, salí de mi escondite y me sumé a la compañía de un circo ecuestre. ¿Qué otra cosa podía hacer yo, pobre muchacho?

Tratábase de un circo ecuestre muy importante, con elefantes, mujer barbuda, acróbatas, bailarinas, prestidigitadores, y la gente se peleaba por entrar. Mi número gustaba mucho a los ricos que podían gastarse tres pesos en una butaca de primera fila. Los otros no veían la gallina, pero aplaudían con gran generosidad. Una vez terminados los ejercicios, cogía yo a Chichita y la llevaba en brazos por la primera y segundas filas: los señores y las señoras ponían un centavito en la palma de la mano, y Chichita cogía la moneda con el pico y me la metía en el bolsillo del chaleco. Era un espectáculo amable, y gustaba. Pero una noche se armó un lío y Chichita me abandonó para siempre: mientras la gente empezaba a salir, una señora de la primera fila comenzó a gritar: tenía que ser la mujer de algún pez muy gordo, porque en seguida llegaron los gendarmes e hicieron parar a todo el mundo. Todos fueron cacheados, antes de ser dejados en libertad. También nos cachearon a nosotros y buscaron en todos lados; hasta cortaron en pedazos el jabón.

Había ochenta gendarmes y armaron un jaleo de todos los

demonios. Pero el brillante no fue encontrado. La señora lo llevaba colgado al cuello con una cadenita de oro; alguien había roto un anillo de la cadenita. Era un brillante de diez mil pesos, y desapareció. Y fue precisamente en esa terrible confusión donde Chichita halló la muerte. Entonces era yo un pobre muchacho, una inocente criatura, que hacía lo que quería el buen Dios, que vivía al día y no se me puede por eso dar la culpa. ¿Por qué, una vez terminado nuestro paseo por la primera fila, hice que Chichita se comiera aquella porquería?

Yo era entonces un muchacho y los muchachos ya se sabe, son impacientes, no tienen la fuerza necesaria para esperar la solución natural de las cosas. Así, la misma noche, Chichita abandonó la dulce vida. Yo encontré, es verdad, en el interior de Chichita el brillante causa de tantos males, y me comí, de verdad, a Chichita asada; pero con el corazón lleno de amargura.

Lo juro, señores.

La nostalgia de las horas serenas de mi niñez me ha entretenido un poco a lo largo del camino y me ha hecho olvidar que yo había salido con la intención de demostrar —a través de la narración de cómo reacciona uno en realidad cuando se trata de bandidos— la belleza del comportamiento del señor Dublé.

El hecho que yo digo y que interesa al lector, me sucedió cuando era más joven y no escribía todavía para los periódicos, sino cuando hacía de camarero en Mendoza.

Desde Méjico había vuelto, quién sabe cómo, a la Argentina desesperado durante tres meses enteros, descalzo y hambriento, por la pradera, viendo sólo caballos y gauchos. Pero un día, finalmente, descubrí un indicio de civilización: la vía férrea.

Empecé a andar por entre las vías y por un par de horas no encontré a alma viviente. Luego, después de una curva cubierta por muchas matas, encontré a un grupo de gente que trabajaba en la línea.

Eran cinco malditos gauchos, pero les mandaba un hombre bien vestido y autoritario, que llevaba en la cabeza la gorra de ferroviario. Esto me tranquilizó: no se trataba de vulgares bandidos.

Cuando yo llegué estaban terminando. Después de diez minutos el empleado de ferrocarriles sacó unos libros de su maletín, escribió algo y entregó a cada gaucho tres pesos. Era un jornal de perros: aquellos cinco desgraciados habían construido al menos ciento diez metros de vía, un ramal que, saliendo de la vía, llegaba hasta la orilla del río Paraná. Un ramal completo con el cruce perfectamente en orden. En la Argentina, los ferrocarriles pagan muy mal; de todos modos, los cinco estúpidos gauchos montaron a caballo muy contentos y agitaron el sombrero despidiéndose del empleado.

Hablamos un poco; después, subiendo a caballo, se fue a galope: yo me senté cansadísimo junto a la palanca de desvíos y poco después pasó un mercancías con los reflectores encendidos y el viento me hizo volar el sombrero.

Cuando oí un silbido, moví la palanca del cambio. Un vagón llegó despacito, se salió tranquilamente de la línea principal y empezó a andar por la vía del desvío. El empleado de ferrocarriles iba sentado en la garita del frenador y regulaba la velocidad del vagón. Volví a poner el desvío como estaba antes, monté en el caballo que llegaba trotando y seguí al vagón. Muy despacio, el vagón llegó a la orilla del río, donde estaba anclada una gran barcaza. Evidentemente, en el puente de la barcaza tenía que haber una vía que empalmaba con la del desvío. Así pues, el vagón subió tranquilamente a la barcaza y una vez ahí se paró. El empleado de ferrocarriles bajó, atornilló unas piezas de hierro detrás de las ruedas para impedir que el vagón resbalara y luego, poniendo en marcha un motor a vapor, soltó las amarras y el lanchón tomó la corriente.

—¿Es difícil el oficio, tío Felipe? —pregunté cuando nos encontramos en el centro del río.

—No —contestó mi tío Felipe, que llevaba el timón—. Pero es complicado. La compañía me ayuda bastante dejando a lo largo de la línea montones de vías, y tampoco es difícil encontrar trabajadores: estos estúpidos gauchos, por tres pesos, serían capaces de construir el Transiberiano. La única cosa peligrosa es el salto desde el caballo al vagón de cola y el desengancharlo. Una vez desenganchado, ya está; se regula la velocidad como se quiere, y corriendo mucho, puede uno llegar al desvío antes que el vagón.

Pero hay que acordarse de cerrar siempre el desvío; podría haber líos.

A medianoche, la barcaza llegó a un pequeño puerto donde esperaban unos hombres con carros.

Vaciaron el vagón. Mi tío contó el dinero y dijo que estaba bien. Luego volvimos a subir al lanchón y mi tío Felipe desatornilló las cuñas de hierro. Después de breve duda, el vagón echó a andar y fue a hundirse en el agua.

—El buen Dios ha ordenado: "No robarás": y yo no robo, sino que trabajo para la compañía. ¿Es quizá pecado construir un desvío ferroviario? Tú que has estudiado, ¿has encontrado en el Antiguo Testamento: "No construyas desvíos ferroviarios"? Efectivamente, ni en el Antiguo ni en el Nuevo Testamento existe ninguna cita referente a desvíos ferroviarios, y yo por eso admití el argumento de mi tío Felipe.

El hecho que voy a contar sucedió cuando estaba en la Argentina y hacía de camarero, no cuando trabajaba con mi tío Felipe para la compañía de ferrocarriles. Fue éste un trabajo que duró pocos meses. Una noche mi tío se dejó abierto el desvío, y todo un mercancías fue a hundirse en el río. No hubo víctimas, porque todo el personal sabía nadar, pero la cosa molestó igualmente a las autoridades, y mi tío Felipe me aconsejó que me dirigiera hacia el Oeste mientras él desaparecía hacia el Este.

Hay que considerar que yo era entonces un muchacho y que no pensaba, ni en sueños, en escribir para los periódicos. Ahora, ya es otra cosa: ahora, al llegar aquí, no he hecho más que presentar las hojas escritas a máquina a un director, y todo ha ido a las mil maravillas. Guando llegué aquí tenía los zapatos atados con alambres, es verdad, pero tenía zapatos. Entonces, cuando llegué a Mendoza descalzo, ¿cómo podía presentarme al director de un periódico? Era un pobre muchacho, una criatura del buen Dios transplantado a un maldito país, solo, sin un oficio fijo. ¿Qué podía hacer yo, al llegar a Mendoza, sino emplearme como camarero?

Verdaderamente, al entrar en el bar de don Pedro, tenía sólo la intención de tomarme un café con leche. Don Pedro me miró con

malos ojos cuando me vio sentado en una de sus mesas; pero me trajo el café con leche y yo lo hice desaparecer junto con un cesto de pan. Después llamé a don Pedro. —¿Cuánto es?

—Ochenta y cinco centavos.

—Bien, señor; si me da usted quince centavos, yo le adeudaré un peso.

Don Pedro se buscó por los bolsillos y me entregó quince centavos.

—Helos aquí; pero me fregará usted los suelos, me limpiará los cristales y me lavará unas mil botellas que tengo en los sótanos.

Por la noche, al salir del sótano, tenía hambre, y por quince centavos me dieron un café con leche y un par de panecillos.

Dormí en un banco, y a las ocho de la mañana siguiente decidí volver a. don Pedro. Le pregunté si necesitaba un camarero.

Don Pedro movió la cabeza.

—Lo siento, muchacho, pero ya tengo camarero; no puedo echarle a él y admitirte a ti.

Yo era entonces un pobre muchacho, y las pequeñas contrariedades, que hoy me harían sonreír, me desanimaban entonces sobremanera. Salí por eso muy turbado y empecé a andar con la cabeza baja. Buen Dios, ¿puede echársele en cara a un muchacho descalzo el andar con la cabeza gacha? Estamos de acuerdo: un muchacho que anda con la cabeza gacha puede pegaros con la cabeza en el estómago y echaros al suelo, pero no por eso hay que clamar contra el infeliz. No hay que llamar "hijo de perro" a un muchacho que sin querer os tienda en el suelo de un golpe de cabeza en el estómago.

Un hombre se fue al suelo entonces, y me llamó "hijo de perro", ofendiendo por un lado a mi familia y por el otro a la moralidad de los perros. Nadie podrá culparme de maldad si defendí a mi familia y la honorabilidad de los perros.

El hombre tuvo que alejarse con la cara hinchada, y aun hoy lo siento.

Después de dos horas volví al bar de don Pedro. Tenía hambre.

—Tiene usted suerte —me dijo don Pedro—; el camarero ha enviado a decir que ha tenido un altercado con un maleante y que por tres días no vendrá a trabajar.

Por tres días fui el más voluntarioso y el más feliz de los camareros. Bien trajeado y limpio, yo no he sido nunca un muchacho feo, y la hija más vieja de don Pedro me dio pellizcos más de una vez. Por la mañana del cuarto día, heme otra vez infeliz y heme otra vez andando con la cabeza gacha, acobardado, por los alrededores de la tienda de don Pedro. ¿Quién es el hombre sin corazón que maldecirá al muchacho que, deseoso de trabajar honradamente, y encontrándose en el arroyo, ande con la cabeza gacha y vaya a pegar contra un transeúnte? Yo era entonces un muchacho y pensaba con nostalgia en mi padre y en mis veintidós hermanos lejanos: no hay que llamar "hijo de perro" a un muchacho en estas condiciones. El muchacho reacciona, se defiende y mueve los brazos como si fuera un molino.

Vi al hombre alejarse tambaleándose. Todavía me llora el corazón cuando pienso en ello. Pero ¿por qué me llamó "hijo de perro"?

Cuando don Pedro me vio pasar frente a su tienda, me llamó. El camarero había avisado que, atacado por un maleante, por cinco días no podía trabajar. La divina Providencia me ayudaba. Trabajé durante cinco días, feliz como un príncipe. Luego, por la mañana del sexto día, heme otra vez acobardado, paseando con la cabeza gacha por los alrededores de la tienda de don Pedro.

No lo creeréis, pero, por tercera vez, un hombre al que había pegado sin querer con la cabeza en el estómago, me llamó "hijo de perro".

Pero ¿es que nadie me podía ver en Mendoza?

Pegué como un maldito, y mientras pegaba, yo lloraba, pobre muchacho solo y abandonado.

El infame huyó gimiendo. Pero también esta vez la divina Providencia me fue amiga. Encontré a don Pedro fuera de sí. Gritaba que ya era hora que terminara esa historia de un maleante que pega con la cabeza en el estómago y que luego da estacazos hasta romper las costillas. Tres veces el mismo cuento era demasiado. Al diablo con los borrachos. No quería volver a ver a aquel camarero.

—Te tomo definitivamente, muchacho —me dijo don Pedro, y yo, gracias a la divina Providencia, amiga de muchachos inocentes

y abandonados, encontré un puesto.

El hecho que voy a contaros sucedió precisamente cuando hacía de camarero en Mendoza. Los muchachos se aclimataban fácilmente, y yo me encontré en seguida muy bien en Mendoza. Los clientes me daban muchas propinas, tanto que había conseguido comprarme un buen traje y un par de excelentes zapatos relucientes.

Había alquilado una habitacioncita modesta, pero cómoda.

Trabajaba todo el día en el café y estaba libre sólo desde medianoche; pero me divertía igualmente porque me había hecho buenos amigos con los que pasaba alegremente el tiempo desde medianoche hasta las tres. Unas noches jugábamos, otras charlábamos, otras nos íbamos de paseo bajo la luna.

Yo era un muchacho entonces; pero desde niño siempre he ignorado lo que fuera el miedo. Pues bien, fue justamente cuando hacía de camarero en Mendoza que pasé el miedo más terrible de mi vida. En aquellos tiempos se hablaba en Mendoza mucho de Chico. Hablaba de él la gente, escribían de él los periódicos. Chico y su banda eran el terror de los habitantes de Mendoza. Al salir del cine o del café, los mendocinos veían a Chico en cada sombra y temblaban. Los gendarmes habían salido en vano varias noches; se habían puesto al acecho cien veces. Pero cuando los gendarmes estaban en el Este, Chico y su banda se encontraban hacia el Oeste.

Pues bien, al irme yo a casa a medianoche, nunca me había preocupado de Chico, ni tan siquiera había pensado en él o, si había pensado, me había encogido de hombros.

Yo era entonces un pobre muchacho: ¿qué podía importar a Chico un muchacho? A Chico le interesaban los burgueses con carteras llenas. Por eso, yo siempre me iba a casa silbando. Ni sabía lo que era el miedo. Una noche, mientras estaba cerrando el café, me di cuenta de que, sentado a una mesa, había un hombre a quien yo no había visto en mi vida: un tipo de media edad, robusto.

—Vamos a cerrar, señor —le dije.

—¿Se cierra ya? —preguntó palideciendo.

—Es medianoche: yo también tengo que irme a casa.

Vivo en Puerta do Sul.

—¿En Puerta do Sul? ¿Va a Puerta do Sul cada noche? —preguntó estupefacto.

—Claro. Vivo en Puerta do Sul. Sería bobo si, viviendo en Puerta do Sul, me fuera a Puerta de la Paz porque está más cerca.

—¿Y Chico?

Me eché a reír. A mí, Chico no me importaba nada. ¿Y qué podían importarle a Chico los camareros? El desconocido se levantó y se me acercó.

—Eres un muchacho inconveniente —exclamó—. Chico es un bandido y los bandidos no se andan con pamplinas.

—Pero, por lo que se dice, Chico no mata a la gente…

—¿Quién sabe? Es muy fácil hacer desaparecer a un hombre. Chico es, para mí, el delincuente más peligroso del siglo.

El desconocido debía de tener un miedo atroz, y no hay nada más contagioso que el miedo. Me confesó que pensando en que tenía que volver a su casa, se sentía desfallecer.

—¡Lo siento! —lloriqueó—. Esta noche encontraré a Chico. Muchacho, le doy veinte pesos si me acompaña a casa.

Acepté, pero lo confieso, sin excesivo entusiasmo. Yo no era entonces más que un muchacho y nunca había conocido el miedo. De todos modos, al salir del bar junto al desconocido, noté que el corazón me palpitaba más fuerte que de costumbre.

Anduvimos en silencio; después, de repente, el desconocido me cogió del brazo.

—Mire allá —murmuró.

Algo se movía en la sombra de un callejón. Lo juro, tenía unas ganas locas de echarme a correr, no sé por qué. Me dominé. ¡Qué caramba, en mi vida había tenido miedo!

Luego, de repente, sentí un escalofrío extraño correrme por la espalda. ¿Y si el desconocido…? ¿Y si fuese todo una hábil comedia?

Cuando Dios lo quiso, el hombre susurró:

—Hemos llegado. El hombre me entregó el dinero.

—Espere un poco —me rogó—, espere que haya subido. Si me oye gritar por las escaleras, corra usted. Prometí. Yo soy hombre de honor, pero os juro que, a pesar de esto, en cuanto la puerta se

hubo cerrado, me eché a correr; eché a correr como un alma que lleva al diablo, lanzándome contra las sombras con el puño abierto, con dientes apretados, seguro de que en cada sombra sentiría las manos del Chico, del maldito Chico o de alguno de los suyos apretarme la garganta. Me encontré sudado y sin aliento en la Puerta do Sul. Pensé con terror que hasta en el reducido ámbito de mi casa Chico podría estar esperándome. Crucé con el corazón en un puño el pasillo oscuro y finalmente abrí la puerta de mi habitación.

Vi a algunos hombres de cara siniestra.

—¡Salud, Chico! —dijeron.

—Salud —contesté.

Ya, ¡claro! Chico era yo.

He aquí lo que es, en los hombres corrientes, el miedo a los bandidos. Es algo terrible que sólo puede conocer el que lo ha pasado.

Soy capaz de jurarlo. Esteban Pelloni y el bandido Passatore eran la misma persona, y aun así Esteban Pelloni debía tener miedo de Passatore. Y eran la misma persona. ¡Figuraos si hubiese sido una persona distinta!

Medite el lector sobre lo que se ha dicho y aprecie en su justo valor la firmeza del espíritu del señor Filimario Dublé frente al bandido que aparece en la puerta de la casa Troll en la isla de Bess.

Capítulo 5

Veinte hombres y una mujer. Filimario no cede. Los malditos dados de Septiembre. Ketty promete bofetadas, pero no mantiene la promesa. Clotilde aparece en el horizonte.

Filimario y sus compañeros, después de haber cruzado con los brazos levantados un recibidor y un salón, se encontraron en una amplia cocina iluminada por los reflejos del fuego que ardía en la chimenea. Una docena de hombres estaban sentados frente a la chimenea, y aquella extraña reunión de siluetas sin cara que se recortaban sobre el fondo rojo oscuro del hogar, no sugería ciertamente pensamientos alegres.

—Novedades, Bill —anunció el hombretón del revólver.

Una linterna de aceite iluminó la habitación. Los hombres se levantaron y se acercaron a Filimario, Pío y Septiembre y les miraron con el ceño fruncido.

—Perdonen —dijo Filimario con la calma consabida—, nosotros no estamos acostumbrados a esta clase de ejercicios y el mantener los brazos levantados nos es muy fatigoso. Si me permiten yo…

Diez pistolas apuntaron sus bocas amenazadoras hacia los tres.

—El primero que se mueva está liquidado —gritó Bill. Septiembre, siempre impulsivo, resopló.

—¡Es un argumento estúpido! —exclamó.

—¡He dicho que el primero que se mueva está liquidado! —gritó Bill.

—En esto estamos perfectamente de acuerdo —intervino pausadamente Filimario—, pero como, gracias a la educación que

hemos recibido, nos hallamos en la posibilidad de hablar sin movernos, sino quedándonos completamente inmóviles, ¿por qué no hemos de poder hablar?

Se ve que a Bill no le gustaba esta clase de conversación.

—¡Basta de tonterías! —ordenó.

—Tiene usted razón —convino Filimario—. Basta de tonterías. Sería de mal gusto insistir. Puede comunicar a su ama que la broma ha salido perfectamente. Ahora querría secarme.

Dicho esto, Filimario bajó los brazos y se dirigió con paso seguro hacia el fuego.

Cogidos de sorpresa, los diez hombres retrocedieron un paso. Filimario se sentó tranquilamente en un sillón y tendió las manos hacia el llameante fuego.

La boca de la pistola de Bill se apoyó en el cráneo de Filimario.

—¡Arriba las manos y no seas descarado —gritó lleno de furor—, o dentro de un segundo estarás muerto! Filimario, quedándose sentado, levantó los brazos y observó:

—Pase que haga esto al capitán del barco, que es un viejo idiotizado, pero es vergonzoso que hombres jóvenes y despiertos como vosotros se presten al juego de una estúpida mujercita.

Alguien entró en ese momento y una voz femenina resonó a espaldas de Filimario.

—¿Así, pues, yo soy para usted una estúpida mujercita?

Filimario no se turbó; contestó con su consabida serenidad:

—Exactamente: si es usted la señorita Clotilde Troll, es usted una estúpida mujercita.

—¡Levántese! —ordenó la voz femenina.

Filimario se levantó, se volvió y se encontró frente a la más importante, a la más provocadora y a la más desconocida rubia del universo.

Filimario bajó de nuevo los brazos y se inclinó con estilo perfecto.

—Acepte usted mis excusas —dijo—; yo soy víctima del más agradable de los equívocos. La señorita Clotilde Troll nos ha gastado una broma de gusto discutible: habiéndonos traído con engaños al yate, nos ha hecho desembarcar, o mejor, naufragar en esta islita, donde, según aseguraba el capitán del barco, debería

encontrarse la casa Troll, casa que habría tenido que hospedarnos hasta que hubiera gustado a la despreciable heredera. He creído que estos señores estaban a sueldo de la señorita Troll, a fin de hacer aún más emocionante la broma. Probablemente nos hemos equivocado de isla, o en la isla no existen propiedades Troll.

—No —contestó la incomparable rubia—; estamos realmente en la isla de Bess, y esta casa pertenece a los Troll, pero estos señores no están pagados por la Troll para complicar su broma. Se trata de otra cosa muy diferente.

—Entiendo perfectamente, señorita: considerando que esta villa pertenece a los Troll, considerando por eso que los señores aquí presentes se encuentran en el interior de una casa que no les pertenece, y considerando finalmente el armamento, las fisonomías y el trato de dichos señores, creo poder deducir que me encuentro en presencia de auténticos "fuera de la ley".

—Exacto —asintió la bellísima rubia.

Filimario volvió a levantar los brazos.

—Creo entonces oportuno inclinarme a los deseos de los señores. —Se volvió a Bill—: Perdone usted, señor Bill, si me he permitido alguna observación irónica, pero usted comprende el equívoco.

—Yo no tengo nada que ver —murmuró Bill indicando a la bellísima rubia—. Aquí manda únicamente ella. Filimario movió la cabeza.

—¿Es pues, destino, que mi vida esté siempre a merced de una mujer?

—Podéis bajar los brazos —dijo la muchacha—. Los otros dos también.

Hacía ya media hora que Septiembre dormía en un sofá del recibidor. Pío Pis estaba con los ojos fuera de las órbitas en un rincón y tenía los brazos desesperadamente tendidos hacia lo alto. El miedo le había paralizado. Nadie consiguió que los bajara; probaron hasta con la fuerza; parecían de hierro colado. De pronto Bill sacó la pistola del bolsillo.

—¡Baje los brazos, o le envío al otro mundo! —gritó. Pío Pis bajó finalmente los brazos.

La bella rubia, después de haberse abandonado en un butacón y de haber cruzado un par de apreciabilísimas piernas, encendió un

cigarrillo y observó con poco interés a Filimario, que, erguido frente al fuego, trataba de transformar en vapor el agua que le empapaba el traje.

—Ketty —dijo Bill—, ¿qué hacemos con ellos?

—¿Quiénes son? —preguntó, aburrida y sin mirarle, la bella rubia.

—¡Cacheadles! —ordenó Bill a sus hombres, y las carteras de Filimario, Pis y Septiembre llegaron poco después a manos de la bella rubia.

Ketty examinó con gran diligencia los papeles y cuchicheó largo tiempo con Bill.

Luego Bill se acercó a Filimario. Estaba algo cohibido, pero al fin habló.

—Siento el haberles confundido con policías, pero, usted comprenderá, hoy en día hay que andar con los ojos bien abiertos, señor Dublé. Ahora, ya que están ustedes sanos y salvos, ¿no convendría que avisaran a sus familias de haber salido con bien?

—Es una atención muy delicada —contestó Filimario— y les damos a ustedes las gracias.

—Mire —continuó Bill—. ¡Qué contenta se pondría su esposa si recibiera sus noticias!

—En el caso de que yo tuviera esposa, su suposición sería justísima, pero gracias a Dios no tengo esposa. —Bien —insistió Bill impacientándose—. Podría usted escribir a sus padres. Por ejemplo: "Queridos padres, estoy bien, pero si queréis volver a verme, tenéis que entregar 500 mil francos al portador de la presente, etcétera." ¿No os gusta?

—Perfectamente, y si usted mismo llevase personalmente la carta a mis padres, sería para mí un placer inmenso.

—¿En qué sentido?

—En el sentido de que mis padres están difuntos. De todos modos, para darle a usted gusto, podría escribirme a mí mismo.

Bill miró a Ketty y perdió la paciencia.

—Oiga, pongamos las cartas boca arriba: de los tres, el que tiene dinero es usted. Ketty lo sabe seguro, lo ha visto en sus documentos. Y por eso usted tiene que pagar por los tres. Si no quiere que les metamos a los tres con la cabeza en el agua, tiene usted que soltar

quinientos billetes de a mil francos. Un poco de moneda extranjera nos irá muy bien para nuestro negocio. En cuanto a llegar a Nevaslippe, de eso nos encargaremos nosotros.

Filimario se encogió de hombros.

—En fin, escriba usted a su banquero, a su notario, a quien quiera. El hecho es que si no tenemos los quinientos mil francos, usted y sus compañeros van al otro mundo.

Filimario abrió los brazos.

—Lo siento enormemente, pero para conseguir ese dinero tendría que ir personalmente a Nevaslippe. Mi madre se ha alejado de esta tierra hace sólo cuarenta días y hay muchos asuntos del testamento que tienen que ser resueltos.

Bill fue a hablar con Ketty y luego volvió.

—Le llevaremos a usted a Nevaslippe, pero nos quedaremos a sus compañeros como rehenes. Si no nos proporciona usted el dinero, nosotros les meteremos con la cabeza en el agua. Como ve, estamos dispuestos a favorecerle a usted en todo.

—Les doy las gracias, pero el lío no termina aquí. El lío verdadero está en el hecho de que yo, para heredar, tendría que tragar el maldito vaso de aceite de ricino que mi madre quiso que bebiera cuando tenía seis años y que yo rehusé.

—¿Qué cuentos son esos? —gritó—. ¿Cree usted que estamos dispuestos a escuchar siempre sus ensayos de humorismo?

Filimario, con mucha calma, contó la extraña historia del vaso de aceite y concluyó:

—Tanto si lo cree como si no, así están las cosas. Por esto, con gran pena por mi parte, no puedo aceptar su proposición.

—¿En qué sentido? —gruñó Bill.

—En el sentido de que yo, antes de tragarme aquel maldito vaso de aceite, estoy dispuesto a renunciar no sólo a mi vida, sino también a la de los dos simpáticos caballeros que me acompañan.

Hacía ya un rato que Septiembre se había despertado y se había metido en el grupo que estaba en círculo alrededor del hogar.

—No es por contradecirle —observó tímidamente Septiembre—, pero esta aversión de usted por el precioso aceite medicinal me parece poco razonable. No tiene usted idea del bien que puede hacer al organismo un vaso de aceite.

Pío Pis asintió.

—Si conociera usted los versos que la planta del aceite de ricino ha inspirado a un poeta chino… —balbució. Pero Filimario no le dejó terminar.

—Un Dublé tiene una palabra y sólo una —afirmó con gravedad —. El oficio más despreciable del mundo es el de contrabandista de opio, y si me dijeran que escogiera entre hacer de contrabandista de opio o morir, preferiría la muerte. Pues bien, si mañana me viera obligado a escoger entre hacer de contrabandista de opio o beberme aquel maldito vaso de aceite, ¡me haría contrabandista de opio!

Un segundo de profundo silencio; después, la voz de Ketty:

—Si la cosa le interesa, señor Dublé, le diré que precisamente somos contrabandistas de opio. Filimario se inclinó sonriendo.

—No me extraña; mejor dicho, considerando que la banda de la que soy huésped está al mando de una mujer, me esperaba algo mucho peor.

Seguía lloviendo a cántaros; los hombres de la banda se dislocaban las mandíbulas de tanto bostezar. Pasadas unas horas, los tres prisioneros ya no interesaban. Pío Pis y Septiembre, echados en un sofá, dormían, y Filimario concluía la operación de secado de su traje.

A las 15,45 sucedió el primer hecho memorable del día. Al volverse en su diván Septiembre dejó caer del bolsillo del chaleco los dos dados recogidos en la playa y que, al caer al suelo, marcaron, naturalmente, seis y seis.

El ruido de la caída y el blanquear de los infernales cubitos despertaron el interés de Bill, que estaba acampado por allí cerca. Bill se encontraba, en el fondo, en las condiciones del capitán "Delfín": adoraba el juego de los dados, pero no podía jugar con sus hombres. Ketty era muy severa respecto a esto. Un subjefe no debe nunca ponerse en condiciones de tener que sacar la pistola y apuntar hacia un inferior por razones de juego.

Por esto Bill sacudió fuertemente a Septiembre.

Esto sucedía a las 15,45. A las 16,45 la gran habitación estaba como sigue: un fuego en el fondo, ante el cual Filimario se

calentaba; un sofá a la izquierda en el que Pío Pis dormía: en el centro, veinte contrabandistas dispuestos en círculo estrechísimo y subidos los unos encima de los otros; en el centro del círculo, una mesa, y encima de la mesa dos dados que, por la ochocientas veintiseisava vez, marcaban seis y seis.

Ya nadie hablaba. Bill miraba con ojos desmesuradamente abiertos los dados que, lanzados por Septiembre, seguían impertérritos marcando seis y seis. A las 16,50 Bill había perdido no sólo su dinero, sino también el de sus hombres. La banda estaba sin un céntimo. Septiembre tenía los bolsillos llenos de dólares. Cuando fue sacrificada la última moneda de la comunidad, hubo un momento de silencio; luego Bill, levantándose de un salto y empuñando la pistola, intimó con voz ronca:

—¡Arriba las manos y deme el dinero!

Septiembre, imprecando en voz baja, devolvió los billetes. Le dejaron un centavo.

—Y ahora volvamos a empezar —dijo Bill.

Una hora de juego, ochocientos cuarenta "doces" seguidos por parte de Septiembre, y otra vez la banda en seco. Nuevamente la pistola bajo la nariz de Septiembre. ¿Cuántas veces tuvo Septiembre que levantar los brazos y dejar que Bill le quitara el dinero menos un centavo?

Al final de la octava vuelta, Septiembre estaba cansado. Bill le atacó y le volvió a quitar el dinero dejándole el centavo.

Septiembre entonces apretó los dientes, tendió todos sus nervios y lanzó los dados,

¡Uno y uno!

Después de haber marcado por seis mil trescientas once veces seis y seis, Septiembre marcaba uno y uno. Hubo un breve silencio; luego, veinte hombres sacaron amenazadores sus pistolas.

—¡Tramposo! —gritó con voz terrible Bill, metiendo el cañón de su pistola en la boca de Septiembre. Septiembre se sonrojó, bajó la cabeza y empezó a ganar de nuevo.

Pasó la noche y empezó otro escuálido día. Hacia el mediodía Bill se acercó a Filimario, y con la mano en la culata de la pistola le

comunicó:

—Hasta que no me haya entregado la carta pidiendo
los quinientos mil francos, no comerán ustedes.

—Está bien —contestó Filimario—, nos moriremos de hambre.

—¿En qué sentido? —preguntó Bill frunciendo el ceño.

—En el sentido de que no verá usted en su vida esos quinientos mil francos.

—¡Con usted no se puede discutir! —murmuró Bill de mal talante.

Durante todo el día, Filimario, Septiembre y Pis se limitaron a bostezar. Bostezaron también durante la noche y finalmente, hacia el mediodía del día siguiente, Bill avisó a Filimario que Ketty quería hablarle.

Después de un rato, Filimario llamaba a una puerta del primer piso.

Ketty, rubia como siempre, envuelta en un salto de cama de seda que conseguía descubrirle hábilmente muchos particulares deliciosos que tendían a hacer suponer que también lo restante fuera confeccionado con igual cuidado y generosidad, estaba sentada frente a una mesa cargada de comida y de botellas y comía con mucho apetito.

—Buenos días, señor Dublé. Siéntese usted.

Filimario se sentó y se cruzó de brazos.

Ketty ingirió una notable cantidad de alimentos, y de cuando en cuando comunicaba sus impresiones a Filimario.

—Le aseguro, señor Dublé, que este caviar es exquisito… Yo prefiero las perdices en lata a las perdices frescas… El jamón en dulce como éste es verdaderamente una comida de rey.

Filimario asentía con una seria inclinación de cabeza. Finalmente, Ketty no pudo ya tragar más y miró a Filimario.

—¿Me tachará usted de indiscreta si le pregunto si el entretenimiento que le he ofrecido le ha interesado, señor Dublé? Espero poderlo repetir esta noche, mañana al mediodía, mañana por la noche, en fin, hasta que usted quiera.

—No me cansaré nunca de asistir a esta clase de espectáculo; más bien me tengo por afortunado al poder admirar en plena actividad una boca tan bien hecha y unos dientes tan perfectos. Si

no temiera el ser indiscreto, pediría un bis, señorita Ketty. Me permito hacer observar que, hasta no tragando alimentos, su apreciable pecho, que participa en su casi totalidad en el asunto, aumenta notablemente el interés del espectador.

Ketty se levantó y empezó a andar por la habitación. —Me gustaría saber si esta noche, o mañana por la noche, o pasado mañana por la noche tendrá usted todavía esta seguridad que ahora posee —dijo de pronto—. Yo creo verdaderamente, que, por ejemplo, dentro de un par de días, quinientos mil francos no le parecerían un precio excesivo por una comida.

—Quinientos mil francos no, pero un vaso de aceite de ricino, sí. Yo soy un Dublé, señorita Ketty. Mi abuelo paterno, el coronel Guillermo Dublé, fue asediado por los rusos durante un mes. El y su tropa tenían en total un saco de harina, y el enemigo, que lo sabía, estudiaba cada día el viento y cambiaba de sitio las cocinas de manera que el olor de los alimentos llegara a las almenas de la fortaleza asediada. Después de treinta y un días, mi abuelo hizo salir a caballo a un parlamentario que fue recibido por el general asediante, Ostrow. "Mi jefe, el señor coronel Guillermo Dublé, habiendo notado que entre varios olores que llegaban no había nunca el del pan fresco, y creyendo que ustedes están absolutamente faltos de este alimento tan importante hasta el punto de tener que sustituirlo por galletas viejas, se permite enviarle este saco de pan todavía caliente." Así habló el parlamentario, y desatando de la silla el saco lleno de pan, lo entregó al general Ostrow. Tres días después el general Ostrow, aun sabiendo que en la fortaleza no existía ni un átomo de comida, levantó el campo y se fue con Dios. Es imposible tratar de vencer a un Dublé por el hambre, señorita Ketty.

Ketty se echó sobre el sofá, cruzó las piernas y echó hacia atrás la cabeza.

—Es usted un hombre interesante —dijo con suficiente languidez.

Filimario movió la cabeza.

—Es imposible vencer a un Dublé por amor, señorita Ketty. Mi bisabuelo…

—¡Pero es posible emprenderla con él a bofetadas! —le

interrumpió Ketty con voz áspera.

Luego reflexionó un instante y desarrolló el concepto con más calma:

—Siento que pronto, muy pronto, le abofetearé a usted.

Aun así, expresada en baja voz y con los ojos semicerrados, era ésta una grave amenaza. Pero hay que dudar siempre de lo que dicen las mujeres.

La tempestad duró ocho días y el vaporcito de los contrabandistas danzó bastante en el puerto de la isla. Finalmente, una mañana, el sol reapareció en el cielo sereno.

—Partimos —ordenó Ketty.

En pocos minutos los hombres estuvieron dispuestos con sus sacos. También Filimario, Pío Pis y Septiembre se cargaron en un santiamén al hombro los tres cajones que Ketty les había regalado y que estaban llenos de efectos escogidos del guardarropa del señor Troll.

—¿Y ésos? —preguntó Bill indicando a Filimario, Pío Pis y Septiembre.

—Esos vienen con nosotros. No hay que dejar nunca testigos —explicó Ketty.

—Si es por eso —murmuró Bill, acariciando la culata de la pistola—, hay un medio mucho más rápido. —Y también habrá un sistema mucho más rápido para hacer callar a un imbécil como Bill —contestó secamente Ketty.

—¿En qué sentido?

—En el sentido de que los imbéciles como tú deben hablar lo menos posible.

—Naturalmente —asintió Bill—, en eso estamos perfectamente de acuerdo.

El barco salió al mar y Filimario y Ketty, apoyados en la barandilla de popa, vieron alejarse la isla de Bess. —Fil — dijo de pronto Ketty, entregando el catalejo a Filimario—, mira a ver si entiendes qué es aquello que se ve allá lejos.

Filimario miró atentamente; después devolvió el catalejo a la muchacha.

—Ketty, ¿sabes qué es aquello? Aquello es el "Delfín", el yate de Clotilde Troll, el barco que nos ha desembarcado aquí. ¿Y sabes qué es aquello vestido de blanco que está en el puente de mando?

—Una mujer —dijo Ketty.

—No, aquello es Clotilde Troll —precisó tristemente Filimario.

Capítulo 6

Conocemos a Clotilde y a su carácter singular.
El capitán del "Delfín" habla al respecto.

Nos hemos extendido demasiado sobre el señor Filimario Dublé. Hemos notado hasta sus más pequeños gestos, le hemos hecho hablar consigo mismo, con los amigos, con los enemigos; hasta le hemos proporcionado una aventura galante, corriendo el peligro de hacerle hacer un papel poco simpático para darnos cuenta de cómo se porta con las mujeres. Ahora no nos queda más que presentar a aquella que ha sustituido al destino de Filimario: Clotilde Troll, que mientras Filimario sale de la isla de Bess, llega a Bess a bordo del "Delfín".

Clotilde era, en la época de nuestra historia, desde hacía veinticinco años la chica más bonita y más rica de Nevaslippe.

También era la chica más excéntrica de Nevaslippe: pero esto desde sólo hacía veinte años, pues durante los cinco primeros de su vida, Clotilde se había portado como la chica más normal del buen Dios.

Pero la noche misma de su quinto cumpleaños, declaró que quería en su cama a Josephine.

El señor Troll se echó a reír, y la señora Troll notó que Clotilde era una niña extraña.

Diez minutos después, el señor Troll, habiendo bajado al jardín, sintió que le llamaban y levantando la cabeza vio a Clotilde iluminada de lleno por la luna, sentada en el tejado de la casa, con las piernecitas colgando en el vacío.

El señor Troll, la señora Troll, el ama de llaves, el secretario y la

servidumbre se arrodillaron en la grava del jardín y rogaron a Clotilde que no se moviera hasta que hubieran llegado los bomberos.

Clotilde prometió que no se movería ni un milímetro hasta que hubieran venido los bomberos: sólo cuando hubiera visto llegar a los componentes de este benemérito cuerpo, se habría dejado caer: no antes.

La señora Troll, junto con la parte femenina de la servidumbre, se desmayó.

El señor Troll hizo ordenar a los bomberos que no se movieran de su cuartel aun cuando se hubieran desarrollado graves incendios en las cercanías, y parlamentó con Clotilde.

—Cuando Josephine esté en mi cama, yo bajaré —dijo Clotilde.

No fue tarea fácil convencer a la vieja Josephine para que subiera a la habitación de Clotilde, pero finalmente se consiguió. Más difícil fue el convencerla de que se metiera bajo las sábanas. Para esto hubo que usar la violencia y tuvieron que emplearse fuertes cuerdas. De todos modos aquella noche Clotilde durmió junto a Josephine, la más vieja y acreditada vaca de la hacienda Troll en Nevaslippe.

Esta natural tendencia a la excentricidad era más grave en Clotilde por ir acompañada de una no común fuerza de voluntad. Una novela no puede limitarse a una fría anotación de hechos sin importancia. Por esto no seguiremos a Clotilde a lo largo de todo el camino que tenía que conducirla desde los cinco a los veinticinco años. Recordaremos solamente que cuando Clo hubo cumplido los seis años, el señor Troll se encontró con una triste sorpresa.

—Clo —preguntó una mañana el señor Troll a su hijita—, ¿sigues jugando con Louis?

—No —contestó Clotilde—, Louis es un chavó chungarri: Acana fico con las chavoris del mascarunó me pesquiban mucho más.

Admitiendo que el dialecto de los barrios bajos de Nevaslippe se pueda traducir con esta especie de dialecto gitano, la respuesta de Clo hizo comprender al señor Troll que su hijita hablaba el dialecto de los barrios bajos de Nevaslippe.

El señor Troll se horrorizó y tomó precauciones. Llegó inmediatamente una majestuosa profesora de lengua, con quevedos

y varias veces diplomada. El señor Troll puso al corriente a la eximia docente de todo lo que sucedía, y la eximia señora prometió solemnemente:

—¡Su hija no pronunciará la más pequeña expresión que no sea admitida por nuestra Academia! Pasados siete días, la majestuosa profesora de lengua refería al señor Troll los progresos de Clo.

—Su chavorí va muy bien. Acana chamulla alipí. ¡Pero qué tía! ¡Los puñi que me ha hecho pasar los primeros chíbeles!

Una semana después, el que quería encontrar a la insigne profesora de lengua tenía que dirigirse al puerto de Nevaslippe y entrar en el Balibalette. Sentada junto a una mesa de esta popularísima taberna podía verse a todas horas a la diplomadísima y solemne docente que, con el sombrero de plumas echado hacia atrás y con la pipa en la boca, discutía animadamente con los descargadores.

Este pequeño episodio nos parece suficiente para demostrar el temple de Clotilde.

A los veinticinco años, Clotilde Troll era no sólo la chica más excéntrica, más graciosa, sino también la más peligrosa de Nevaslippe, porque siendo terriblemente rica, podía permitirse el traducir en hechos las ideas más singulares.

Verdaderamente era tal el número de ideas raras que nacían en el interior de la deliciosa cabecita de Clotilde, que una mitad de Nevaslippe detestaba a Clotilde.

La otra mitad estaba constituida por todos los hombres
de Nevaslippe.

Los cuales adoraban a Clo.

Cada día Clotilde recibía, como término medio, unas veinte apasionadas cartas de amor de hombres jóvenes y maduros de Nevaslippe, y este hecho, referido ya varias veces en los artículos de crítica de los periódicos locales, bastaba para exasperar a todas las mujeres maduras y jóvenes de Nevaslippe y para llevar su odio a Clotilde a una intensidad siempre mayor. Un día Clo, después de haber leído que en Copenhague o en Nueva Jersey o en Mozambique, una muchacha había cambiado repentinamente de sexo, tuvo una de sus singulares ideas. La misma noche, los periódicos de Nevaslippe anunciaban en su última edición, con

abundancia de detalles, que Clotilde Troll había cambiado repentinamente de sexo y que se había vuelto hombre. Hasta publicaron fotos en las que se admiraba a la ex Clotilde en trajes masculinos y con un pequeño y gracioso bigote.

Aquella noche, las mujeres de Nevaslippe se tomaron la más furiosa de las revanchas: reían con extremada volubilidad, se reunieron y rieron descompuestamente en salones y cafés. En el teatro de la Revista la brillante actriz Melibay, cantando una estrofa en la que se hablaba "del pobre señorita Clotildo", provocó en butacas y palcos un enorme jaleo de gritos y aplausos femeninos con lanzamiento de sombreros y monederos.

A la mañana siguiente, Clotilde ya no recibió las consabidas veinte apasionadas cartas masculinas. Ni una tarjeta: en cambio, 1 300 cartas femeninas de amor. Este último y pequeño episodio demuestra que, en el fondo, todos los *nevaslippenses* estaban enamorados de Clo. Y que las mujeres la detestaban por el simple hecho de que no podían estar enamoradas de ella por razones técnicas.

Todos estaban enamorados de Clotilde: Pío Pis estaba loco por ella. Sólo Filimario Dublé no estaba enamorado de ella. Y esto casi no hubiera tenido "importancia, si Clotilde…

Pero vamos demasiado de prisa y corremos el riesgo de armarnos un lío. Hay que proceder con método, sin prisas: hemos de volver por eso a la mañana del 20 de mayo en que el capitán del "Delfín", de vuelta de la isla de Bess, se presentó a Clotilde para darle cuenta del encargo que se le había confiado.

La señorita Clotilde estaba impaciente por conocer el resultado de la gestión.

—¿Y bien?

—Todo perfectamente, señorita: tres han salido y tres han llegado.

—¿Qué han dicho?

—Nada. El señor Pío Pis ha recitado en voz alta poesías en las que se hablaba muy bien de usted. El señor Septiembre se ha molestado un poco, porque no podía entender para qué le había usted enviado a Bess. Y esto es todo.

—¿Y el tercero?

El rudo hombre de mar, cohibido, empezó a darle vueltas al sombrero.

—Pues el señor Dublé me ha hecho notar, ante todo, que se trataba de una acción poco digna: más tarde se ha expresado, digámoslo así, en términos poco respetuosos en lo que a usted se refiere.

—¿Y después?

—Después el señor Dublé se ha limitado a dormir y a comer con mucho apetito.

—¿El desembarco ha ido bien?

—Tenemos motivos para creerlo así. El señor Dublé y el señor Septiembre son nadadores estupendos y seguramente habrán conseguido llegar a tierra, sin desinteresarse por eso del señor Pío Pis, que, según asegura el vigía, parece que había bebido bastante. Clotilde se puso en pie de un salto.

—¡Qué me está usted contando!

—La culpa la tiene aquel maldito temporal —empezó el capitán. Y contó el agitado desembarco de los tres. Finalmente, Clotilde mandó al capitán que se mantuviera dispuesto. Luego se colgó del cordón del timbre y gritó a la camarera que llegó:

—¡Busque a Jorgito! ¡Que venga en seguida con las maletas!

Capítulo 7

Jorgito, el novio de Clotilde. Clotilde se va y está vivamente preocupada.

Poco después llegó Jorgito en impecable traje de viaje, resoplando como un fuelle. Jorgito era un señor muy gordo con un bigote muy pequeño y algunos pelos en la cabeza. Pero en cambio era muy distinguido, y los pies planos no conseguían quitar a su continente la natural dignidad.

En cuanto le descubrió, Clotilde le echó los brazos al cuello, sollozando.

—Jorgito, ¡soy muy desgraciada!

Jorgito expresó con mucho tacto una opinión personal suya.

—¿Te parece, Clo, que para enterarme de este hecho, ya de por sí tan doloroso, tengo que ponerme el traje de viaje y salir con estas maletas tan grandes? ¿No crees que hubiera sido igual que hubiera venido en traje de paseo?

Clotilde se separó bruscamente de Jorgito y empezó a tirar rabiosamente de todos los cordones de los timbres.

Pocos segundos después un número considerable de sirvientes corrían alocados por los pasillos de la casa, llevando, unos, montones de ropas femeninas, otros, baúles, otros, sombrereras.

En estos casos, Jaime, el mayordomo, se situaba en el centro del salón verde, punto crucial, y regulaba la circulación evitando así desagradables incidentes.

En cambio, en cuanto el infernal concierto de timbres, los señores Troll se alejaban todo lo posible del centro del tráfico, dirigiéndose en verano a la terraza y en invierno al salón

subterráneo de las calderas. El comportamiento de Jorgito, en fin, era en estos casos de las más completa pasividad. Jorgito se sentaba en un sillón y esperaba, sin hacer nada, sin decir nada, sin pensar nada. Solamente habló una vez.

—¡Jorgito! —llamó en aquella ocasión Clotilde—. Jorgito, ¿dónde estás?

—Estoy aquí —contestó Jorgito desde el interior de un baúl en el cual le habían encerrado junto con la ropa de Clo.

En menos de una hora todo estuvo listo, y después de una furiosa carrera en un coche tirado por cuatro caballos, Clotilde, Jorgito y los baúles se encontraron a bordo del "Delfín".

Cuando ya Nevaslippe quedó alejada una docena de millas y todo estuvo arreglado, Jorgito expresó con mucho tacto a Clotilde el deseo de saber hacia dónde se dirigía el yate. Clotilde, que estaba mirando el mar, retiró la cabeza de la portilla y agarró a Jorgito por las manos.

—Jorgito —preguntó con ansia—, ¿y si han muerto?

—¿Quiénes? —exclamó Jorgito, extrañado.

—¡Filimario Dublé, Pío Pis y Septiembre Nort! Jorgito pronunció una de sus desgraciadas frases que tenían el poder de exasperar a Clotilde.

—¿Y qué sabemos nosotros de estos señores? ¡Naturalmente, si se hubieran muerto ya no estarían vivos!

—¡Eres el hombre más inconsciente que he conocido! Jorgito, ¿no te das cuenta de que si ellos han muerto yo me encuentro en una terrible situación?

Jorgito movía la cabeza. Afirmó que no entendía. Filimario y sus amigos ¿no habían ido a pescar truchas en el Atlántico, como había publicado algún periódico? ¿Qué tenía que ver Clotilde con todo esto? —Jorgito —dijo Clo con angustia—, Filimario Dublé y compañía no se han embarcado para ningún crucero. Yo les he traído a este yate y les he hecho desembarcar en la isla de Bess. Y nadie sabe con seguridad si han conseguido desembarcar en la isla de Bess porque había una gran tormenta y su bote ha zozobrado, y ¡nadie sabe más de lo que te he dicho!

Jorgito admitió entonces que estando así las cosas, eran algo diferentes. De todos modos, no veía el porqué de las preocupaciones de Clotilde.

—Oye —hizo observar Jorgito—, ¿pero tú qué culpa tienes? ¿Eres tú quién ha hecho desencadenar la tormenta o zozobrar el bote?

La lógica de Jorgito era una de las cosas más despreciables de Nevaslippe. Era todavía peor que las cloacas y el servicio postal de aquella importante ciudad. Frente a la lógica de Jorgito desaparecían las decenas de tuberías que diariamente se estropeaban apestando barriadas enteras, y las cartas certificadas que se vendían a peso de papel.

—¡Desgraciado! —gritó Clotilde—. Si uno te apunta con un revólver en la frente y aprieta el gatillo y te quedas seco, a tu juicio el que mata no es el hombre, sino la pólvora que contiene el cartucho, que hace salir con violencia por el cañón un pedazo de plomo.

—Naturalmente —contestó Jorgito—. ¡Si en el cartucho no hubiera habido pólvora, aunque el hombre apretara el gatillo doscientas veces seguidas, la bala no habría salido!

Clotilde empezó a sollozar.

—Jorgito, ¿no entiendes que si ha muerto no le veré más? —gritó de pronto.

—Clotilde, ¿por qué te enfadas conmigo? ¿He afirmado acaso lo contrario? Estoy perfectamente de acuerdo contigo en que si se ha muerto no le verás más. Pero ¿no eran tres los que habrían tenido que morir?

—Sí —sollozó Clotilde—, pero yo amo a Filimario.

Jorgito se levantó y fue a mirar el mar, sacando la cabeza por la portilla, pero Clotilde le agarró por la chaqueta y le obligó a sentarse de nuevo.

—Jorgito —exclamó Clotilde—, ¿por qué pones esa cara de idiota? Si no te confío mis penas a ti, que eres mi novio, ¿a quién voy a confiárselas? ¿Te has vuelto de golpe un corazón de piedra?

—No —protestó débilmente Jorgito—, pero me fastidia mucho el que tú estés enamorada del señor Filimario Dublé. Por otra parte, nunca me habías dicho nada…

—Jorgito, no es el momento de discutir una cuestión de forma. Aquí están en juego cosas mucho más importantes. Jorgito, tú me amas, ¿verdad?

—Clotilde, ¿y me lo preguntas todavía? ¿Qué otra prueba de amor podría darte?

—Jorgito, así tú me amas y sufres, ¿verdad?

—Clotilde, yo por ti sufro y he sufrido las penas del infierno…

—Pues bien, Jorgito. Lo que tú sufres por mí yo lo sufro por Filimario. ¿Te parece, pues, que es cosa de discutir una cuestión de forma?

—Clotilde, te pido perdón. Pero debes comprender que un novio razona muchas veces sólo por egoísmo. Confíate, Clo. ¡Sabré comprenderte!

Jorgito de Ludebelle, perteneciente a una riquísima y nobilísima familia de Nevaslippe, era novio de Clotilde Troll. Jorgito amaba a Clotilde con una intensidad y constancia ejemplares. Si Clotilde hubiera dicho: "Jorgito, súbete al palo de la bandera de la casa de Correos y quédate hasta pasado mañana por la mañana", Jorgito habría subido al asta y se hubiera quedado allí. Pero Clotilde no había pedido nunca a Jorgito ni esto ni cosas parecidas. Clotilde era una chica terrible, pero no era dé mal gusto. Una chica que se aprovecha del amor de un hombre para hacerle cometer tonterías, es una estúpida de mal gusto.

Clotilde era una chica muy inteligente. Habiéndose dado cuenta de que Jorgito la amaba de una manera formidable, había sentido una viva simpatía hacia él.

—Jorgito —le dijo un día—, tú me quieres y sufres las penas del infierno porque sabes que yo no te amo ni te amaré jamás un poquito así. Tú necesitas un amigo sincero a quien poder contar tus penas y tu desesperación. Seamos novios, Jorgito. Yo seré tu amigo sincero y trataré de darte buenos consejos y de consolarte.

Y hay que reconocer que Clotilde había procurado siempre aliviar las penas de Jorgito. Jorgito estaba siempre dispuesto a cada llamada de Clotilde: la acompañaba a donde quería y no decía ni una palabra de su amor. Pero se iba apagando lentamente. Clotilde

lo sintió de veras y un día le maltrató.

—Jorgito —le dijo—, tú sufres las penas del infierno por una mujer que ni te quiere ni te querrá jamás. Tú sufres día y noche, pasivamente, sin querer razonar, sin tratar de darte fuerzas. ¿Por qué no haces algo, Jorgito? ¿Por qué, por ejemplo, no tratas de olvidarme?

—No puedo, Clo. Te amo demasiado —lloriqueó Jorgito.

—Tienes que probar. ¿Por qué no vas con otras chicas? Yo te ayudaré. Te presentaré a dos o tres muchachas que están todavía mejor que yo.

Jorgito probó, se esforzó, fue con chicas. Clotilde le ayudó como pudo. Pero fue trabajo inútil. —Jorgito, prueba bebiendo —le dijo entonces Clotilde. Y le consiguió licores especiales muy alcohólicos que no perjudicaban a la salud, le acompañó a tabernas típicas.

Cuando estaba borracho, Jorgito veía, no una, sino dos docenas de Clos y era peor.

Clotilde le hizo viajar, hacer deporte, estudiar, le indujo a que pintara, a que coleccionara sellos. Al fin de cada experimento Jorgito movía la cabeza.

—Clo, te quiero como antes.

Clotilde estaba muy apenada por este hecho: le sabía muy mal ver sufrir a Jorgito. Para curarle de su mal hizo lo que quizá ninguna mujer haya hecho jamás. Le describió la verdadera Clotilde con todos sus defectos, todos sus pensamientos, todos sus vicios.

—No, tú no eres, tú no puedes ser así, Clo —le dijo finalmente Jorgito.

Clo había tomado tan a pecho la situación del pobre Jorgito, que había conseguido desdoblar su personalidad: ahora ya existían para ella dos Clos. La normal y la que hacía sufrir al pobre Jorgito. A menudo la Clo normal sentía una sorda irritación hacia la Clo cruel e indiferente.

—Jorgito —llegó a decirle un día en que le vio particularmente deprimido—, ¿por qué no la abofeteas?

En la salita de popa, Clotilde se confió a su novio.

—No te lo he dicho nunca, Jorgito, pero no debes ofenderte.

Nadie lo sabe. Ni él.

Jorgito quedó perplejo un instante.

—Clotilde —dijo—, no entiendo por qué estando enamorada de uno has enviado a tres a la isla de Bess.

—Yo estoy enamorada de Filimario, pero al mismo tiempo le detesto. Todos los hombres de Nevaslippe harían locuras por mí, todos los hombres de Nevaslippe se sonrojan de placer si les miro. A él no le importa nada de mí. Sólo para él yo no existo. En el gran baile de beneficencia un beso mío, subastado, subió a sesenta y ocho mil francos; cuando iba por los salones vendiendo billetes para la lotería "Pro Perros Vagabundos" y le dije: "Señor Dublé, un billete solo, cinco francos, un billete y un beso, diez francos", él, ese sinvergüenza, sin decir palabra, ¡me alargó una moneda de cinco francos! Y no sólo esto, ¿entiendes, Jorgito? Porque cuando la condesa Nepperville le dijo irónicamente poco después: "¡No creo que valiera la pena de ser tan descortés, señor Dublé, para ahorrar cinco francos!", él le contestó con su sonrisita: "No lo he hecho para ahorrar los cinco francos, señora, sino para ahorrar el beso."

—Es verdaderamente un mal sujeto —asintió Jorgito—. ¡Le abofetearía con mucho gusto!

Clotilde volvió a hablar muy agitada.

—Jorgito, ¿te das cuenta de cómo están las cosas? ¿Puede una muchacha respetable parar por la calle a ese cara dura y decirle: "Señor Dublé, yo le amo"? Y por eso, para evitar el peligro que yo un día parara a ese cara dura y le dijera que le amaba, le he hecho llevar a la isla de Bess. Entretanto, he alejado el peligro por algún tiempo. ¿No te parece bien?

Jorgito dijo que le parecía muy juicioso. Pero no llegaba a comprender qué tenían que ver Septiembre y Pío Pis.

—Clo, ¿es que estabas enamorada de ellos también?

—Jorgito, no digas tonterías. He tenido que hacerlo por fuerza. Si le hubiese enviado a él solo, Filimario hubiera entendido en seguida cómo estaban las cosas: "Esa chica hace esto para que yo me fije en ella", habría dicho ese cara dura con su sonrisita torcida. Y por eso le he puesto al lado dos personas cualesquiera. Y ahora puede que se hayan ahogado los tres —terminó Clotilde, sollozando —. ¡Y puede que ya no vea más a ese cara dura y tenga que tirarme

desde lo alto de la terraza de la Casa de Correos!

—Nos tiraremos juntos —afirmó Jorgito con una noble luz en los ojos.

—¡Oh, Jorgito, cuan infelices somos ambos! —suspiró Clotilde con los ojos llenos de lágrimas.

—Pero, ¿y si viviera? —observó después Jorgito.

Clotilde se levantó y dejó de llorar inmediatamente.

—Si ese cara dura vive aún, ya le enseñaré yo quién es Clotilde Troll —exclamó—. ¡Le odio!

El "Delfín" navegaba a todo vapor hacia la isla de Bess, donde Clotilde temía encontrar a Filimario muerto, donde temía encontrar a Filimario vivo.

Capítulo 8

Primera intervención de la policía. ¿Opio o patatas? En la cárcel.

La "Jeannette" navegó durante todo el día. Hacia la noche Bill, que estaba de vigía, lanzó un grito de alarma y en un momento la tripulación estuvo en cubierta.

—Aquello de allá —explicó Bill a Ketty— tiene toda la apariencia de ser una lancha motora de los aduaneros.

Ketty no demostró ninguna turbación; se limitó a preguntar a Bill si había hecho lo que le había mandado.

Bill afirmó que todo estaba dispuesto, y todos se retiraron a sus quehaceres.

Media hora más tarde, tres "policemen" subieron a bordo del "Jeannette" y Bill les recibió con mucho respeto.

—¿Los papeles de a bordo están en regla? —preguntó el jefe.

Bill precedió a los tres policías hacia su camarote y les enseñó un montón de papelotes.

—Está bien —dijo el jefe, una vez que hubo examinado los papeles—. ¿Qué hacen ustedes aquí? —Llevamos de paseo a la señorita Ketty Blimont; el "Jeannette" es suyo y ella nos paga. Puede usted verlo en los papeles de a bordo —explicó Bill.

—¡Vaya, vaya! —observó irónicamente el jefe de policía—. ¿La señorita Ketty Blimont hace cruceros en este cascarote?

—No todos gozan de las prebendas de los inspectores de la policía federal, ni de sus pequeños inciertos —dijo una voz aún más irónica que la del policía—. Los sencillos ciudadanos americanos deben contentarse con lo poco que el destino les reserva.

Los tres se volvieron de golpe y, verdaderamente notable en su bata azul, apareció Ketty.

—Perdone —balbució el jefe—. De todos modos tendrá usted que admitir que un bote tan tosco no es digno de llevar a una señora tan bella como usted.

Ketty sonrió, visiblemente complacida.

—¿A qué debemos el honor de su visita? —preguntó con suficiente languidez.

—Nos han avisado que un cargamento de opio será desembarcado por aquí y nosotros, desgraciadamente, estamos obligados a registrar de arriba abajo a todos los barcos que encontramos.

—Estamos a su disposición —dijo Ketty con una ligera inclinación. Luego, haciéndose traer una butaca de mimbre, se sentó en ella con estudiada elegancia.

Otros tres policías subieron a bordo.

El jefe mandó a Bill que sus hombres formaran en el puente, cada uno con su equipaje delante. Hasta Filimario, Pío Pis y Septiembre se vieron obligados a salir de las cabinas y a formar con los otros. —¿Qué pasa? —preguntó Filimario en voz baja al pasar junto a Ketty.

—No diga una palabra más de lo que yo diga —susurró Ketty—. No se impresionen por lo que pueda pasar. ¡Fil, no me traiciones!

El jefe fue llamando uno por uno a los hombres, examinó los papeles que Bill le había entregado, controló los pasaportes. Entretanto, tres hombres registraban el pequeño barco y se oían los golpes que daban con los martillos en las paredes medianeras. ¡Con ese sistema, no escapaba ni un granito de arena!

Una vez terminado el examen el jefe hizo volver los bolsillos a cada hombre, haciendo abrir los sacos y maletas. Ketty no quiso zafarse del registro. Habiéndose quitado la bata, la tiró sobre el puente y quedó con un delicioso traje de baño. Al llegar frente a Filimario, Pío Pis y Septiembre, el jefe frunció el ceño.

—Capitán, ¿qué bromas son éstas? Ha afirmado usted que tenía veinte hombres de tripulación, pero, si no me equivoco, aquí hay veintitrés.

—Estos no son de la tripulación —replicó rápido Bill.

—¿Pues quiénes son? ¿Cómo justifica usted su presencia a bordo? El tener a bordo pasajeros clandestinos puede llevarlos a la cárcel.

Bill extendió los brazos.

—Perdón, pero ningún código marítimo prohíbe el salvar a unos náufragos. De todos modos, si se trata de un nuevo reglamento, la primera vez que encuentre a unos desgraciados en el océano les dejaré que revienten, como usted desea.

—¡No me haga decir tonterías; hay que salvar a los náufragos, pero hay que anotarlo en el diario de a bordo!

Bill abrió el librote que aún tenía en las manos y leyó en alta voz:

"29 de mayo, horas 16,30. Durante estancia en isla de Bess a causa del temporal, recogemos a tres individuos que aseguran haber sido lanzados sobre esas costas durante el naufragio de su barco, y que declaran ser Filimario Dublé, de treinta años; Pío Pis, de treinta y nueve, y Septiembre Nort, de treinta y seis, los tres de Nevaslippe. He recogido sus documentos y los entregué a las autoridades portuarias de Nueva York."

El inspector quiso comprobar: todo estaba consignado en el libro. Se hizo entregar los documentos.

—¿Así pues, vosotros seríais los tres náufragos? —preguntó duramente dirigiéndose a Filimario.

—No —explicó Filimario con su terrible calma—. Yo no soy los tres náufragos: yo soy uno de los tres náufragos de quien habláis. Los otros dos están, respectivamente, a mi derecha y a mi izquierda.
—¡Bien! —rió Septiembre—. ¡Viva la exactitud, señor Dublé!

Estos hechos molestaron al jefe.

—¿Llevaba equipajes esta gente? —preguntó fastidiado a Bill.

—Tres pequeños baúles: ahí están. Los tres náufragos han asegurado haber podido salvar sólo pocos objetos de uso personal.

—¿Son de ustedes, señores náufragos, los tres baúles que están detrás de sus piernas? —se informó irónicamente el jefe.

Fil, Septiembre y Pis se volvieron.

Eran, efectivamente, los tres cajoncitos que Ketty les había dado en Bess y que habían llenado con trajes del señor Troll.

—Sí —declaró Filimario.

—¿Tendrán la bondad de darnos las llaves para que podamos verificar el contenido?

Fil, Pis y Septiembre entregaron las llaves.

El jefe abrió los candados, levantó las tapas y lanzó un grito de triunfo:

—¡Aquí hay bastante opio para envenenar a todo el Estado de Nueva York!

Todos hicieron corro llenos de estupor. También Ketty se levantó y se acercó a ver.

Por algunos momentos Filimario sintió la caricia de un pecho tibio y un dulce perfume de jazmín.

—¡Oh! —exclamó Ketty indignada—. Es casi increíble.

—Y usted, señor náufrago, que ama la exactitud, ¿qué dice de esto? —preguntó sarcàsticamente el jefe a Filimario.

Filimario no se descompuso.

—Señor inspector, como ha dicho muy bien la señorita Ketty, es casi increíble.

—Tiene usted poca fantasía, joven; este truco es muy viejo. Se hace uno desembarcar con la mercancía en un islote, se finge un naufragio, se hace uno recoger por el primer buque que pasa y se introduce tranquilamente el contrabando. ¿No es verdad, señores tres contrabandistas de opio?

Filimario movió la cabeza.

—Señor, evidentemente usted se equivoca. Nosotros no somos tres contrabandistas de opio, sino tres caballeros sin opio.

Septiembre tuvo una feliz idea. Se adelantó, enseñó los dados al inspector y declaró con voz firme y solemne:

—¡Nosotros somos tres caballeros como es verdad que ahora, lanzando los dados, marcaré seis y seis! Septiembre lanzó con seguridad los dados en las tablas del puente y todos lanzaron una risotada.

Tres y uno.

Se había verificado el milagro: Septiembre no había marcado seis y seis.

El jefe mandó a los hombres que bajaran a la lancha los tres

cajones y a Fil y a sus compañeros que siguieran sus equipajes.

—Ustedes sigan tranquilamente su ruta. Yo me llevo a estos tres caballeros. En cuanto lleguen ustedes, quedarán a nuestra disposición como posibles testigos o para dar esclarecimientos. Señorita, mis excusas más sinceras.

Filimario, Pis y Septiembre, esposados con cuidado, vieron, desde la lancha de la policía, que corría como una saeta, a Ketty que les saludaba, desde el "Jeannette", agitando un pañuelo.

—Señor inspector —dijo después de algún tiempo Filimario—, ¿puedo hablar?

—Tenga en cuenta que todo lo que diga puede ser usado por nosotros en contra suya —advirtió el inspector, que hasta en el mar estaba ligado a los reglamentos de la policía americana.

—De acuerdo —contestó Filimario.

—Pues hable.

—Querría decirle dos cosas importantes: primero, que ha cometido usted una equivocación trágica; segundo, que desearía tener una mano libre. Un hombre, o, mejor, un caballero atado como un chorizo, no puede absolutamente llevar a cabo la humilde pero necesaria operación de limpiarse la nariz.

—Muchas gracias por la información, y en cuanto a la nariz, se la limpiaré yo. Es mejor que los caballeros como usted estén bien atados.

El inspector limpió la nariz de Filimario; luego tuvo que limpiársela también a Septiembre. Pero, finalmente, se vio obligado a desatar a Pío Pis.

Pío Pis pedía demasiado.

El puerto de Nueva York no fue para los tres infelices caballeros más que una fugaz aparición. Era ya de noche, y además, un coche cerrado les acaparó y les descargó, después de breve carrera, en el interior del patio del edificio de la policía de Aduanas.

Fil, Pis y Septiembre fueron empujados hasta una mesa adornada por un señor muy digno.

—¡Buena caza! —anunció el policía.

¿De qué se trata?

—Contrabandistas.

El jefe no cabía en sí de gozo. Levantó la caja de Fil, la depositó encima del escritorio, abrió la caja y exclamó, inclinándose con la calma del domador que ha ejecutado su ejercicio con el tigre:

—*Voilá*!

El señor digno miró con interés en el cajón, luego miró al jefe.

—Vaya: ¡es la primera vez que veo contrabandistas de patatas!

—¿Patatas? —preguntó el jefe abriendo los ojos.

—A menos que haya estado comiendo por cuarenta años costillitas de apio frito, eso son patatas —explicó el señor digno.

El jefe atacó a Filimario.

—¿Puede saberse —gritó muy agitado— cómo estas patatas han tomado el sitio del opio en sus cajones?

—Tendría que preguntárselo a las patatas —contestó Filimario impasible—. Yo no estaba en las cajas.

El jefe cerró los puños, pero el señor digno intervino, autoritario.

El jefe explicó lo sucedido en el "Jeannette" y aseguró que en el "Jeannette" los tres prisioneros no habían ni tocado los cajones.

—¡Esto es obra del diablo! —terminó el jefe.

—A mi parecer, en cambio, es obra de los otros caballeros que estaban en el barco —objetó el señor digno—. Es fácil cambiar tres cajones de opio por otros tres iguales, preparados de antemano.

El jefe quedó muy perplejo, muy perplejo. Era inútil querer alcanzar al "Jeannette": estaba oscuro, y el cielo cubierto. Además, ahora que lo pensaba, el jefe creía recordar que las calderas del "Jeannette" eran demasiado grandes para un barcucho como ese. ¡Quién sabe dónde estaría ahora el maldito " Jeannette"!

El jefe dirigió por eso toda su animosidad contra los tres caballeros.

—Conque hemos representado nuestro papel, ¿eh? Pero ustedes pagarán por todos: porque mañana por la mañana, en la celda, no encontraré a tres sacos de patatas: encontraré a tres contrabandistas de opio.

Filimario se sintió desolado.

—Siento contradecirle, pues me doy cuenta de su estado de ánimo, pero debo formular dos objeciones. La primera es que si se ha representado una comedia, no hemos sido nosotros, sino otros a

daño nuestro los que la han representado, pues los únicos que están metidos en un lío somos nosotros. La segunda es que mañana, en la celda, no encontrará usted a tres contrabandistas, sino a tres caballeros. Por otra parte, ya se lo había dicho.

Ya era tarde, y nuestros infelices caballeros fueron encerrados en una celda.

—Si las cosas están como ha dicho ese señor —afirmó Septiembre tumbándose encima de la mesa—, creo que, para bromas, la señorita Ketty vale más todavía que la señorita Clotilde. Porque, si no me equivoco, estamos en un lío serio —agregó Septiembre.

—¿Cree usted que nos fusilarán? —balbució Pío Pis con un hilo de voz.

—Imposible —le consoló Filimario—. En el Estado de Nueva York no fusilan: existe la horca.

—Pero nosotros somos unos caballeros —lloriqueó Pío Pis.

—Por eso mismo tenemos que estar preocupados —suspiró Filimario.

Capítulo 9

Filimario lucha tenazmente y está a punto de ceder. Ketty vigila. Una fuga escabrosa. Clotilde estaba ahí. 7 de julio de 1885.

A la mañana siguiente, los tres caballeros fueron llevados a presencia del señor digno que estaba sentado detrás del escritorio, teniendo a su lado al jefe.

—¿Están ustedes dispuestos a confesar su verdadera identidad, que no es ciertamente la que resulta de sus papeles, y todo lo que se refiere a este asunto del opio y las patatas, o prefieren ustedes hacerlo después de un interrogatorio de tercer grado? —se informó el señor digno.

—Perdone si le contesto con una pregunta— dijo Filimario—. ¿Le es posible a usted, en el interés de la Justicia, oír a nuestro cónsul, barón Nederlet? El podrá esclarecer perfectamente la cuestión de nuestra verdadera identidad.

Mientras un agente salía en dirección al consulado, Filimario explicó brevemente que él y sus dos compañeros (después de haber desembarcado en un bote en la isla de Bess por haberle sido al yate imposible atracar) habían sido capturados por una banda de maleantes.

—El señor Troll, nuestro conciudadano y amigo— concluyó Filimario, evitando con cuidado el citar el maldito nombre de Clotilde—, había puesto a nuestra disposición su casa de la isla de Bess. Pero alguien la había ocupado antes que nosotros.

El jefe se echó a reír divertido.

En los treinta años que trato con maleantes —exclamó— no

había oído nunca una historia tan simple e inocente.

—Lo creo —admitió Filimario—. Yo, en cambio, que trato desde hace treinta y tres años con caballeros, las he oído a millares.

Un agente advirtió que el cónsul, barón Nederlet, estaba en la antesala. El insigne personaje fue introducido inmediatamente, y en cuanto divisó a Filimario, abrió los brazos.

—¡Oh, mi querido Fil! —exclamó alegremente el cónsul—. ¡Qué sorpresa tan maravillosa! ¡Oh, pero si está también el señor Pis! Y si no me equivoco, aquél es el señor Nort.

Luego se dio cuenta de la presencia del señor digno.

—Buenos días. ¿En qué puedo servirle, señor capitán?

El señor digno explicó que se trataba de una simple formalidad: la identificación de los tres personajes detenidos a causa de un trivial incidente aduanero.

Fil, Pío y Sept esperaron en la antesala y entonces el señor digno se extendió en detalles. Pero el cónsul se echó a reír.

—¿Fil, contrabandista de opio? ¡Pero, capitán, el conde Filimario Dublé ha heredado hace tres semanas seiscientos millones de francos! ¡Si es necesario, recurriré a mi Gobierno!

El señor digno tranquilizó al cónsul. Se ocuparía inmediatamente para que soltaran a los tres caballeros y les presentaría las excusas de la policía americana.

—Dentro de una hora tengo que embarcar —concluyó el cónsul—. De todos modos es inútil que deje instrucciones en el Consulado; me fío de su palabra.

Después de abrazar a Fil, el barón corrió al puerto.

El jefe estaba pálido y decaído; pero el señor digno no perdió la calma.

Presentó sus excusas a Fil y a los otros dos caballeros y les rogó que tuvieran paciencia por un par de horas.

—La justicia americana tiene una burocracia fastidiosísima.

Filimario se mostró muy razonable; aunque se hubiera tratado de un día entero, no le habría preocupado.

—Es mejor —explicó Fil cuando estuvo de nuevo en la celda—. Así tenemos tiempo de pensar cómo nos arreglaremos, una vez libres, sin un céntimo en el bolsillo.

En la celda hubo unos momentos de silencio. Al fin Pío Pis no

tuvo fuerzas para resistir más y expresó su opinión personal.

—Y pensar que bastaría que bebiera usted dos dedos de acei…

Pero Fil no le dejó terminar.

—Por trescientos años los Dublé y los Merlette estuvieron en lucha, pero hubo una reconciliación y mi padre, Tom Dublé, casó con mi madre, Jazmina Merlette. Pero jamás un Dublé humillará la cabeza frente a un Merlette. ¡Filimario Dublé no se beberá nunca el aceite de Jazmina Merlette!

Entretanto, el señor digno, después de resumir el caso, explicaba al jefe las conclusiones.

—Dejar libres inmediatamente a estos tres malditos fastidiosos significa dar por terminada nuestra carrera y resignarnos a patrullar en Broadway cuando desfila el circo Barnum. Los periodistas se han olido algo, y si abandonamos entre sus brazos a sus tres famosos contrabandistas, estamos fritos. Dentro de tres horas, toda la república reiría a mandíbula batiente del hecho milagroso de la transformación de tres cajones de opio en tres cajones de patatas. El reverendo Beker es tres veces famoso en la república: primero, porque es hermano de "la cabaña del tío Tom"; segundo, porque ha seducido a la mujer del reverendo Filton, y tercero, porque es un gran orador. Pues bien, usted y yo nos volveremos en veinte minutos más famosos que él. Mañana, en todas las cervecerías se servirán patatas "a la aduanera" y los *loffers* nos seguirán gritando: "Aquí están los héroes de las patatas!" El cónsul se ha ido sin preocupaciones: hasta su regreso estamos seguros. No podemos soltar a éstos hasta que hayamos echado el guante a todos los contrabandistas del "Jeannette". Sólo entonces podremos defendernos. Pero hoy por hoy somos dos desgraciados dando manotazos al aire. Encontraremos excusas y les tenderemos a la sombra.

El jefe asintió. Luego preguntó:

—¿Y si piden libertad provisional con fianza?

El capitán se encogió de hombros.

—No tienen ni un céntimo en el bolsillo. Por otra parte, nadie sabe que estén aquí y no pueden comunicarse con el exterior. El cónsul volverá dentro de un mes o dos. Hay tiempo de sobras para entregar a la justicia a dos mil contrabandistas.

Como consecuencia de estas consideraciones, Filimario y los otros dos desgraciados caballeros se encontraban, tres horas más tarde, en la celda de una prisión del Estado.

Antes de que se cerrase la puerta, Pío preguntó al jefe que les había acompañado si, mediante una fianza en dinero, tendrían derecho a la libertad provisional.

—Claro, claro —contestó el jefe, cohibido—. Pero en un caso como éste haría falta una fianza bastante fuerte. Lo menos diez mil dólares. Pero no vale la pena —se apresuró a explicar—, tengan un poco de paciencia. Es cosa de pocas horas. Un día todo lo más.

Y pasó un día; después otro. Por la noche del tercero, Pío suspiró.

—Con esta maldita burocracia corremos el peligro de quedarnos aquí una semana. No es nada malo, naturalmente, pero es fastidioso. Tendríamos que disponer de diez mil dólares: ochenta mil francos… Todo quedaría resuelto en un momento. ¿No le parece, señor Dublé?

—Sí —contestó secamente Filimario, que empezaba a aburrirse.

La noche del cuarto día Pis volvió al asunto.

—Perdone, señor Filimario, pero ¿no tiene usted ni idea de dónde se podrían encontrar estos ochenta mil francos?

—No —contestó secamente Filimario.

Después llegó la noche del quinto día y Pío Pis volvió a suspirar.

—Ciertamente debe ser una cosa muy triste el envejecer en una cárcel. ¡Piense usted, señor Filimario, si pudiera usted encontrar ochenta mil francos! ¿Verdad, señor Septiembre?

—Es inútil insistir —explicó Sept—. A lo que se ve, el señor Dublé se divierte en la cárcel, si no…

—¿Si no, qué? —saltó Filimario.

—Si no bastaría un pequeño sacrificio por su parte y tendría, no ochenta mil francos, sino seiscientos millones.

Filimario se sintió un Dublé de la cabeza a los pies.

—¡Antes que beber ese maldito aceite me quedaría en la cárcel un siglo! —gritó.

Durante todo el sexto día Filimario se quedó echado en su camastro, mientras Pío Pis explicaba de la manera más poética la utilidad de todos los aceites vegetales, especialmente del que se

extrae del ricino.

—En Batik —concluyó Pío hacia las siete de la tarde—, donde el aceite de ricino es completamente desconocido, la gente muere hacia los treinta y cinco años.

Luego habló, hasta las nueve, de los errores judiciales, de gente olvidada por veinte años de cárcel y citó ejemplos de hombres que se habían matado por desesperación, dando con la cabeza en las paredes de sus celdas.

Hacia medianoche Filimario se levantó de su camastro y dijo con voz irritada:

—¿Y cómo podría hacerlo? Yo estoy aquí en América…

Pío y Septiembre, que parecían dormir profundamente, saltaron de sus camastros y se situaron a su lado con la rapidez de un rayo.

—Es muy fácil: basta con que escriba usted al notario que venga en seguida aquí con el vaso de aceite y dos testigos.

—¡No, mil veces la muerte! —afirmó Filimario volviendo a la posición horizontal.

Filimario se despertó tarde: había soñado toda la odisea del abate Faria en la celda del castillo de If, y primera parte del "Conde de Montecristo", o sea la cosa había sido larga y cansada. Cuando abrió los ojos de nuevo, eran las diez, y de pie, junto a la mesa, estaban todavía Septiembre y Pío: el primero tenía en la mano una botellita de tinta y una pluma, el segundo una hoja de papel y un sobre.

—He jugado a los dados con el vigilante —explicó Septiembre —, y le he ganado seis millones de dólares, la cárcel y la mujer. Pero hemos saldado la deuda con una hoja y un sobre y el permiso para escribir y echar la carta al correo.

Filimario rió sarcástico.

—¡Nunca! He dicho nunca, y un Dublé sólo tiene una palabra.

Hacia mediodía, Filimario abandonó su silencio.

—¡Qué mal debe de escribir ese cochino pedazo de pluma! —dijo con despreció. Luego mojó en el tintero la pluma que Septiembre le tendía temblando y escribió desenvueltamente al principio de la hoja: "Nueva York, 7 de junio de 1885".

—¡Es un clavo, no una pluma! —concluyó Filimario tirando con desprecio la pluma sobre la mesa, pero con cuidado, de manera que

no cayera al suelo.

A las cuatro de la tarde, Filimario, después de haber estado silbando alrededor del tintero y de la hoja, cogió la pluma y como si quisiera garabatear algunas rayas sin importancia, para pasar el rato, escribió debajo de la fecha: "Querido notario, venga inmediatamente a Nueva York trayendo a los testigos y el acei…"

En aquel momento entró el vigilante con los panes para la noche.

Pis abrió el suyo y descubrió que contenía un martillo y un escoplo. Septiembre encontró en el suyo una cuerda de seda. En el tercero, y dirigido a Filimario, encontraron un billete perfumado de jazmín. "Querido Fil, quita la reja y baja a la calle a las ocho. Todo está preparado para que haya jaleo frente a la cárcel. Un coche amarillo os esperará a la entrada del callejón; subid y decid: "Somos nosotros, corre." Te amo, tu Ketty."

Filimario cogió el tintero, el papel y la pluma y los tiró por la ventana.

Faltaban todavía cuatro horas hasta las ocho y se podía quitar muy bien la reja.

Para no hacer ruido envolvieron la cabeza del martillo y del escoplo en unos trapos y Filimario empezó a dar golpes con cuidado. Pero la pared era muy dura y pronto, llevado por la prisa, empezó a dar golpes.

—¡Silencio! —gritó una voz desde la otra celda—. ¡Hay gente descansando!

Entonces entró el vigilante.

—¿Está usted loco? —gritó el vigilante—. ¿Quiere usted perderme? ¡Vaya manera de meter ruido!

—A ver si lo hace usted mejor —dijo nerviosamente Filimario entregándole el martillo y el escoplo.

El vigilante armó más jaleo que Fil.

—Yo no debo oír nada, pero si lo hacen así, lo oirá hasta el director que está en Broocklyn. Aquí hace falta una sierra, si no, no conseguirán nada —concluyó alejándose.

Al volver traía una sierra.

—Cuidado, no me la vayan a romper. Es personal. Cuando vean a la señorita rubia díganle que son cincuenta dólares más por el

alquiler de la sierra.

—Está bien —le tranquilizó Filimario, empezando a trabajar. Pis no ayudó porque le temblaban las manos, y gracias a la ayuda del vigilante a las ocho menos dos minutos la reja había caído al suelo.

Fue un trabajo infernal: Filimario no había trabajado tanto en su vida. Pero la libertad estaba conquistada.

Fil suspiró y se preparó para atar un cabo de la cuerda a un pedazo de la reja que había quedado clavado en la pared. En aquel instante se oyeron unos pases en el corredor y una voz gritó:

—Están en el 195.

El 195 era la celda de nuestros tres caballeros. Volvieron a colocar febrilmente la reja lo mejor que pudieron en el hueco de la ventana. FU tuvo justo el tiempo para ello. La puerta se abrió y apareció un agente.

—Síganme ustedes a la dirección.

Fil, Pis y Sept caminaron tristemente por los pasillos húmedos y oscuros.

¿Así, pues, todo había terminado?

En la dirección un empleado entregó a los tres caballeros los documentos y objetos personales retenidos a su entrada.

—Firmen ustedes aquí —mandó, indicando un espacio en blanco en una hoja llena de letra muy apretada.

Fil, Pis y Sept firmaron.

—Pueden ustedes irse —explicó el empleado secando las firmas — Ha sido depositada la fianza para su libertad provisional.

Filimario quedó perplejo:

—Y, perdón —preguntó—, ¿por quién ha sido pagada?

—Por la señorita Troll. Está esperándoles a ustedes en la antesala.

Filimario Dublé era un hombre de rápidas decisiones.

—Si nos lo permite, volveremos a subir un momento por nuestros pañuelos que hemos dejado secándose en la reja.

—Puedo enviar a un vigilante —se ofreció amablemente el empleado. Pero Fil sonrió.

—Más que nada es por un motivo sentimental —explicó—: desearíamos ver por última vez el lugar en el que hemos sufrido tanto. ¿No quiere usted darnos esta satisfacción?

El empleado sonrió.

Fil salió, subió corriendo las escaleras y los pasillos, entró en la celda, arrancó la reja, ató la cuerda, saltó al alféizar y se dejó resbalar, corriendo el peligro de despellejarse las manos.

El callejón estaba desierto. El hombre del coche enviado por Ketty debía de haber interpretado mal las órdenes y haberse ido después de diez minutos de espera. Filimario empezó a andar tranquilamente. Estaba en regla con las leyes americanas y con su orgullo.

No se turbó cuando oyó rápidos pasos detrás de sí.

Y no había por qué turbarse, ya que se trataba de Sept y de Pis.

—Gracias, amigos míos —exclamó Fil estrechando las manos de los dos caballeros—. Estamos completamente libres; libres también de Clotilde Troll.

Salieron del callejón. Delante de la puerta de la cárcel esperaba un coche, dentro del cual estaba sentado un hombre corpulento y distinguido. Fil se acercó.

—¿Tengo el honor de saludar al señor Jorgito de Ludebelle? —preguntó al acercarse.

—¡Oh, el señor Dublé! —exclamó Jorgito.

—Tenga usted la bondad de comunicar a la señorita Troll que hemos salido por la puerta de servicio para no tener que admirar su dulce semblante.

Jorgito hizo seña de que sí con la cabeza y miró aturdido a Fil, Pis y Sept alejarse y perderse entre la multitud.

Bajaba sobre la metrópoli la noche del 7 de junio del año 1885. Las llamas azuladas de mil y mil y mil lámparas se encendían, una tras otra, en las casas, en las calles, en las tiendas.

La gente se apelotonaba en las aceras llenas de mercancías. Mares de cabezas en las aceras de cada calle, y entre dos ríos de humanidad el otro río de autobuses, de tranvías, de coches, de carritos. Caballos, chasquidos de látigos, campanillazos.

Sobre las cabezas, humo, chispas y el ruido de los *elevated*, tranvías a vapor aéreos.

Grandes carros publicitarios iluminados, grandes barracas con

ruedas, en el interior de las cuales una señora en traje de noche conversa, sentada en un sillón de seda de su rico salón, con un caballero muy elegante o que, en una cándida camisa de noche, está semiechada sobre una amplia cama recubierta de una espuma de puntillas.

Dos ríos de gente en las aceras de cada calle, y de esta manera sobresalían, altos y ridículos, los grandes pieles rojas, los soldados napoleónicos, los gordos holandeses, los negros moros de cartón y madera que, llevando en la boca pipas o grandes cigarros, hacían guardia frente a los estancos.

Batallones de muchachos que gritaban llevando la campanilla ensordecedora del coche de los bomberos con la caldera a presión y un denso penacho de humo; furioso galopar de caballos, relucir de cascos de hojalata. De cuando en cuando un pequeño remolino como si se parase la corriente, rápidos y violentos movimientos llenos de gritos, del cual salía, lanzado a la deriva, un *loffer* a pedazos, o un hombre con un ojo a la funerala, o una mujer llorosa sin su monedero, sin su paquete.

Bajaba sobre la metrópoli la noche del 7 de junio de 1885 y nuestros tres infelices caballeros andaban en silencio entre la gente que gritaba.

—Es una situación que no resulta precisamente de color de rosa —notó de pronto Filimario.

—Si al menos tuviéramos una guía de la ciudad podríamos estudiar debajo de qué puentes podríamos pasar la noche —se dolió Septiembre.

—Qué cosa tan maravillosa es la libertad —suspiró Pío Pis. Pero tuvo que bajar la cabeza como un colegial cogido "in fraganti", porque Fil y Sept le miraron muy severamente.

Capítulo 10

Venta de una pierna. Se alquilan tres caballeros. Una simpática dueña de casa, dos millonarias, una muchacha colorada, una condesa rubia y Clotilde frente a Filimario.

Cuenta Mousquet en sus "Historias del viejo mundo" que encontrándose el señor Bertrand en casa de Madame de Staël, confesó haber dormido una noche en un banco del Bois de Boulougne, terminando: "Le aseguro a usted que no hay comparación posible entre un banco de mármol y una cama de plumas."

Aun si se admite que los bancos del nuevo mundo son más blandos que los del Bois de Boulougne, puede comprenderse que nuestros tres queridos caballeros pensaran, al despertarse por la mañana siguiente, lo que el señor Bertrand respecto a los bancos. Salieron del parque con los huesos molidos y los ojos soñolientos. Nueva York, ciclón de gentes, había empezado a vivir de nuevo intensamente y los bares estaban llenos de hombres y mujeres que devoraban panecillos, mermeladas y tortillas con jamón. Septiembre Nort preguntó a Filimario cuánto tiempo podía vivir un hombre privado absolutamente de alimentos.

—Depende —contestó Filimario.

—Creí que más —contestó Septiembre con voz lejana. Los tres caballeros anduvieron en silencio por mucho tiempo; finalmente Pío Pis movió la cabeza y se paró.

—No puedo más —dijo Pío Pis—. El pie se me ha salido de sitio.

Fil y Sept miraron con curiosidad las bases extremas de Pío: el

pie izquierdo de Pío había dado una media vuelta casi completa, mientras el derecho conservaba su posición normal. En lenguaje menos figurado podría decirse que mientras el pie derecho tenía la punta vuelta hacia adelante, el izquierdo la tenía casi completamente vuelta hacia atrás.

—¿Sufre usted? —preguntaron los dos caballeros.

—No, pero me canso mucho. Siempre que ando mucho me pasa esto. Entonces nace entre mis pies una especie de lucha: el derecho querría seguir, el izquierdo querría volver a casa. Luego, todo vuelve a su sitio.

Filimario preguntó algo a un señor que pasaba; luego, volvió satisfecho.

—Vamos —dijo—. Está a cuatro pasos de aquí.

Pío quiso protestar, pero tuvo que seguir, sostenido por los otros dos caballeros.

Al llegar frente a una verja, Filimario llamó y preguntó por el director. Se trataba de un asunto urgente.

Les introdujeron en un gran despacho con las paredes cubiertas de estantes. Filimario, aunque con una barba de varios días y el traje arrugado, era y quedaba siempre Filimario Dublé, hombre de gran distinción y palabra persuasiva; por eso en cuanto entró en el despacho un señor austero con grandes bigotes, nuestro caballero se portó de una manera irreprensible y supo interesar inmediatamente al personaje en el caso de Pío Pis.

El austero profesor —así le había bautizado Fil— consideró con gran atención el pie de Pis, rogó a Pis que caminase, rogó a Pis que le explicara cómo y cuándo se verificaba el fenómeno. Finalmente pasó con Filimario a una habitación vecina.

Un cuarto de hora después Fil volvió con aire satisfecho.

—Unos momentos de paciencia mientras el profesor prepara lo necesario. He conseguido vendérsela.

Pío Pis abrió desmesuradamente los ojos y preguntó qué había conseguido vender.

—¡Pues su pierna, hombre! —exclamó Fil—. Quería comprar sólo el pie, pero le he hecho comprender que un pie sin la pierna correspondiente es como una flor sin tallo. No ha querido dar más de noventa dólares, pero tengo una idea.

—¡Usted —balbució Pío—, usted ha vendido mi pierna! ¡Yo no lo permitiré! ¡Señor Dublé, lo que usted hace es incorrecto! ¡Un caballero no vende las piernas de sus amigos!

—Un caballero no se niega a ayudar a sus amigos —contestó Fil severamente—. Un caballero no es nunca egoísta. Un caballero no se deja morir a sí mismo y a sus amigos por pequeños orgullos. Sinceramente le creía a usted mejor, señor Pío Pis; quédese usted con su pierna. Tiene razón, en el fondo. La ley dice que la pierna es de usted. Pero la ley dice también que la capa de San Martín era de San Martín, y San Martín la partió con el hermano que tenía frío. Pero San Martín era un caballero.

—Perdóneme, señor Filimario —balbució Pío Pis sonrojándose —. Olvide usted mis vulgares expresiones y consérveme usted su afecto. Yo soy un caballero como San Martín y partiré mi pierna con los hermanos que tienen hambre.

—Le felicito a usted —dijo Filimario—. Y le señalo a usted la admiración del aquí presente señor Septiembre.

Septiembre se inclinó y Pío Pis, muy pálido, volvió a sentarse.

—Señor Dublé —susurró con lágrimas en los ojos—, le ruego a usted que si algo me pasara durante la operación…

Filimario quedó estupefacto por un momento, luego agarró a Pío por los hombros.

—Ah, ¿pero se creía usted que le iban a cortar la pierna? Es usted más caballero que san Martín, señor Pío; una pierna vale mucho más que una capa. De todos modos, tranquilícese. Sólo tiene usted que firmar un compromiso de cesión de su pierna a la clínica del profesor Wlewski, y la pierna será entregada a la clínica sólo después de su muerte.

Pío suspiró y Septiembre se secó el sudor que le corría por la frente. El compromiso fue firmado y la pierna de Pis fue medida, catalogada y, finalmente, fueron entregados los noventa dólares.

El pobre Pío tuvo que andar a pie todo el día, pero por la noche, Fil, al hacer el balance, denunció un activo de 820 dólares, porque la pierna había sido vendida a otras ocho clínicas.

—¿No le parece, señor Dublé, que el asunto se parece algo a una estafa? —preguntó Pío tímidamente.

—No, señor Pis: los compradores son nueve, pero la ciencia sólo

es una. Y lo importante es que uno estudie el fenómeno en bien de la ciencia.

—¡Magnífico! —asintió Septiembre.

—Justo —dijo Pío—. Lo malo es que aun siendo una perfecta imitación, mi pierna es de madera forrada de caucho.

Ochocientos veinte dólares no tienen larga vida en las manos de tres caballeros. Especialmente si estos tres caballeros tienen que hacerse ropa nueva y tomar habitaciones en un buen hotel.

Fue Septiembre quien dio la alarma, un par de semanas después; había que encontrar la manera de ganar dinero.

Por suerte, Pío vio casi inmediatamente un anuncio extraño en el "New York Herald": "Búscanse urgentemente caballeros."

Los tres caballeros se apresuraron a encontrar la calle indicada y entraron en una gran sala de espera llena de gente. Hombres, mujeres, viejos, jóvenes, camareros, negros. Introducidos en una oficina llena de humo, Fil, Pío y Sept se encontraron frente a un hombretón con el sombrero echado en un sillón.

—¿Es usted el que busca caballeros? —preguntó Filimario cuando el hombre hubo terminado de telefonear.

—Sí, ¿dónde están?

—Nosotros —explicó Fil.

El hombre empezó a reír.

—¿Ustedes caballeros? ¡Pero háganme el favor! ¡Si envío a la señora Thompson caballeros como ustedes no me vuelve a mirar a la cara!

Filimario no perdió su maravillosa calma.

—Lo siento por usted, querido señor, pero somos realmente unos caballeros; por otra parte, tenemos documentos acreditativos.

El hombre miró los papeles que los tres le ofrecían.

—¡Bah! —dijo al fin—, son ustedes extranjeros y tratándose de extranjeros, todo pasa. Pero no me fío. ¡Peggy! —llamó.

Apareció una hermosa muchacha de cabellos rojos.

—Peggy —dijo el hombre—, son tres extranjeros. ¿Te parece que podemos enviarlos a la señora Thompson para la fiesta de esta noche?

Peggy miró con suficiencia a Fil, Sept y Pis. Les hizo seña de que se volvieran. Luego se encogió de hombros.

—La fiesta es de noche —dijo—. Quedándose en la sombra, pueden pasar.

Filimario sonrió.

—En nuestra ciudad nos consideraban perfectos hasta en pleno día. Puede usted estar segura, señorita, de que haremos honor a la confianza que ha depositado en nosotros.

—¿Tienen ustedes frac? —se informó el hombre.

—Sí.

—Pues entonces son dos dólares por noche. Pero si quieren que ponga yo el frac, es un dólar y medio. ¡Pero cuidado, eh!

—¿En qué sentido? —preguntó Fil.

—En el sentido de que si falta una sola cucharilla de plata les hago hacer una cara nueva. Segundo: prohibido recoger colillas, prohibido emborracharse, prohibido acercarse al "buffet" más de dos veces en una noche. Prohibido guardarse pasteles en los bolsillos. Prohibido decir palabrotas, escupir en las paredes o en el techo. Prohibido pegar manotadas en los hombros de los invitados. Hablar lo menos posible, sólo cuando les pregunten algo. La señora Thompson les dará instrucciones sobre lo que tienen que decir. Tengan cuidado, o no verán los dos dólares más que con prismáticos.

Peggy intervino.

—Y sobre todo, prohibido decir piropos a las chicas o a las señoras.

Filimario extendió los brazos.

—En todo lo otro, de acuerdo; pero en esto, depende.

—¿Depende?

—Claro. Si resulta que me encuentro con una chica tan bonita como usted, estaría conforme con perder no dos dólares, sino dos mil.

El hombre se echó el sombrero hacia atrás.

—Joven —rugió—, ¿quiere usted por casualidad perder media docena de dientes?

Fil se inclinó.

—Si no hubiera estado seguro de poder tumbarle a usted con un

directo a la mandíbula y si no hubiera estado seguro de que es usted una persona de mundo y por eso llena de ingenio, no me habría permitido nunca el hacer en su presencia un cumplido a esta admirable señorita Peggy.

El hombre consideró los hombros de Filimario y sonrió.

—No sé cómo he podido pensar lo contrario; pero se ve perfectamente que es usted un verdadero caballero.

Luego, notando que Septiembre tenía unos hombros aún más notables que Fil, prosiguió:

—Y usted también, naturalmente.

Pío era delgado y estrecho de hombros. El hombre se limitó a mirarle con desprecio.

Intervino Peggy.

—¿Saben ustedes bailar?

—Sí —contestó Fil sonriendo.

—Bien —exclamó el hombre—. Entonces son tres dólares por noche, con la obligación de hacer bailar a todas las señoras que les indicará la dueña de la casa. En este caso tienen derecho no ya a dos sino a cuatro paradas en el "buffet": pero sólo bebidas. La última vez la señora Thompson se quejó porque a dos caballeros que le había enviado les olía mal la boca. Nada de licores. ¡Y nada de collares! Si quieren hacer negocio, háganlo a la salida. ¡Pero no en la casa!

—De acuerdo —dijo Fil.

—Asunto concluido; he aquí un dólar adelantado. Esta noche, a las nueve, vengan ustedes aquí de frac; quiero ver si todo está bien.

A las nueve de la noche Fil, Sept y Pío Pis se encontraban frente al hombretón en perfecto traje de gala.

—¡Caramba, parecen ustedes verdaderos caballeros! —exclamó el hombre—. Oiga, ¿sería usted capaz de hacer de conde?

—Sin duda —contestó Filimario—. Lo soy.

El hombre se encogió de hombros, pero Peggy miró lánguidamente a Fil.

—Entonces, si hace bien de conde, en vez de tres le daré cinco dólares. ¿Sabe usted hablar sólo el inglés?

—No; hablo también el francés, el español, el alemán y el ruso.

—¡Estupendo! Aquí los condes rusos son muy buscados. La

señora Thompson está dispuesta a pagar hasta siete dólares por un conde ruso.

Fil, Pío y Sept se inclinaron de una manera tan perfecta, que el pobre hombre quedó estupefacto. Luego se sonrojó, se quitó el sombrero y contestó con una inclinación desgarbada. Peggy suspiró. Los tres caballeros salieron.

—Ese —dijo el hombre—, o es un ladrón internacional, o es un conde de veras.

Cuando llegaron a casa de los Thompson, Filimario y los otros dos caballeros esperaron en una salita apartada, vigilados a vista por un camarero. Luego, cuando Dios quiso, llegó la señora Thompson.

—Veamos —dijo la señora Thompson con mucha autoridad, y habiendo encendido todas las luces lanzó una ojeada panorámica sobre Fil, Pío y Sept.

El primer examen fue satisfactorio.

—Menos mal: los fracs están bien. La última vez, su director me envió un hombre con los pantalones deshilachados. A ver, anden ustedes —ordenó.

Filimario y los dos infelices caballeros empezaron a andar.

—Tienen ustedes la gracia de tres "cowboys" —notó la señora Thompson, que les había mirado gravemente a través de sus impertinentes—. Pero los fracs son bonitos. Los fracs me gustan. Su dueño tendría que enviarme siempre gente con fracs como éstos. Anden ustedes lo menos posible —avisó la señora Thompson—. Ya les haré seña de cuando tienen que andar.

—Sí, señora —dijo Filimario inclinándose.

—Tengan presente que en el salón hay dos policías particulares —advirtió severamente la señora Thompson—. Cuiden ustedes de tener las manos quietas. Los fracs me gustan de verdad. Son unos fracs estupendos. ¿Llevan ustedes armas?

Filimario, Septiembre y Pío volvieron los bolsillos.

—Está bien —asintió la señora Thompson, mirando aún los fracs que tanto le gustaban. Entonces recordó algo.

—¿Y el conde? Su dueño me había prometido un conde. ¿Dónde

está el conde?

—Soy yo.

La señora Thompson tuvo un gesto de impaciencia.

Pero luego, después de haber examinado atentamente a Filimario a través de sus impertinentes, se tranquilizó.

—Pero… —murmuró—. Veamos, ¿qué clase de conde sabe usted hacer?

—El director dijo que le gustaría a usted un conde ruso… —explicó Fil. Pero la señora Thompson movió la cabeza enérgicamente.

—No, no, nada de condes rusos —exclamó con vivacidad—. Ahora todos tienen condes rusos en sus recepciones. Nada de condes rusos. ¿No sabe usted hacer otra cosa?

—Podría hacer de conde inglés, de conde francés…

—Sí, de conde francés me parece más original. Sí, sí, de conde francés. Veamos cómo hace de conde francés.

Filimario se quedó inmóvil en su sitio, y la señora Thompson perdió la paciencia.

—Adelante joven: ¡a ver cómo hace usted de conde francés! No se quede ahí parado. Filimario sonrió.

—Verdaderamente, señora, cuando no tienen nada que hacer, los condes franceses se están quietos como me estoy yo. Un conde francés, para demostrar que es un conde francés debe tener ocasión de hacer algo. Cuando se están quietos se diferencian poco el uno del otro.

La señora Thompson convino en que Fil tenía razón.

—Veamos —dijo, después de haber considerado la situación en silencio—. Los condes franceses tienen que ser personas especiales. Me acuerdo que en casa de Bleckmann tenían un conde francés que hacía furor porque cantaba muy bien "Volga Volga" y bailaba sentado con los brazos cruzados. Era verdaderamente mono.

—Señora —observó Fil—, me permito hacerle notar que habitualmente son los condes rusos los que saben cantar "Volga Volga" y bailan como dice usted. Pero en público no hacen ni lo uno ni lo otro. Se trataba de seguro de un falso conde ruso.

—Sí, sí —exclamó la señora Thompson—. Evidentemente. Evidentemente. Mecachis, no recuerdo qué es lo que hacen los

condes franceses. Pero debe pensarlo usted, joven. ¿No es acaso usted quien debe hacer de conde francés?

—Si la señora me permite —intervino Pío Pis—, me atrevería a decir que la característica de los condes franceses es la galantería. El conde francés es elegante y como ningún otro sabe dirigir un requiebro a una bella dama.

—¡Exacto! —exclamó la señora Thompson—. Galantería, gentileza, poesía, sangre latina, romanticismo, mucho romanticismo. Un conde francés que no sepa hacer romanticismo no vale nada.

—Perfectamente —aprobó Filimario—. Un conde francés sin romanticismo es como una flor sin perfume.

La señora Thompson se sentó en un diván, ordenó a Pío y a Septiembre que tomaran asiento en un rincón y después hizo sentar a su lado a Filimario.

—A ver, joven: enséñeme cómo sabe usted decir un requiebro.

Filimario se arregló el nudo de la corbata, tosió ligeramente y empezó a hablar con voz dulce.

—Señora —dijo—, yo la amo.

—Pero no —protestó la señora Thompson—. Eso es una cosa trivial.

Filimario no se inmutó y su voz se volvió más dulce.

—Sí, señora, es trivial como son triviales las otras cosas esenciales de la vida: el nacimiento, la muerte. Todo el mundo nace, todo el mundo muere, todo el mundo ama. Es trivial decir a una mujer: "La amo a usted", pero no es cosa trivial amarla a usted. Amarla a usted es la cosa más original del universo, porque es usted la mujer más hermosa del mundo. Es trivial admirar a una flor, pero no es trivial admirar a la flor más bella de América. La amo, señora, y quisiera besar su maravillosa boca, quisiera acariciar ligerísimamente sus suaves cabellos…

Filimario enumeró detalladamente todas las operaciones que habría efectuado sobre la valiosa señora Thompson y su voz fue haciéndose cada vez más queda e insinuante.

La señora Thompson acabó derrumbándose en sus brazos y gimió:

—Amor mío…

Septiembre, que, junto con Pío, observaba en silencio la escena desde su rincón, en este punto no pudo frenar su entusiasmo y exclamó en voz alta:

—¡Estupendo!

La señora Thompson tuvo un sobresalto, despegó su boca de los labios de Fil y se puso en pie.

—Bien, muy bien… Perfectamente —balbució, arreglándose—. Muy bien. Pero debería moderarse un poquitín. No quiero escándalos. ¿No le parece, conde?

El salón de recepciones de los Thompson estaba verdaderamente magnífico aquella noche. Había mucha gente muy importante y muchas mujeres cargadas de joyas. Pío y Sept se portaron muy bien y fueron vistos con simpatía. Pero Filimario brilló. Se ganaba a conciencia sus siete dólares. Dijo decenas de requiebros, bailó con todas las mujeres, hasta con las viejas, hizo centenares de admirables reverencias.

El champaña y los malditos cócteles (así llaman los americanos algunas mezclas suyas de licores) habían dado a la fiesta una animación verdaderamente notable, pero Fil empezaba a aburrirse terriblemente. Para distraerse empezó a galantear a la mujer del banquero Babbith. Después de diez minutos la excelente dama le aseguró que estaba dispuesta a divorciarse al día siguiente. Fil, con una excusa elegante, se retiró a la terraza, pero después de veinte minutos la señora Mebikel se le acercó como por casualidad y le comunicó que a ella todo aquel ruido, toda aquella alegría, más que otra cosa le entristecían.

La señora Thompson estaba presentando a los invitados una admirable rubia, cargada de joyas y de dignidad. Filimario también fue presentado a la maravillosa criatura, la condesa española Mercedes de la Sierra, y a Fil le fue reservado el honor de acompañar a la condesa de la Sierra a la terraza a respirar un poco de aire fresco, porque la atmósfera pesada de la sala había turbado un poco los nervios de aquella distinguida señora.

—Ketty, ¿qué haces aquí? —preguntó Filimario a la bellísima rubia cuando estuvieron solos.

—Fil —gimió la rubia—, ¿cómo diablos te has salvado? ¿Por qué no has bajado a las ocho? El del coche se marchó; tuvo miedo.

—Me he salvado igualmente yendo a pie —explicó Fil.

Luego insistió—, pero tú, Ketty, ¿qué haces aquí?

—Fil, mi pequeño Fil —contestó Ketty—, ¿no lo ves? Hago de condesa española.

—¿Te ha enviado la agencia?

—¿La agencia?

Filimario explicó el asunto y Ketty se divirtió mucho. Después Ketty contó que en aquel momento estaba "trabajando" a un extranjero que había conocido la

semana anterior.

—¿Opio? —se informó Fil.

—No —contestó Ketty.

—¿Estafa?

—No —explicó Ketty—. Matrimonio.

—Es cosa importante, entonces —observó Filimario.

Después acompañó de nuevo a Ketty al salón, porque Ketty le había explicado,, entre un beso y otro, que su amor tenía que llegar dentro de poco.

Fil y Ketty se hundieron de nuevo en el tempestuoso mar del salón y bailaron hasta que Ketty exclamó:

—¡Fil, mira allá en el rincón; está hablando con la señora Thompson!

Fil miró hacia el rincón y, más allá de la señora Thompson, vio a un señor corpulento y distinguido en cuyo brazo se apoyaba una muchacha de negro.

—¡Fil, ese es mi hombre! —explicó Ketty.

El baile había terminado y Ketty se colgó del brazo de Filimario.

—Ven Fil: voy a presentarte. Tú sacarás a bailar a la muchacha y así yo podré trabajarle. No te preocupes; me ha dicho que vendría con su prima. Por otra parte, ya estamos de acuerdo.

Cuando el señor distinguido y corpulento se vio frente a Ketty, abrió los ojos desmesuradamente y la escena que se desarrolló seguidamente fue rápida y dramática.

Señor Corp (titubeando). —Condesa, qué sorpresa… Pero permítame que le presente a la señorita Clotilde Troll… Clotilde, he

aquí a la condesa de la Sierra de quien tanto te he hablado…

Clotilde (sorprendida). —Tanto gusto, condesa.

Señor Corp (jadeando). —Clo, perdona, perdonen…, señor Dublé…, condesa, perm…

Ketty. —Sí, sí, bailemos, señor de Ludebelle.

Ketty y Jorgito desaparecieron en la marea de parejas que bailaban, y Filimario se encontró frente a frente con Clotilde Troll.

Capítulo 11

Clotilde en persecución. La extraña figura de Pío Pis. Clotilde está contrariada.

Desembarcados en Bess mientras el "Jeannette" se alejaba, Clotilde y su novio Jorgito habían encontrado la casa en desorden y dentro de ella ni sombra de Filimario, de Pío ni de Septiembre.

Pero en cambio encontraron un mensaje que lo explicaba todo: "Prisioneros de una banda de contrabandistas de opio mandada por la señorita Ketty y por un tal señor Bill, salimos a bordo del "Jeannette" a las 10 horas del 29 de mayo de 1885. Pío Pis." —¡No puede tratarse más que del barco con que nos hemos cruzado al llegar! —exclamó Clotilde con los ojos muy abiertos—. ¡Jorgito, hay que alcanzar a toda costa a esos malditos contrabandistas!

—Verdaderamente... —balbució Jorgito, según el cual era preferible permanecer lejos de aquellos sujetos poco recomendables.

Pero Clo no le dejó terminar.

—¡Jorgito! ¡Abordo!

Autorización al capitán para que hiciera estallar las calderas si es que había de llegarse a este desagradable extremo para alcanzar al "Jeannette", que ya casi desaparecía en lontananza.

Clotilde no habló durante la furiosa persecución. El "Delfín" gemía por todos lados y los fogoneros, empapados de sudor, miraban aterrorizados a los manómetros; el "Delfín" volaba sobre el agua, pero no hubiese alcanzado al "Jeannette" sin la providencial intervención de la policía de aduanas. Efectivamente, el "Jeannette" tuvo que pararse durante veinte minutos y el "Delfín" —perdónesenos la expresión poco marinera— pudo ganar terreno.

Las distancias se acortaron rápidamente, y el "Delfín" y el "Jeannette" llegaron a tierra casi al mismo tiempo. Entonces, finalmente, Clotilde habló con voz temblorosa.

—Jorgito, si me quieres, sube a ese barco y salva a Filimario. Aquí tienes una pistola. Si es necesario, dispara.

Jorgito quería a Clo de una manera casi imposible, y esto bastaba para volver atrevido al pacífico y gordo personaje. Por otra parte iba seguido de todos los hombres de la tripulación, armados estupendamente y firmemente decididos a ganarse los dos grandes billetes que Jorgito les había enseñado.

Hay que consignar que el puerto en que había atracado el "Jeannette" no era el puerto de Nueva York. Para ser exacto, no era ni un puerto: era una pequeña bahía que evitaban con mucho cuidado los policías y los aduaneros.

Jorgito subió al "Jeannette" y se encontró frente a una veintena de hombres que tenían la mano derecha en el bolsillo de la chaqueta.

Esto no le gustó a Jorgito, pero nuestro excelente hombre se armó de valor.

—Querría hablar con el capitán —dijo Jorgito, y Bill se adelantó —. Le quedaría a usted agradecido si quisiera darme noticias de tres caballeros que supongo deben de estar a bordo de su buque —explicó sonriendo Jorgito; pero Bill contestó que no sabía nada. ¿De quién diablos hablaba?

—No sabemos nada de esa gente —dijo Bill malhumorado—. Este barco no es un transporte público. ¡Este es el barco de la condesa de la Sierra y nosotros sólo tenemos el encargo de llevar de paseo a la condesa de la Sierra! —dijo Bill.

Jorgito era un hombre de mundo; se apartó con Bill y después de un centenar de dólares y de haberse convencido de que no se trataba de una trampa de la policía, Bill admitió que había visto a tres hombres a bordo, pero que luego la policía de aduanas se los había llevado junto con tres cajas de opio.

—¿No tiene usted idea de dónde pueden encontrarse esos caballeros? —se informó Jorgito.

—Casi siempre, cuando entran en juego opio, policías y cosas por el estilo, lo mejor es dirigir la búsqueda hacia la cárcel —

contestó Bill.

Entonces llegó Ketty y Jorgito se inclinó.

—Capitán, ¿pasa algo? —preguntó Ketty.

Bill guiñó el ojo a Jorgito, escupió y luego contestó:

—No, condesa: el señor es el propietario del yate de aquí al lado y venía a pedir informes sobre el camino

Tiene la brújula estropeada.

—Justamente, condesa: tenemos la brújula estropeada —confirmó Jorgito—, eso es lo que nos pasa. Es una lata, el que esté estropeada la brújula; hay que pararse en cada esquina para preguntar el camino.

Eso fue todo. Así conoció Jorgito a la condesa de la Sierra, y a pesar de saber que la condesa de la Sierra era aquella tal Ketty de quien hablaba el mensaje de Pis, tuvo una sensación extraordinariamente agradable. Conversaron algunos minutos.

—Es usted un hombre muy interesante —terminó Ketty—. Me sentiría muy feliz si el miércoles pudiera encontrarle a usted por casualidad en Nueva York, en el "hall" del Gran Mog hacia las cinco de la tarde.

—¿Y bien? —preguntó ansiosamente Clotilde cuando Jorgito apareció nuevamente ante ella.

—Todo bien, muy bien —contestó alegremente Jorgito—. Nos veremos casualmente en el "hall" del Gran Mog el miércoles. A las cinco. En mi vida he visto a una persona más simpática.

Clotilde se tranquilizó en cuanto hubo oído el relato de la persona simpática.

—La condesa —explicó Jorgito.

—¿Qué condesa?

—La contrabandista.

Clotilde se colgó de la corbata de Jorgito.

—¿Quieres decirme dónde está el señor Dublé? —gritó.

—Ah, ¿el señor Dublé? Estate tranquila, Clo; está seguro. Está en la cárcel.

El "Delfín" hizo su ruta a todo vapor hacia Nueva York. Clotilde se tranquilizó en cuanto hubo oído el relato de Jorgito. Mejor dicho, se felicitó por dos razones. La primera, porque Filimario ya no estaba en peligro: mejor, infinitamente mejor, entre "policemen" que

entre contrabandistas.

La segunda, porque, se veía muy bien, Jorgito se estaba enamorando.

Pero había algo que no marchaba regularmente.

—Tú sabes lo contenta que estoy viéndote enamorado de otra mujer —observó Clotilde—, pero tienes que acordarte que esa condesa no es más que una contrabandista.

Jorgito permaneció un momento pensativo, pero luego se tranquilizó.

—Créeme, Clotilde —dijo—, si te digo que respecto a los contrabandistas se han dicho y escrito muchas tonterías. En realidad es otra cosa.

—Haz lo que quieras —observó por última vez Clotilde moviendo la cabeza—; de todos modos, enamorarse de una contrabandista…

Jorgito abrió los brazos.

—Clotilde, perdona, pero ¿no estás tú enamorada de un contrabandista? ¿No han detenido al señor Dublé por contrabandista? Y quizá tu caso sea todavía peor: el señor Filimario Dublé está en la cárcel, mientras que la señorita Ketty no está en la cárcel.

Clotilde se quedó unos momentos sin poder respirar; había ocurrido lo increíble: Jorgito se rebelaba y sacudía el yugo.

—Espero que no me dejarás sola en este lío —dijo finalmente Clo, con voz triste.

Pero Jorgito tenía aún en los oídos el sonido de las dulces palabras de la contrabandista y no estaba en condiciones de captar ciertos matices de expresión. —Clo —contestó Jorgito—, estaré a tu disposición hasta las 4,30 de la tarde del miércoles, o, mejor, hasta las cuatro, porque tendré que afeitarme. Desde entonces no sé hasta qué punto podrás contar conmigo. Depende…

En Nueva York, Clotilde trabajó con ahínco, ayudada eficazmente por Jorgito. Repartió dólares a todos los "policemen" que encontró en los alrededores del puerto y finalmente pudo saber dónde habían metido a Fil y a sus compañeros. Pidió ayuda a Smitson, el mejor abogado de la gran ciudad, y pudo obtener la libertad de los tres caballeros, depositando cinco mil dólares de

fianza.

Y finalmente, la noche del 8 de junio de 1885 se hizo acompañar por Jorgito a la cárcel y esperó más de media hora en la antesala a que apareciera Filimario. Se asomó finalmente un empleado que abrió los brazos desoladamente.

—Han huido por la ventana —dijo el empleado

Después Jorgito dio a Clotilde el encargó de Fil, y Clotilde volvió a su hotel visiblemente contrariada.

Si las cosas pasaron así, ¿cómo pudo Clotilde —objetaréis— encontrar poco después a Filimario en el baile de la señora Thompson?

¿Destino?

Sí, destino: pero sólo y exclusivamente en cuanto el destino, en esta historia, se llama Clotilde.

Ya habían pasado cinco días desde aquella noche singular. Clotilde había lanzado sin resultado tras Filimario todas las agencias de investigación. Fil y los otros caballeros se habían perdido en el tumulto de la gran ciudad, como tres agujas en un pajar. Pero Clotilde estaba muy lejos de perder la esperanza; al contrario, esperaba con mucha seguridad.

Y por la mañana del día 14 de julio, mientras Clo estaba escuchando de labios de Jorgito una completa relación de las excepcionales dotes de la condesa de la Sierra (Jorgito estaba ya tan enamorado de Ketty que olvidaba con mucha facilidad que Clotilde conocía a la apreciable rubia, sobre todo en su aspecto de contrabandista) la camarera le anunció la visita de alguien.

Y poco después entró Pío Pis.

—Hace tres días que la busco a usted sin descanso, por todos los hoteles —explicó Pis—. ¡Gracias a Dios que la encuentro!

Clotilde se sorprendió.

—¿Cómo ha sabido que estaba en Nueva York?

—La he visto a usted desde el "Jeannette" cuando llegaba a Bess a bordo del "Delfín". Le había dejado un mensaje; pensé que habría usted hallado nuestras huellas. Además, he visto al "Delfín" en el puerto.

Clotilde casi estallaba de satisfacción.

—¡Muy bien, señor Pío Pis! —exclamó, aplaudiendo, Clotilde—. ¡Le doblo a usted el sueldo!

En determinadas circunstancias, Jorgito se sentaba y permanecía callado. En esta circunstancia también se portó según costumbre.

Pero, al oír la exclamación de Clo, no pudo callar por más tiempo.

—Perdona, Clotilde —balbució—, pero no entiendo este asunto del sueldo.

—Oh, pobre Jorgito —dijo riéndose Clotilde—. No te había dicho que el señor Pío Pis es nuestro enviado en el campamento enemigo. ¿Qué habría sacado yo de jugarle una pasada al señor Dublé si no hubiera podido seguir las reacciones producidas por la broma? Clotilde no explicó que, más que otra cosa, había puesto al lado de Fil a una persona de su confianza con el encargo de protegerle. Pidió en cambio a Pis un relato completo del episodio. Y Pío empezó a contar.

—Al llegar a Bess —dijo Pío— caímos en manos de veinte individuos poco recomendables, mandados por una tal Ketty…

Jorgito le interrumpió con vivacidad.

—Perdona, Clo, y perdone usted, señor Pis, tengo que irme, y además no está bien escuchar cosas en las que uno esté interesado directamente.

Clotilde no le rió a la cara al pobre Jorgito; pero fue por milagro.

—…una tal Ketty —continuó Pis cuando Jorgito se hubo marchado— que para nuestra suerte se enamoró del señor Dublé…

Clotilde tuvo un movimiento de impaciencia.

—¿Se enamoró? —preguntó vivamente—. ¿En qué sentido?

—Preferiría no entrar en detalles —imploró Pis sonrojándose.

—¡Le ruego a usted que no insista en nada que se refiera a esa despreciable maleante! —exclamó entonces Clotilde—. ¡Continúe!

Pis lo contó todo con exactitud y Clotilde preguntó con estudiada indiferencia:

—En fin, ¿qué es lo que piensa de mí el señor Dublé? Pis abrió los brazos.

—Parece que su deseo más vivo es el de no encontrarse jamás

con usted ni oír nunca más hablar de usted.

—¿No me detesta?

—Yo diría que no. El señor Dublé es un carácter especial, señorita Troll. Hizo algunas objeciones a la acción de usted, el primer día, a bordo del "Delfín", y ya no volvió a mencionarla.

Clotilde se sintió desarmada. Aquel cara dura había sido capaz, al encontrarla, de saludarla con la consabida y correcta indiferencia, como si nada hubiera sucedido.

Para Clo, esto era horrible.

—¿Cuándo piensa volver a Nevaslippe? —preguntó, mientras el corazón le latía fuertemente.

—Es difícil decirlo —explicó Pis—. El señor Dublé, aparte el tiempo que hará falta para liquidar el asunto del opio, no tiene ni un céntimo en el bolsillo.

Clotilde se echó a reír.

—¡Pero qué me dice! ¡Si el señor Dublé ha heredado seiscientos millones de francos hace un mes!

—Ni ha heredado ni parece tener intenciones de heredar; está de por medio el asunto del aceite —rebatió Pis.

Y Clotilde se puso en pie de un salto y lanzó un grito de triunfo:

—¡No hemos perdido todavía! ¡Todo va bien! Señor Pis: téngame al corriente de todo lo que ocurra. ¡Tengo que saberlo todo!

Y ya está; todo queda explicado. No puede hablarse del azar: Clotilde se ha sustituido al destino y todo suceso es regulado, en su esencia, por Clotilde.

Una admirable lógica encadena estos hechos y el autor se complace justamente en ello.

Ha conseguido desenrollar la madeja y tejer en cambio una tela limpia y ordenada sobre la que los episodios se esparcirán armónicamente como bordados sobre la urdimbre.

Pero volvamos ahora al salón de la señora Thompson. Filimario y Clotilde se encuentran frente a frente.

Capítulo 12

Una entrevista dramática. Filimario vence al primer encuentro.

—¿Soy indiscreta si le pregunto a usted cómo está, señor Dublé? —dijo Clotilde sonriendo.

—Absolutamente, señorita Troll —contestó Filimario, tratando de aparecer aún más tranquilo de lo que ya era por naturaleza—. Al contrario, me lisonjea el hecho de que le interese a usted el estado de mi salud. Estoy bien, señorita Troll, y espero que pueda usted decir lo mismo.

Ya había empezado el juego; era un juego duro, pero Clotilde estaba muy decidida a no ceder ni un milímetro.

—Estoy muy disgustada de que un trivial incidente no nos haya permitido encontrarnos la otra noche. Estaba ansiosa por saber si había tenido usted un buen viaje.

—Inmejorable, señorita Troll. No puede usted figurarse lo bien que me ha sentado el aire sano de la isla de Bess. Me atrevería a decir que ha sido una estancia encantadora.

Clotilde pensó en los detalles que Pis no había querido profundizar, pero su perfidia no fue menos elegante y sutil.

—Me lo había figurado, señor Dublé, que la estancia en Bess habría sido a su plena satisfacción. Cuando se encuentra uno con gente de su misma clase, toda estancia se vuelve agradable.

Fil notó algo irregular en su sistema nervioso, algo irregular y preocupante. Por esto estimó oportuna una retirada estratégica. Sonrió y se excusó.

—Lo siento mucho, señorita Troll, pero un asunto urgente me

obliga a renunciar a su deliciosa compañía.

Clotilde le advirtió sonriendo:

—No le conviene a usted, señor Dublé; perdería los siete dólares de su trabajo de caballero. Mi amiga, la señora Thompson, me ha dicho que está muy contenta de usted, pero es una mujer americana y por eso muy meticulosa en los negocios. En cambio, le aconsejo a usted que me saque a bailar: ¿está comprendido, verdad?

Filimario guió en el baile a la delgada persona de Clotilde, con los mismos cuidados que hubiera tenido si, en vez de una graciosa millonaria, se hubiese tratado de dirigir un torpedo sin seguro.

Pío y Septiembre seguían con ojos desmesuradamente abiertos el paso de la extraordinaria pareja.

—Yo creo que se deshará de ella mediante la rotura de las vértebras cervicales —murmuró Septiembre.

—El señor Dublé es un ser excepcional y no dirá ni una palabra que pueda hacer sospechar al hombre irritado —declaró Pío.

De todos modos, Pío y Sept se mantuvieron dispuestos al salvamento de Clo. Pero no hubo necesidad.

Filimario conservó su admirable calma y mantuvo una digna reserva.

—Por siete dólares tendría que poder disponer de un conde francés más brillante —observó de pronto Clotilde.

Fil miró hacia la lámpara.

—No creo que la señora Thompson diga mentiras —insistió Clotilde—. "Tengo un conde francés a siete dólares por noche que vale lo menos quince: sabe contar historias divertidísimas y decir requiebros deliciosos."

Así ha dicho la señora Thompson, y yo la creo: es una buena amiga mía. ¿Por qué no me cuenta usted a mí también alguna historieta o me dice algún requiebro?

Fil sonrió a Ketty, que bailaba con Jorgito.

Era una débil escapatoria. Fil perdía terreno. He aquí lo que pasaba: hubiera estrangulado con gusto a esa tonta. Fil iba a perder la calma.

—No es usted complaciente —suspiró Clo—. No tiene ni en cuenta que soy conciudadana suya. Esto, además de otras cosas, es falta de patriotismo.

El baile había terminado. Fil se inclinó y ejecutó una media vuelta perfecta, pero Clotilde le entretuvo.

—¿Tendría acaso, el señor Dublé, acompañándome a la terraza, miedo de afligir el tierno corazón enamorado de alguna condesa rubia que transita por estas cercanías? —insinuó Clotilde, que ya se sentía vencedora en el difícil juego.

En cambio Filimario se sintió perdido; pero recordó la fiereza indómita de sus antepasados y resistió con los dientes apretados.

—Nada en el mundo podría hacerme rehusar el placer de permanecer solo con usted bajo las estrellas de América —contestó.

Era una magnífica noche de junio: noche de 1885, noche romántica sin gritos de claxon, sin anuncios luminosos que escriben en el cielo las virtudes del betún. Mil y mil luces, pero pequeñas, azuladas llamitas de gas. Música, pero de la vieja, nostálgica Europa. Harlem aún no había sido descubierto; los negros se acordaban todavía demasiado del látigo de los hombres blancos y se estaban callados en sus chozas, soñando con las camisas blancas, los fracs y la revancha. Era una magnífica noche de 1885: allá, lejos, el mar temblaba bajo las estrellas, y el grito profundo de la sirena de algún barco perdido parecía el gemido de un islote enamorado[1].

La terraza era grande, llena de flores y de dulce penumbra.

Filimario, curvado sobre el repecho, callaba, mirando el lejano mar.

Clotilde callaba, mirando el lejano mar y el cercano Filimario.

Y he aquí el viejo milagro se repite todas las noches; una mujer se olvida de todo y recuerda sólo que junto a ella está el hombre a quien ama.

Clotilde olvidó el juego sutil, olvidó que era la infernal Clotilde y se acordó de que estaba enamorada de Filimario.

Su voz era dulce y baja. Una niña que se confía.

—Señor Fil, ¿me perdona usted?

Filimario no se movió.

—Señor Dublé —susurró aún Clotilde—, el juego ha ido más allá de mis intenciones. Yo no quería embarcarle a usted en esta desagradable aventura. Señor Dublé: yo le quiero a usted y…

—Pero, ¿usted también? —dijo entonces Fil con voz cansada—. ¡Dios mío, qué espantosa monotonía! Desde la contrabandista a la

millonaria, estas mujeres son todas iguales…

Fil había vencido. Había archivencido. El breve encanto se había roto.

Clotilde se mordió los labios.

—¡Le odio! —exclamó entre dientes.

—Pero, ¿usted también? —preguntó Fil, fastidiado—. ¡Dios mío, qué terriblemente monótonas son estas mujeres!

Clotilde entró corriendo en el salón. Al verla pasar sola, Sept y Pío, que se habían apostado en las cercanías de la puerta de cristales, preparados para acudir al primer grito de Clo, se miraron estupefactos.

—Caramba, ha conseguido matarle, ella —balbució Sept.

—Demos gracias a Dios —suspiró Pío.

—Si esta extraña historia tenía que terminar con un cadáver, mejor que este cadáver sea el del señor Dublé que el de la señorita Clotilde.

Pero después llegó sonriendo el cadáver del dicho señor Dublé y el asunto se aclaró.

Cuando Fil hubo terminado su narración, Sept se sintió muy preocupado:

—Si cuando le amaba a usted le ha armado esa clase de lío, ¿qué será de nosotros ahora que le odia?

Jorgito había tenido el tiempo justo de despedirse de su condesa. Clotilde le había cogido del brazo y le había mandado, con tono que no admitía réplicas, que la acompañara al hotel.

—¡Jorgito! —gritó Clotilde cuando estuvieron en el coche—. ¡Me ha despreciado como si fuera la última mujer del universo! ¿Entiendes, Jorgito?

—Sí, entiendo —contestó Jorgito—. Pero, en el fondo, la broma que le has gastado no ha sido cosa bonita.

—¡La broma! ¿Qué tiene que ver la broma? —gritó Clotilde—. Le he dicho que le quería y él me ha contestado con su cara más dura: "¡Oh! ¿Usted también?"

—¿El señor Dublé contestó eso? —exclamó Jorgito—.

¿Justamente eso?

—Eso.

—Es verdaderamente un hombre excepcional —dijo admirado Jorgito—. Es una respuesta histórica.

Clotilde se declaró dispuesta a abofetear a Jorgito si Jorgito no dejaba inmediatamente de decir tonterías por el estilo. Y Jorgito calló.

Y Clotilde gritó:

—¡Tengo que matar a ese sinvergüenza!

—Yo creo que, en vez de matarle, tendrías que tratar de casarte con él —observó con cautela Jorgito—. Sería un castigo peor.

Clotilde creyó llegado el momento de abofetear a Jorgito, pero luego lo pensó. A lo mejor Jorgito tenía razón.

Por la noche durmió y pensó mucho. Quizá demasiado.

Capítulo 13

Pío pierde 15 dólares, Septiembre 25 y Filimario 500. Pero Clotilde pierde la paciencia y la calma a la segunda partida.

El día que siguió a los singulares sucesos ya contados resultó decididamente laborioso para nuestros caballeros.

Cuando hacia el mediodía el hombre de la agencia vio aparecer a Filimario, Pío y Septiembre, se abandonó a una tumultuosa manifestación de entusiasmo. La señora Thompson había quedado muy satisfecha del servicio y había pagado tarifa doble. En lo que se refería a Fil particularmente, la excelente señora había comunicado que estaba dispuesta a firmar un contrato por dos años, a cincuenta dólares por semana. —El único inconveniente es que la señora Thompson es de carácter impulsivo y muy capaz de casarse con usted —concluyó el hombre—. De todos modos, siempre sería un negocio.

Pero Filimario movió la cabeza y afirmó que ya no quería hacer de caballero. Prefería cambiar de sección. —En el fondo, tiene usted razón —admitió el hombre—. Cuando uno vale, no tiene que darse por satisfecho con la primera cosa que consiga; puede uno perder quinientas mejores. Pero aquí, el trabajo no le faltará a usted. Hoy, por ejemplo, debe de haber algo excelente. El hombre se informó si los tres caballeros tenían alguna dificultad en trabajar cada uno por su cuenta.

—Ninguna dificultad —dijo Fil.

—Muy bien —se felicitó el hombre—. Entonces podemos situar en seguida al señor Pis. Esta tarde, en el "Cooper Institute" hay un

mass meeting. Los conductores de autobús protestan porque quieren no sé qué: las empresas de los autobuses han pedido un contradictor. Habrá seis oradores, pero el que importa es Bettel: es el único que sabe hablar, pero es fácil desorientarle porque le gusta teorizar y coger las cosas desde muy lejos. No es difícil. Entonces Bettel se enfada, empieza a jurar y los "policemen" le detienen y hacen que el *meeting* quede interrumpido. ¿Le conviene?

—Es que… —balbució Pis preocupado. Pero el hombre no le dejó terminar.

—No hay peligro. En el "Cooper Institute" los *mass meetings* se hacen así: en el salón están las autoridades, las señoras y los caballeros. Los interesados están fuera, en la plaza. En esta ocasión, en el salón estarán los capitanes de la policía, las señoras de la sociedad protectora de animales y los dueños de las empresas; toda, gente que no pueden ver a los conductores de autobús. Los conductores estarán fuera, y pronunciarán grandes discursos.

—Está bien; si es así, acepto —dijo Pis tranquilizado.

—Si consigue usted hacer reír a la gente, son quince dólares —explicó el hombre—. Si en cambio le hacen callar a usted, son ocho dólares. Pero si le echan a usted fuera, son cuatro dólares. ¿Sabe usted leer?

—Sí —afirmó Pío.

El hombre le tendió un cuadernito.

—Aquí está todo lo que se refiere al asunto y están explicados los puntos sobre los cuales seguramente insistirá Bettel. Échele usted una ojeada y vea de lo que se trata. Hay un sillón reservado para usted. He aquí la invitación.

Pío cogió el libro y el hombre continuó:

—Bien. Además tengo un trabajo por 25 dólares en la sección divorcios. Se trata de dejarse sorprender por el marido en brazos de cierta señora.

—Acepto —dijo Septiembre—. 25 dólares son una suma bastante considerable.

El hombre rió.

—¡Ya lo creo! Pero yo no regalo el dinero; si le damos a usted 25 dólares es porque el trabajo no es muy sencillo.

—¿Por qué? ¿Es que la señora no quiere? —preguntó Sept.

—La señora sí que quiere; el que no quiere es el marido. Es un tío, y tiene unos puños…

Sept tenía una anchura de hombros de un metro y se echó a reír.

—He aquí la hoja con las instrucciones —dijo el hombre—. Allí, en aquel armario, están los guantes y el saco de arena. Puede usted llevárselos al hotel, un pequeño repaso de la lección no está nunca de más. La señora dice que hay que trabajarle las costillas. Si se le pega en la cabeza es como si se pegara a una pared.

Pío y Sept se marcharon.

—Nos veremos esta noche en el hotel —dijo Fil.

Una vez solos, el hombre se frotó las manos.

—Estoy contento de que sus compañeros hayan aceptado —afirmó—. Tengo aquí un trabajo que ni pintado para usted. Es un asunto de 500 dólares y se necesita mucho olfato. Si sale todo bien hay también una gratificación. En todo caso, gastos pagados. Fil asintió con la cabeza.

—Se trata de trabajar a un fulano y de convencerle que haga cierta cosa.

—Yo no hago trabajos de *loffer* —afirmó Fil rotundo.

—¡Pero qué *loffer* ni qué ocho cuartos! —gritó el hombre—. A los *loffers* no se les dan más que cinco dólares y ahora en cambio damos quinientos. Es un trabajo de caballero. Todas las garantías. Y además, usted no es un niño y se dará cuenta de lo que se trata mejor que yo. Antes de negarse, vaya usted al menos a ver. Preséntese usted esta tarde, a las siete, en el Hotel Imperial y pregunte por el señor Stik.

Peggy, la bella muchacha pelirroja, había entrado. Fil se inclinó.

—Claro que si en lugar de tener que ir a visitar al señor Stik se tratara de ir a visitar a esta maravillosa criatura —suspiró Fil—, iría con mucho más entusiasmo.

Peggy sonrió y el hombre, cogiendo el sombrero, lo lanzó contra la pared.

—Muy bien —empezó lloriqueando—. ¡Yo le encuentro a usted trabajo de millonario, le hago hacer carrera y usted trata de soplarme a Peggy!

Fil se echó a reír.

—Acuérdese usted de que soy un caballero —exclamó—, y de

que no cometo estas canalladas. Si digo que Peggy es la chica más bonita de Broadway, lo digo en completa buena fe, no para soplarle a usted a Peggy, sino porque realmente Peggy es una muchacha espléndida.

El hombre siguió gimiendo.

Para nuestros caballeros, aquel fue verdaderamente un día de trabajo.

Después de haber leído atentamente los apuntes referentes a los autobuses, Pío Pis se dirigió al *meeting* y ocupó su asiento. Hablaron, o más bien balbucieron algunos cocheros vestidos de fiesta; luego Bettel empezó a lanzar palabras de fuego sobre la organización de la sociedad moderna e hizo algunas desaforadas comparaciones de índole histórica.

Pío, de repente, pidió urbanamente la palabra e hizo una fácil objeción, tanteando el terreno.

Betel se puso colorado y contestó como pudo con visible trabajo. Pío no insistió, pero dio las gracias y volvió a sentarse.

Inmediatamente, el señor de su izquierda se inclinó hacia él.

—Cincuenta dólares si se marcha usted.

El señor de la derecha había oído y pasó al contraataque.

—Cien dólares si se quede usted e insiste.

—Ciento cincuenta —susurró el señor de la izquierda.

—Doscientos —replicó el señor de la derecha.

—¡Doscientos cincuenta!

—¡Trescientos!

—¡Trescientos cincuenta!

—¡Cuatrocientos!

Pío Pis, cogido entre dos fuegos, se había quedado estupefacto. Los dos antagonistas, con los rostros desencajados, hacían sus ofertas entre dientes. Pío volvía la cabeza de izquierda a derecha, a golpes, como las gallinas.

—¡Veintiséis mil trescientos cincuenta! —dijo al fin el señor de la izquierda.

—Veintisiete m… —empezó el señor de la derecha. Pero se interrumpió; un aplauso hacía retumbar los arcos del gran salón y

encontraba eco en la plaza. Bettel había terminado su discurso y estaba saludando.

El señor de la derecha soltó una gran carcajada, a la que hizo eco el señor de la izquierda.

Pío sudó frío; le habían vencido. Con la bromita de la subasta le habían inmovilizado, y ahora se reían de él.

Entonces se sintió como un león herido, y avanzando trabajosamente a través de la gente que se levantaba para salir, se plantó, con las piernas abiertas, frente a Bettel, que estaba recogiendo de la mesa las cuartillas con los apuntes. Le atacó con admirable elocuencia, le paralizó, le fulminó. Habló media hora seguida, mirando a Bettel fijamente a los ojos, demolió su tesis palabra por palabra, la pulverizó, la deshizo.

Al fin, Bettel le estrechó la mano con calor.

—Señor —exclamó Bettel—, sus argumentos son tan formidables que me ha convencido usted también a mí. Confieso que si hubiera usted dicho esto cuando estaba la gente, me habría usted destruido.

Pío se volvió.

El gran salón estaba vacío; desde hacía media hora la gente se había marchado a sus quehaceres.

—Quince dólares que se esfuman —suspiró Pío.

—¿Trabaja usted para una agencia? —Sí. ¿Y usted?

—Yo no. Yo trabajo por la gloria —contestó Bettel—. Es menos serio, pero se gana mucho más.

La aventura de Septiembre fue muy sencilla. Encontró a la señora en la avenida fijada de antemano, se presentó correctísimo y le ofreció el brazo. Hablaron de pesca, del servicio de los *elevated* y de las últimas atracciones de Barnum. De pronto salió de una mata un señor corpulento que gritaba, y la señora susurró a Sept.

—Trabájele usted las costillas. Si le pega en la cabeza, es como si pegara usted contra una pared.

Pero Sept tenía su sistema: pegó al señor corpulento en la cabeza y pegó de un modo tan admirable, que después de algunos minutos el señor corpulento se dirigía

corriendo en busca de un abogado para iniciar las prácticas del

divorcio, llevando sobre los hombros una cabeza florida de chichones, grandes como patatas.

—¿Está bien así? —preguntó Septiembre cuando el marido desapareció en el horizonte.

—Sí —suspiró la señora, y se le abandonó en los brazos murmurando—. Siempre he soñado con un hombre fuerte y valiente como usted…

Quince de Pis, más veinticinco de Sept: cuarenta dólares que se esfuman.

O para ser más exactos, diremos: quince de Pis, más veinticinco de Sept, más quinientos de Fil, quinientos cuarenta dólares esfumados.

A la hora convenida, Filimario se dirigió al Hotel Imperial y preguntó por el señor Stik.

El señor Stik recibió a Fil en un despacho apartado. El señor Stik debía de ser algo importante en el hotel. Era un hombrecito de pocas palabras. Consideró atentamente a Filimario, luego observó que era exactamente lo que deseaba.

—¿Tiene usted líos con la policía? —se informó—. ¿Puede usted circular libremente, pueden verle por ahí?

—Nada de líos, libre como el aire —le tranquilizó Fil, divertido.

—Bien. El trabajo es sencillo y complicado al mismo tiempo. Una persona tiene interés en que usted se haga amigo de un fulano. Este fulano se encuentra en una difícil situación financiera, y esto facilita el trabajo de usted, pero es hombre muy listo y hay que andarse con sumo cuidado. Le repito a usted que el asunto es limpio. Usted tiene que hacérsele simpático, hacérsele amigo, conquistar su confianza hasta llegar después a meterle en un enredo tal, que sólo la milagrosa intervención de cierta persona pueda salvarle. Tiene usted a su disposición todo el dinero que quiera. —¿Preparando un chantaje? —dijo Filimario.

El hombrecillo se molestó.

—No soy un empresario de maleantes. Yo soy Bill Stik y puede informarse de quién es Bill Stik. Estoy dispuesto a responder de todo lo que pueda sucederle a usted. Además, usted mismo lo verá.

¿Acepta usted?

—Acepto en principio —contestó Filimario—. En cuanto sepa exactamente de lo que se trata podré darle a usted una contestación concreta.

—Perfectamente. Le pondré a usted inmediatamente en relación con el interesado.

El señor Stik se alejó un momento; luego dijo:

—Suba usted al segundó piso. Habitación número 87, llame usted.

Fil subió a la habitación 87 y llamó. Fue introducido en una elegante salita y esperó algunos momentos.

Después se abrió una puerta y apareció Clotilde Troll.

Clotilde palideció, y luego se sonrojó violentamente. Fil se inclinó con mucha corrección.

—El señor Stik —dijo Fil— me ha dicho que le interesaría a usted que me hiciera amigo de cierta persona para hacerla caer en una trampa. He aceptado en principio, reservándome la decisión hasta conocer todos los detalles de la operación. Estoy a sus órdenes.

Clotilde se sentó. El señor Stik merecía que le abofetearan. "Fíese usted de mí", le había dicho el señor Stik, "encontraré al hombre que usted necesita". El señor Stik no podía ser más imbécil. El asunto era trágico y ridículo; ahora Clotilde tendría que explicarle a Filimario los detalles de la operación: "Mire, señor Filimario, se trata de hacerse amigo de un tal Filimario y hacerle caer en una trampa. No hay nada delictuoso en ello, señor Filimario, sólo desearía poderle decir a ese Filimario: "Ahora, señor Fil, o volver a decorar las cárceles americanas o pedirme humildemente, muy humildemente, que le perdone."

Clotilde habría matado con mucho gusto al señor Stik. ¡Tenía que ir a escoger justamente a Filimario!

—Estoy a sus órdenes —repitió Filimario, y al decir esto ponía una cara que parecía pedir bofetadas.

Clotilde se dio cuenta y sintió lágrimas de rabia quemarle los ojos.

¿Por qué aquel imbécil de Pis no la había avisado? Pero tenía que hacer algo.

—Lo siento, pero he cambiado de idea —y luego continuó con irritación mal contenida—: Además, la persona a la que tenía usted que trabajar es muy lista y usted no habría servido para el trabajo.

—Gracias por el cumplido —dijo Filimario inclinándose.

Después salió y Clotilde empezó a destruir los adornos de la salita.

Capítulo 14

Tres millonarios de alquiler. Piratas 1885. Un buen remojón de Clotilde. Otra vez la maldita isla de Bess.

Había que procurarse dinero y los tres simpáticos caballeros volvieron a la agencia.

El hombre farfulló:

—¡Buenos líos me habéis metido los tres! Stik me telefonea insultándome, los de los autobuses me telefonean insultándome. La compañía de tranvías, que trata siempre de crear dificultades a la compañía de autobuses, lo ha hecho jugar a usted como a un niño, señor Pis. La señora del divorcio dice que ahora, si no se casa con Sept, no acudirá nunca más a mí para sus divorcios futuros, y que anulará el último para que su marido me rompa la cabeza. Evidentemente el asunto ha sido organizado mal. Pero no importa: tengo trabajo estupendo para ustedes.

Peggy entró y sonrió a Fil.

—Se trata de dar una vueltecita hasta Cleveport —explicó el hombre— y de ponerse de acuerdo con el director de una sociedad seria. Hay dinero a ganar. Aquí tienen ustedes los billetes del tren y cincuenta dólares para pequeños gastos. Es un trabajo limpísimo.

Fil aceptó. Era precisamente lo que pedía: alejarse de Nueva York.

Los otros dos caballeros fueron inmediatamente de la misma opinión.

Salieron a la mañana siguiente, y el autor se niega a describir el viaje: transporta directamente a sus personajes a Cleveport y les

hace comparecer ante un importante señor.

—El trabajo que les encomendamos —explicó el importante señor— es sencillo y delicado a la vez. Mi sociedad abre mañana una casa de juego flotante. Un buque magnífico ha sido preparado para este fin con todas las comodidades y con toda riqueza. Claro que el asunto será presentado como un "Café y salón de baile flotante". Sólo en un momento determinado aparecerán las ruletas. La gente embarcará al atardecer y a unos veinte kilómetros el barco echará el ancla. Una isla de luz en medio del océano. Música, baile, whisky, cenas bajo la luna y ruleta, baccarat, y chemin-de-fer hasta el amanecer. ¡Una cosa estupenda!

En el 1883, desde hacía sólo dos años, la *common law* había sido abolida y había entrado en vigor, en el Estado de Nueva York, el nuevo código. Y el nuevo código, además de prohibir en domingo el trabajo, la venta, la compra, el ejercicio de tiro al blanco, la caza y la pesca, las carreras de caballos y los espectáculos teatrales o juegos, prohibía todos los días de la semana los juegos de azar. Al que encontraban jugando, tenía que pagar el cuádruple de la cantidad que había ganado o perdido durante el día.

Además el dueño de la tienda era multado con mil dólares y debía permanecer en la cárcel por dos años[1].

Así se explica el que haya podido concebirse una casa de juego flotante y que esta casa estuviese destinada a alcanzar un éxito notable.

A Filimario le gustó la idea, mas luego confesó que no sabía qué tenían que ver con ello los tres caballeros.

El hombre rió.

—La gente siempre desconfía de las innovaciones y nadie quiere ser el primero en sacar el dinero. Ustedes serán los primeros. Les entregaremos a ustedes cada noche varios miles de dólares y ustedes harán de millonarios. Jugarán ustedes sin economía, perderán y ganarán con indiferencia para que el juego brille. Encargados especiales nuestros les vigilarán a ustedes con cuidado para evitar, al rendir cuentas, desagradables sorpresas. Diez dólares por noche y persona, además de la comida, habitación, etc. Prohibido jugar por su cuenta.

Los tres caballeros aceptaron, y su debut en la casa de juego

flotante fue soberbio. Jugaron con extrema indiferencia, perdieron riendo sumas enormes, las volvieron a ganar con aire aburrido.

Al alba, cuando la casa de juego tocó la costa de Cleveport, el director del negocio felicitó a Fil, Pío y Sept y les pagó el doble de lo estipulado.

La segunda noche, la casa de juego flotante cargó mucha gente, la tercera más aún, y la cuarta noche había tanta gente que se hubieron de improvisar bares colgantes en los botes salvavidas.

Al entrar aquella noche en el salón de la ruleta, Filimario Dublé quedó admirado, lo que es mucho decir. Parecía que las bellas, las más ricas mujeres de América se hubieran citado a bordo del barco. En la caja sudaban de tanto cambiar dólares en fichas. Fil jugó como un millonario. Perdió, ganó, se aburrió con distinción insuperable. Hacia medianoche, después de cambiar por un cheque de 100 000 dólares unos puñados de fichas, se acercó a la ruleta y tiró el papel sobre el número. Al instante reinó un silencio de miedo.

—No podemos —balbució el *croupier*—. Si ganara usted, tendríamos que darle tres millones seiscientos mil dólares. Lo máximo que pagamos son trescientos sesenta mil dólares.

Fil esbozó una sonrisita de desprecio. Se acercó al director.

—¡Aceptado! —dijo el director en alta voz. Y en el salón no se oyó ni a una mosca.

La bolita empezó a dar vueltas, luego se paró en el 12.

Filimario había apostado al 25.

Centenares de ojos se fijaron en Filimario.

—Diga usted que me lleven a esa mesita de ahí afuera un bocadillo de caviar y un doble de cerveza —dijo con indiferencia Filimario a un camarero que le miraba con la boca abierta. Y se movió lentamente.

Por poco no estalló una salva de aplausos.

—Ha estado usted maravilloso, señor Dublé —susurró una vocecita a espaldas de Fil—. Tiene usted una indiferencia admirable cuando pierde dinero ajeno.

Después, Clotilde se sentó frente a él. Fil no pestañeó.

—Hace usted progresos magníficos, señor Dublé —continuó Clotilde—. Por un trabajo como éste seguramente le dan a usted

más que los siete dólares de la señora Thompson.

Filimario se levantó y fue a tomar el fresco al extremo de proa.

Clotilde le siguió en silencio.

—Ha escogido usted un lugar magnífico para pedirme tranquilamente perdón por su mal comportamiento en la terraza de los Thompson —susurró Clotilde pérfidamente—. Sentiría mucho el tener que contar a todos esos simpáticos señores del salón el trabajo que hace usted aquí. Y sentiría aún más verle a usted lanzado al mar por esos bravos americanos indignados.

Era un chantaje vergonzoso, pero Filimario no se descompuso.

—¿Usted asegura que en casa de la señora Thompson me porté mal con usted? —preguntó Fil estupefacto—.

Es extraño; me atrevería a decir increíble. Pero, ¿no se equivocará usted? Creo que hay otros Dublé en América. Los descendientes del hermano de mi bisabuelo…

—No, no —le interrumpió Clotilde con vivacidad—, no me equivoco; en todo el mundo no hay otro Dublé como usted.

Luego, temiendo ser mal comprendida, admitió rápidamente:

—Por suerte.

—Es extraño —suspiró Fil, volviéndose de espaldas al mar y mirando las luces del salón.

—Es, verdaderamente, un caso singular —dijo otra vez Fil, pero con otra entonación de voz. Luego, cogiendo rápidamente a Clotilde por la cintura, la tiró al mar.

Es conveniente, en este punto, dar un paso hacia adelante y reproducir textualmente la noticia que apareció en todos los periódicos de América el día que siguió a la inmersión de Clo.

"Ya desde hacía algunas noches, una gran muchedumbre de propietarios e industriales de Nueva York y alrededores se citaban en el nuevo y original "café concierto flotante", montado por una sociedad de Cleveport en un gran barco de vapor.

"Anoche también el gran centro flotante de recreo, el "Oasis del Océano", levó anclas de Cleveport con una gran muchedumbre a bordo; mas llegado que hubo hacia la medianoche, a unas ochenta millas de la costa, en lo más lucido de la fiesta, los camareros,

directores, empleados del bar y marineros de la tripulación, sacaron sus revólveres y obligaron a los presentes a que les entregaran el dinero y alhajas que consigo llevaban. Luego los infelices fueron encerrados en la bodega, mientras los diabólicos piratas, cargados de botín, huían a bordo de tres chalupas a vapor remolcadas por el buque.

"Parece ser que el "Oasis del Océano" era, en realidad, una casa de juego. Puede por esto presumirse que las sumas, que llevaban los atacados eran de gran importancia."

He aquí explicado el inesperado gesto de Filimario. Filimario no había perdido la calma, como podría creerse.

Efectivamente, el deseo de lanzar al agua a la infernal Clotilde debía de ser fortísimo en él, pero si Clotilde había ido a parar al mar, era porque Fil, al mirar hacia las vidrieras, había visto sacar las pistolas a los falsos *croupiers* y a los falsos *barmen* y apuntarlas contra los infortunados jugadores.

Al chapuzón de Clotilde siguió inmediatamente el chapuzón de Filimario.

Clotilde se agitaba desesperadamente en el agua tratando de liberarse de su largo traje de noche; Fil la agarró por los cabellos y nadó hacia la popa. Cuatro grandes chalupas a vapor se mecían sobre las ondas con las calderas a presión, atadas a la popa del buque. Fil subió a una, metió en ella desgarbadamente a Clo, soltó la amarra y asió el timón y el bote salió disparado a gran velocidad.

La luna había desaparecido tras un grupo de nubes negras y navegaron en silencio durante mucho rato.

Clotilde no abrió la boca; ella también había visto lo que sucedía en el salón. No hacía falta pedir explicaciones. Pero llegó un momento en el que Clotilde ya no pudo callar.

—Gracias por haberme salvado de los bandidos —dijo con manifiesta ironía.

Fil no contestó, pero con una rápida vuelta de la rueda del timón, puso el bote en dirección a la popa del buque ya lejano.

—¡No, señor Dublé, no! —gritó Clo alarmada—. ¡Lo he dicho en broma!

Fil invirtió de nuevo su ruta.

Navegaron a ciegas y en silencio hasta que el bote fue a chocar contra algo extraordinariamente duro.

Era ya inútil tratar de navegar: había que andar. Clo, temblando de frío, siguió a Filimario en silencio.

Después de haber pasado una escollera, los dos náufragos se encontraron en una llanura.

En aquel momento salía el sol.

—¡Maldición! —exclamó Fil—: ¡Esta es la maldita isla de Bess!

—Es usted mi huésped —rió Clotilde, que al volver a tierra firme había encontrado de nuevo el habla—. Es muy simpático el hecho de que me haya usted salvado de los piratas y traído a mi casa.

Capítulo 15

Segundo asedio en la isla de Bess. Nueva victoria de Filimario. Pensamientos de Clo y de Fil en la noche de luna.

Ya estaban llegando frente a la casa. El sol estaba saliendo.

Pudieron abrir una ventana. En la habitación se percibía aún perfume de jazmines, pero Clo no hizo observaciones sutiles referentes a condesas "rubias".

Fil y Clo tenían la ropa empapada y su primera preocupación fue la de hallar vestidos secos.

Cuando Filimario volvió al piso bajo, vestido lo mejor que pudo con un traje del señor Troll, encontró a Clotilde en plena posesión de toda su dignidad, de toda su elegancia y, sobre todo, de toda su cara dura.

Filimario fue a sentarse en un sillón que había en un rincón, teniendo cuidado de dar la espalda a Clo y la cara a la pared.

—Tiene usted una espalda magnífica, señor Dublé —dijo Clotilde—. Pocas veces he visto espaldas mejores. Filimario no contestó, pero Clotilde continuó hablando de su espalda.

—He visto ponerse el sol tras el Monte Rosa —llegó a decir Clo —, pero debo confesar que el espectáculo de su espalda es mucho más sugestivo.

De pronto Filimario se levantó y se plantó con las piernas separadas frente a la muchacha.

—Señorita Clotilde —dijo Filimario—, hasta hace algún tiempo he tenido la suerte y el buen gusto de no darme cuenta de su existencia. Usted ha entrado en mi vida con métodos de pirata y me

ha metido por fuerza en una aventura detestable. Desde hace algún tiempo trata usted, por todos los medios, de hacerme difícil la vida. ¿Tendría usted la bondad de explicarme de una vez el porqué de todo esto?

—Creí haber aludido a ello en la terraza de la señora Thompson —contestó Clo.

Después se arrepintió de haberlo dicho. ¡Gran Dios, ahora ya no estaba en la terraza de los Thompson! Ahora estaba en una isla microscópica, perdida en el océano. Estaba sola con Filimario; sola con un hombre. Por primera vez en su vida, Clotilde tuvo una vaga impresión de miedo. Miró preocupada a Fil, y creyó ver una extraña sonrisa en sus labios.

—Hablaremos de ello con más calma, señor Dublé —exclamó con la mayor desenvoltura posible—. Ahora desearía descansar.

Clotilde fue a encerrarse en su habitación, atrancó la puerta para mayor seguridad, y luego, hacia el medio día, volvió al piso bajo. Estaba muy tranquila y sonreía.

—¿Tiene usted intención de honrarme aún por mucho tiempo con su presencia, señor Dublé? —preguntó Clotilde.

Filimario quedó estupefacto.

—Verdaderamente, yo me iría con gusto ahora mismo —explicó Fil—. Lo malo es que, por el momento, no veo cómo poder hacerlo. No creo que exista un servicio regular entre Nueva York y la isla de Bess.

—Ya— admitió Clo—. Es una lástima. Pero, de todos modos, ¿por qué no sale usted a dar una vuelta y se llega a la escollera para darse cuenta del estado de la lancha?

Filimario fue a ver la barca. El pedazo mayor era como un plato frutero, y aun poniendo en la empresa la mejor voluntad, lo más que se hubiera podido sacar de ella habría sido una silla; pero ¿qué utilidad podía tener una silla en aquellos momentos? Filimario volvió a la casa y quedó perplejo.

La puerta y las ventanas estaban cuidadosamente cerradas; nuestro caballero llamó a la puerta y luego trató de empujar las hojas.

—Es inútil —dijo una voz desde arriba. Clotilde le miraba irónicamente desde la rendija de una ventana del primer piso—. Es

inútil que insista usted, señor Dublé; todo está cerrado y grandes barricadas de muebles impiden que pueda usted forzar las puertas o ventanas.

—¿Qué se propone usted? —preguntó Fil.

—Pues que yo recibo en mi casa a quien quiero. La ley está conmigo. No pudiendo alejarle a usted de la isla, le alejo de mi casa. Y ahora me perdonará usted, señor Dublé, pero tengo que pensar en mi almuerzo. He encontrado la bodega llena de bocados exquisitos y tengo un hambre del demonio.

Y así empezó el asedio más extraño de la historia. El más extraño porque el asediado, en vez de estar en la fortaleza, estaba fuera, bajo las estrellas.

Fil tenía un hambre de lobos; de cuando en cuando Clo se asomaba a la ventana.

—No tiene usted idea de lo buena que es una galleta con caviar y jamón en lata —le comunicaba Clo. O—: Aun hay gente en el mundo que desconoce las virtudes de las perdices en conserva. ¡Si probara usted éstas! Era el segundo bloqueo económico que Fil sostenía en Bess. Había superado brillantemente al primero; pero entonces se trataba de una contrabandista y de unos veinte forajidos fuera de la ley: ahora en cambio se trataba de Clotilde.

Hacia el anochecer, Clotilde se asomó y dictó las condiciones de la rendición.

—El cielo se está nublando mucho —explicó—. Esta noche va a haber un huracán que hará bailar las rocas. ¡Pobre infeliz que tenga que estar a merced de la tormenta! Si quiere usted disfrutar de un refugio cómodo y seguro, mantas calientes, comida abundante, no le queda más solución que pedirme humildemente, muy humildemente, perdón por su pésimo comportamiento en la terraza de los Thompson.

Filimario se sentó en el suelo y contó un episodio significativo de la gloriosa historia de los Dublé: "Mi trisabuelo paterno —dijo Fil— fue hecho prisionero, en 1771, por el duque de Breville y encerrado en un calabozo. Le darían de comer sólo si se conformaba en hacer una determinada cosa.

"Después de doce días, impresionado el duque ante la resistencia de mi trisabuelo, que no cedía, a pesar de estar sin comer, fue

personalmente a la celda y le preguntó irónicamente:

"—¿Puedo servirle en algo, señor Dublé?

"—Sí —contestó mi trisabuelo—. Tenga usted la bondad de ordenar que me traigan un buen purgante. Me siento algo cargado el estómago."

—Esto le dará a usted una idea de lo que piensan los Dublé en cuanto a chantajes e imposiciones— terminó Filimario.

—Pues buenas noches— dijo Clo cerrando la ventana. Después, cuando estuvo bajo las mantas suspiró tranquilizada: "Gracias a Dios que no ha cedido…"

No llovió, pero cuando Fil se despertó a la mañana siguiente, estaba entumecido. El sol salía cuando Clo se asomó.

—Bonito día, ¿verdad, señor Dublé? —preguntó Clotilde.

—Espléndido, señorita Troll.

—¿Ha descansado usted bien?

—Magníficamente. Lo importante es tener la conciencia tranquila.

Clotilde le habló del desayuno y de las propiedades nutritivas de los bizcochos. Después, a mediodía, le habló de la exquisitez de un plato preparado con atún y vinagre. Por la noche, nueva descripción gastronómica y nueva invitación a la capitulación. Filimario no podía más, pero aun encontró fuerzas para explicar otro episodio relacionado con las excepcionales dotes de resistencia de los Dublé.

Ahora Clotilde ya no pretendía solamente humildes excusas, sino que exigía, además, de Filimario una larga declaración de amor en verso, con firma y fecha. Quería divertirse un poco con los amigos de Nevaslippe. Filimario se negó con desdén y Clo suspiró aliviada por segunda vez.

Después de otra noche bajo las estrellas, Fil se despertó con la cabeza hecha un lío. Hacía cincuenta y seis horas que no comía.

"No puedo comprender cómo diablos se las arregló un trisabuelo para resistir doce días sin tocar alimento —se decía Fil—. Después de cincuenta y seis horas de ayuno yo ya reviento."

Reventaba tanto que, aunque le maldijeran los antepasados, aquella mañana Fil iba a ceder.

Filimario iba a ceder por hambre. ¡Estaba dispuesto hasta a escribir doce declaraciones de amor en verso, pero quería comer!

Filimario esperó con impaciencia que se abriera la ventana de siempre.

Pero en cambio se abrió la puerta y apareció Clotilde. Estaba muy pálida y se veía que había llorado.

Filimario la miró estupefacto. ¿Era posible? ¿Entonces, había ganado él? ¿Otra vez él?

—Tengo hambre, señor Dublé —gritó Clo—. Hace cincuenta y seis horas que no toco alimento. ¡No he podido encontrar nada!

—¿Y las descripciones de sus suculentas comilonas?

Clo se encogió de hombros sin contestar. Filimario abrió los brazos.

—¿Qué quiere usted que haga? —observó—. ¿Es que no hace también cincuenta y seis horas que no cómo?

—¡Pero usted está entrenado! —gritó Clotilde—. ¡Usted tiene trisabuelos que después de doce días de ayuno pedían un purgante! ¡Pero yo no! Los Troll, después de dos días de ayuno se mueren de hambre.

—¿Y si yo, cediendo a sus lisonjas, hubiera aceptado sus condiciones?

—¿Yo? Pues habría tenido hambre igual, pero con mayor satisfacción —explicó Clotilde.

Filimario no suprimió a Clotilde. Filimario apretó los dientes y entró en la casa.

Buscó inútilmente por todos los rincones; después se acordó de las noches transcurridas en la cocina, prisionero de los contrabandistas.

Entonces Septiembre había rellenado un sofá de alimentos. Fil levantó los cojines del gran diván y encontró, entre los muebles, muchas latas y botellas.

Clotilde gemía abandonada en el suelo, fuera de la casa. Fil cerró la puerta, la atrancó, abrió algunas latas, destapó una botella y fue a asomarse a una ventana del primer piso.

—Hay aún mucha gente en el mundo que desconoce las grandes propiedades nutritivas de la carne condensada y de las perdices en lata —exclamó Filimario empezando a comer a dos carrillos.

Clotilde se puso de pie de un salto y le miró como alucinada. Después se lanzó contra la puerta.

—Es inútil que se canse —avisó Fil—. Está atrancada. Si probara usted estas galletas con caviar cambiaría usted de opinión sobre las galletas con caviar —siguió. Clotilde le miró desesperada, retorciéndose las manos.

—¡Le denunciaré a usted por hurto y por violación de domicilio! —gritó Clotilde.

—Buena idea—admitió Filimario hundiendo los dientes en un gran melocotón en dulce—. La Comisaría debe de estar ahí en la esquina.

Clotilde se echó al suelo y empezó a llorar en silencio, pero lloraba más por rabia que por hambre.

Por la tarde, después de una opípara comida en el balcón, Filimario dictó las condiciones de la rendición.

—Si no quiere usted permanecer eternamente atormentada por el hambre, tendida en la arena de esta solitaria isla, tiene que escribir y firmar lo que voy a dictarle.

—Acepto —dijo Clotilde sin volverse—. Es un chantaje innoble, pero acepto.

Fil le bajó, por medio de una cuerda, todo lo necesario para escribir, y cuando Clo estuvo preparada, dictó:

"Al capitán del "Delfín":

"Le ordeno que reciba a bordo a los señores Filimario Dublé, Pío Pis y Septiembre Nort a cualquier hora y en cualquier ocasión y que les lleve a donde ellos quieran. —*Clotilde Troll.*"

Una vez en posesión de la carta, Filimario dejó entrar a Clotilde, y Clotilde comió. Comió con arrogancia y no como una hambrienta cualquiera. Con gran estilo. Casi diría que comió con orgullo.

Finalmente, Filimario se acercó.

—Un Dublé —dijo solamente— no necesita de la ayuda de nadie para volver a su casa —y sacando del bolsillo la carta de Clotilde la rompió en mil pedazos. Clotilde sonrió.

—El día en que usted me escriba pidiéndome humildemente perdón por todo, yo no romperé su carta. ¡Me hará tanta pena el ver a un Dublé enamorado!

Así habló Clo, y Filimario la miró.

—¡Gran Dios! —suspiró abriendo los brazos—. ¿Por qué una muchacha tan bonita tiene que ser tan idiota?

—Aprecio mucho su estimación por mis dotes físicas —dijo Clotilde corriendo a esconderse en su habitación.

La noche había caído sobre la solitaria isla de Bess. A decir verdad, también sobre lo restante, y como la luna había surgido del mar, el conjunto era romántico.

Por eso Clotilde, asomada a la ventana de su habitación, se sintió profundamente triste. A los seis años, Clo se subió al tejado y quiso que Josephine, la vaca más grande de la hacienda, durmiera con ella en su cama. Por eso Clotilde no estaba en condiciones de darse cuenta de que había cometido una enorme cantidad de tonterías.

Clotilde miró suspirando a la luna que se reflejaba en el mar infinito, y se sintió profundamente triste sólo porque no conseguía entender una cosa.

"Cuando estoy frente a Filimario Dublé —pensaba Clo— le amo y le odio al mismo tiempo. En cambio, cuando estoy lejos de él no consigo más que quererle. ¿Por qué me pasa esto?"

Al mismo tiempo, Filimario, asomado a la ventana de su habitación, volvía la inteligencia hacia otros no menos graves pensamientos.

"Estoy metido en un lío serio —pensaba Fil—. Si esta detestable muchacha se ha enamorado verdaderamente de mí y no bromea, como creí al principio, la hemos armado. Yo puedo luchar contra toda América, pero no puedo luchar contra una millonaria enamorada. Esta detestable muchacha estudiará todos los diabólicos planes posibles con tal de ponerme en condiciones de tener que escoger entre la ruina y la rendición a discreción."

La situación era trágica: o beber el aceite para heredar los seiscientos millones y tener la posibilidad de no preocuparse de las insidias de Clotilde, o quedar expuesto al terrible peligro de tener que casarse con Clotilde, la infernal Clotilde.

Todo es perfectamente lógico en esta extraña historia. Estamos en el 1885, y en 1885 las chicas honradas que se enamoraban de un

hombre no sospechaban siquiera que pudiera haber una solución diferente a la del matrimonio.

Ahora las cosas han cambiado, y hasta las muchachas honradas son sospechosas: pero entonces esa era la moda, y así pensaba Filimario animado por una lógica admirable.

Si Clotilde estaba enamorada de él, armaba todo aquel lío exclusivamente para casarse con él.

Pero en un punto determinado la lógica dejaba de animar el razonamiento de Filimario. Casarse con Clotilde con el objeto de no estar obligado (para conseguir la defensa contra las infernales maquinaciones de Clotilde) a faltar al juramento contra el odiado aceite, no era la única solución.

Ya que para salvarse del peligro de Clotilde bastaba con tener mucho dinero, ¿no podía el señor Filimario resolver de otra manera el asunto casándose con otra

mujer? ¿Una de las admirables multimillonarias, por ejemplo, que le miraban tan lánguidamente en casa de los Thompson?

En cuanto quisiera, el señor Filimario podía casarse con una cualquiera de las deliciosas millonarias que había visto en casa de los Thompson, hasta con las ya casadas. Porque hay que tener presente que el señor Filimario Dublé era tal hombre que, al verle, las señoras americanas que todavía eran contrarias al divorcio estaban dispuestas a pasarse con armas e impedimenta al campo enemigo, gritando:

"¡Estábamos ciegas! ¡Ahora finalmente entendemos la necesidad de este acto legal!"

En cambio, el señor Filimario Dublé olvidaba siempre que podía casarse con otra mujer que no fuera Clotilde. ¡Grave olvido, señor Dublé! Y, podemos decirlo, extraño olvido.

Fil consideró largo rato la situación; mientras miraba el mar que se estremecía bajo la luna, exclamó:

—No. ¡Mil veces mejor perjuro que marido de esa estúpida muchacha!

Pero había que hacer las cosas con tacto, sin precipitar los acontecimientos.

Filimario se acostó con el plan estudiado, mientras Clotilde apagaba la luz y se arrebujaba diciendo: "¡Me casaré con él: aunque le tenga que obligar con una pistola a ese sinvergüenza!"

Capítulo 16

Clotilde pasa al contraataque. Septiembre no duerme. La pierna de Pío Pis. Filimario pide ayuda. La intervención de Peggy.

El autor se niega a contar la manera cómo, al día siguiente, Clotilde y Filimario se encontraban otra vez en Nueva York.

La historia de un buque que pasa junto a un islote y nota las señales de dos náufragos es muy trivial. Entramos por eso en contacto con nuestros personajes sólo en el momento en que éstos desembarcan de nuevo en el puerto de Nueva York.

Filimario y Clotilde fueron llevados a la oficina de la policía del puerto donde un comisario les interrogó. ¿Cómo habían llegado a la isla de Bess?

Clotilde empezó su historia:

—Me encontraba en un café flotante a ochenta millas de la costa cuando de repente los camareros sacaron sus pistolas. Estaba en el puente y me lancé al agua. Había una canoa a vapor que había sido remolcada y yo…

El inspector la interrumpió con un grito de triunfo.

—¡Ah, entonces es usted la señorita Troll! Creíamos que los maleantes se la habían llevado consigo para hacer un chantaje y desde hace algunos días la policía de todos los Estados anda en movimiento. ¡Gracias a Dios!

Luego, después de haber lanzado órdenes a diestro y siniestro, el inspector preguntó indicando a Filimario:

—Y el señor, ¿quién es?

—No tengo la menor idea —contestó Clotilde con su admirable

cara dura—. Al llegar a la isla de Bess a bordo del bote le encontré semidesnudo en la playa. Le di un traje de mi padre, y no sé más de él.

Filimario empezó a sudar frío. No poseía ningún documento, tenía una cuenta pendiente con la policía: ¿cómo podía esperar que le creyeran? Clotilde llevaba, por segunda vez, el ataque. Fil hizo rechinar los dientes e inventó la patética historia de un naufragio.

—No lo veo claro —dijo el comisario—. Tendremos que retenerle a usted el tiempo necesario para hacer averiguaciones.

Antes de que dos agentes se lo llevasen a un lugar seguro, Fil tuvo tiempo para inclinarse y murmurar algo a Clo.

—Le doy las gracias por haberme conseguido por segunda vez una cómoda habitación en la cárcel —dijo Fil—. Tenía que haberla dejado en el agua, aquella noche.

—Sin contar con que fue usted el que me tiró al agua —contestó Clo sonriendo—, tiene que estarme agradecido. Si hubiese dicho la verdad, habría salido a relucir el que usted era cómplice de los piratas. De todos modos vendré a visitarle a usted, señor Dublé. ¿Reserva usted días fijos para las visitas, o le es a usted indiferente? Filimario se alejó escoltado por dos agentes, *y* Clotilde le miró satisfecha.

"Ahora, al menos, sé dónde está —se dijo contenta—. Además, así no corre peligro."

Cuando Filimario oyó correr los cerrojos de su segunda prisión sintió una enorme tristeza. Más que otra cosa sintió un profundo remordimiento: había tenido que dejar ahogar a Clotilde.

Pero ya era demasiado tarde. ¿Quién podía ayudarle ahora? Estaba completamente a la merced de Clotilde; si Pío y Sept circulaban todavía por América, ¿cómo podían dar con él?

Pero Filimario no sabía que la prensa americana trabajaba para él.

Fil pasó una noche verdaderamente desagradable, pero por la mañana le esperaba una agradable sorpresa. Le dijeron que un caballero deseaba verle y le llevaron al salón para que se entrevistara con el visitante. El que quería verle era el propio Septiembre.

Estaba muy emocionado. Contó su historia y le dijo que desde la

noche anterior todos los periódicos hablaban muchísimo de la millonaria Clo, que había sido hallada, de su aventura y de la detención de un náufrago muy, pero muy sospechoso que decía llamarse Filimario Dublé. No había sido difícil encontrar a Filimario. Hasta Clo había observado, muy sabiamente, desde luego, que era muy fácil encontrar a un hombre cuando se sabe que está en la cárcel.

Sept preguntó qué tenía que hacer.

—Señor Dublé —balbució Sept conmovido—. Si quiere, puedo hacer que me detengan a mí también y venir a hacerle compañía.

—Le estoy muy agradecido, pero no hace falta —explicó Fil—. En cambio le ruego a usted que escriba al notario Dik rogándole que venga aquí trayéndole el vaso y dos testigos. Viajará a expensas mías, claro está. Hágalo usted rápidamente, pues es una cosa urgente.

La cara de Sept se iluminó.

—Así, ¿ha decidido usted obedecer a su difunta madre? —preguntó.

—Con todo el respeto que debo a mi madre —contestó Fil—, no está escrito aún que su hijo doble la cerviz ante su imposición. Esta decisión mía es, más que nada, una precaución. Más adelante, ya veremos.

Antes de que Sept se fuera, Fil le pidió noticias de Pis y Septiembre enrojeció y bajó la cabeza.

Filimario se agarró a la reja de hierro que le separaba del compañero.

—¿Qué ha pasado? —exclamó Fil preocupado.

Septiembre recogió un gran paquete que había dejado en un rincón y levantó una parte del papel.

Era la pierna de madera de Pío Pis.

—Y el resto, ¿dónde está? —gritó Fil.

—En el hotel —confesó Septiembre—. He descubierto a Pis mientras escribía una tarjeta a la señorita Troll.

Ha confesado…

Fil le miró severamente…

—No, señor Fil —confesó Septiembre—. ¡Le aseguro a usted que le he pegado muy poco, como a un hermano! Pío es un enviado de

la señorita Troll; fue él quien la avisó cuando fuimos a casa de los Thompson y cuando luego estuvimos en el barco-casa de juego. Le tengo junto a mí y le vigilo; cuando salgo solo, me llevo la pierna de palo y así no puede moverse de la cama.

Fil se echó a reír, y estrechó emocionado la fuerte mano de Sept.

—¡Gracias, amigo!

Fil volvió a su celda a pensar.

Al día siguiente fue a verle otra visita, y se encontró frente a Clotilde.

—Perdóneme que no haya esperado su invitación —explicó sonriendo Clo—, pero deseaba ardientemente saber por usted mismo cómo se encuentra usted en su nueva casa.

—Espléndidamente —la tranquilizó Fil—. Me siento mucho más seguro ahora que estoy separado de usted por las paredes de una cárcel.

Aquella mañana, Clo estaba particularmente bonita y desenvuelta. Le pidió amablemente noticias del panorama que se veía desde su habitación, quiso saber si se iba a quedar mucho tiempo y si tenía intenciones de cambiar los muebles.

Pero Fil no se dejaba engañar; esperaba una mala pasada.

Y ésta llegó:

—Tengo que advertirle a usted honradamente —suspiró de pronto Clo— que las cosas no se ponen bien para usted. Parece que ha salido a relucir la relación de usted con los contrabandistas, parece que el barco que ha indicado usted como naufragado llegó ayer a puerto sin averías, etcétera. Le aconsejo que busque el auxilio de un buen abogado, señor Dublé; aquí los buenos abogados cuestan sumas fabulosas, señor Dublé, pero en estos casos no debe uno preocuparse por los gastos.

Filimario asintió gravemente con la cabeza.

—Yo —siguió Clotilde— tengo justamente el abogado que usted necesita. Le aconsejo a usted que le encargue el asunto. Es el abogado Smitson, una celebridad que en tres días lo arreglará todo. Yo misma me encargaré de interesarle en ello, si usted quiere. —Se lo agradezco a usted, señorita Troll —contestó Fil.

—Perfectamente —siguió Clo—. No tiene usted más que firmar un cheque de tres mil dólares. El abogado Smitson ni tan sólo se mueve de su mesa si no tiene una garantía segura en la mano. Son unos desconfiados, estos abogados americanos, pero ¿qué quiere usted?

Filimario paró el golpe decorosamente.

—Lo siento, pero por el momento no estoy en situación

de firmar el cheque de que usted habla. Hará falta algún tiempo para que me abran una cuenta corriente. Las operaciones bancarias son muy lentas, usted lo sabe.

—¡Qué lástima! —dijo Clo—. Dentro de una semana la cosa se pondrá fea y el asunto será más serio y más largo. Yo le ayudaría a usted de todo corazón, pero usted se da cuenta, ¿verdad, señor Dublé? ¿Qué pensaría la gente si viese que yo me intereso por usted? La prensa amarilla es terrible aquí en América, y sabe toda la vida del gran mundo. El hecho de que hayamos estado solos durante algunos días ya ha dado lugar a habladurías y me he salvado sólo porque al llegar a Bess he tenido el sentido común de decir que no le conocía a usted. Pero si ahora demuestro que me intereso por su persona, ¿quién podrá salvarme? Por otra parte, siempre es sospechoso el hecho de que una mujer que se interesa por un hombre que no es su marido… Claro, si se tratara de mi marido, sería muy diferente…

—Ya —observó Fil suspirando—, lo malo es precisamente que no soy su marido. De todos modos, lo peor que pueden hacerme es condenarme a la horca.

—¿Y le parece a usted poco, señor Dublé?

—¡Oh! Desde luego, es molesto, pero siempre es mejor que casarse con usted.

—Bien, la quito a usted la molestia —terminó Clotilde sonriendo —. Me permitiré ir a visitarle a usted dentro de un par de meses.

El autor, en su romántica y despreocupada juventud, ha pasado algunos años en cárceles nacionales y extranjeras por pequeños hurtos de animales domésticos de corral (¡todos hemos sido jóvenes!) y puede asegurar que en la cárcel los días son de 144 horas. El tiempo se entretiene perezosamente en los pasillos sin luz de las prisiones, bosteza frente a todas las ventanillas, se para a

mirar los miles y miles de garabatos trazados en las paredes por los viejos huéspedes de la institución, y la noche no llega nunca.

Por eso podéis creerle si el autor afirma que Filimario Dublé se aburrió terriblemente en los veinte días que siguieron a los sucesos que acaba de narrar.

Finalmente, Filimario, al ser llamado al locutorio, se encontró, además de Sept, al notario Dik y a los dos testigos.

El notario saludó fríamente a Fil; el notario era una persona muy respetuosa de las conveniencias y no admitía que sus clientes fuesen huéspedes de cárceles, aunque fueran extranjeras.

El notario llevaba una maletita: la puso encima de la mesa, la abrió, sacó con mucho cuidado una especie de caja de metal y de la caja sacó el vaso de aceite.

—Aquí tiene usted, señor Dublé —dijo el notario—, y espero que le vaya bien para el cuerpo y para el alma.

Filimario movió la cabeza sonriendo.

¡Gran Dios, no había que precipitar los acontecimientos! El mismo fijaría la fecha de la ceremonia. Mientras tanto, el notario se quedaría en Nueva York junto con los testigos, y Septiembre procuraría que la estancia se le hiciera agradable.

—Pero yo… —balbució el insigne leguleyo.

—Usted cobrará, de los fondos de mi difunta madre, el dinero necesario para resarcirse de todo daño. Creo que la suma puesta a disposición de usted para la ejecución testamentaria es ilimitada. ¿No existe una cláusula al respecto?

—Sí —balbució el excelente notario—, pero…

—La suma de los bienes, ¿no es de seiscientos millones de francos? —preguntó Fil. Y al obtener respuesta afirmativa exclamó que había lo suficiente para resarcir ventiocho generaciones de notarios.

El notario, los testigos y Sept se fueron y Fil volvió a su celda. Bebería, sí, pero sólo cuando ya no le fuera posible resistir más.

El autor ya ha aludido a la terrible lentitud del tiempo en las cárceles. Pero no insiste. Se limita a hacer notar que Filimario resistió un mes entero. Después llegó a la conclusión de que los

casos eran dos: o volverse loco, o casarse con Clotilde o tomarse el aceite. Repetimos que lo casos eran dos: porque casarse con Clotilde y volverse loco era la misma cosa.

Cada mañana, el notario y los testigos llegaban al locutorio y esperaban a que Fil hablara.

—Mañana —decía Fil.

Pero cuando Fil hubo dicho por trigésima vez "mañana", estaba convencido de que al día siguiente tendría lugar el horrible acontecimiento.

Pasó una noche terrible. Soñó con los antepasados que le decían con una mueca de disgusto: "¡Cobarde!" También soñó con un río de aceite de ricino en el que nadaban dos mil Clos.

A las ocho de la mañana, sentado en su camastro, con la cabeza entre las manos, pensó que dentro de media hora él sería el primer Dublé de la historia que capitulaba.

La puerta se abrió.

—Le esperan a usted abajo, en el locutorio —dijo el vigilante.

Filimario bajó como si se dirigiera al patíbulo, pero una vez llegado al locutorio se sobresaltó.

—¿Usted, Peggy? —balbució mirando extraviadamente a la admirable muchacha de la agencia.

—Sentimos mucho —dijo Peggy, sinceramente resentida— que se encuentre usted en este embrollo por nuestra culpa. Pero ni yo ni Tom le hemos olvidado a usted.

Fil sonrió y se inclinó ligeramente.

—Todas las cosas desagradables que me han sucedido están pagadas ampliamente por el placer de poder ver su encantadora carita —declaró Fil. Y Peggy quedó visiblemente complacida.

—Señor Fil —explicó Peggy en voz baja—. No le hemos olvidado a usted un solo momento y le hemos encontrado a usted un trabajo estupendo. Podrá usted ganar mucho dinero.

Filimario movió tristemente la cabeza.

—Le agradezco a usted su amabilidad —contestó—, pero me temo que esta vez tendré que renunciar a trabajar para su agencia. Y ciertamente no por mi mala voluntad, sino por la tozudez del

director de la cárcel. En efecto, nuestro excelente personaje se ha metido en la cabeza que sus huéspedes se queden continuamente en los locales del establecimiento.

—Señor Fil —imploró Peggy—, escúcheme usted atentamente. El abogado Smitson, el más célebre del Estado de Nueva York, necesita de un hombre listo. Desde hace algún tiempo no consigue procesos clamorosos y los periódicos no citan ya su nombre. El abogado Smitson se ha dirigido a nuestra agencia, y nosotros hemos pensado inmediatamente en usted.

—Pero —objetó— ¿qué puedo hacer yo para el abogado Smitson?

—Tiene usted que dejarse condenar, eso es todo —explicó Peggy.

Fil quedó estupefacto: miró a Peggy y movió la cabeza. Pero Peggy le tranquilizó.

—Es una tontería. Otros lo han hecho antes que usted sin ninguna dificultad. El abogado Smitson pensará en todo. Le hará acusar a usted de un gravísimo delito que no haya podido cometer nunca, dejará que se haga mucho ruido sobre el asunto, luego le defenderá a usted y hará un fácil y clamoroso desaire a la justicia. Es muy sencillo, señor Fil. Todo caerá y usted estará libre y recibirá una recompensa estupenda. El abogado Smitson se compromete hasta por escrito.

Ahora, las soluciones eran tres: casarse con Clotilde, tomarse el aceite o arriesgar quizá la vida. Filimario escogió sin dudar.

—Peggy, está bien. Estoy a la disposición del abogado Smitson y espero sus instrucciones.

—Ya sabía yo que aceptaría usted —exclamó Peggy con alegría —. Por el momento no tiene usted más que decir que no sabe nada.

—¿Puedo saber al menos de qué delito voy a ser acusado? —preguntó Fil.

—No lo sé —explicó Peggy—. Pero ¿qué importa?

—¡Oh, nada; era pura curiosidad! —concluyó Filimario.

Peggy se fue, después de haber enviado a Fil un beso a través de la reja.

Cuando pocos minutos después llegó el notario con los dos testigos, Filimario le despidió como las otras veces.

—Señor Dik, tenga usted paciencia; otra vez será.

Capítulo 17

El extraño asunto del rápido 148. El vagón de Filimario. Ketty frente a Clotilde. El abogado está muy preocupado. Se habla también un poco del notario.

En cuanto Peggy le hubo telefoneado que todo marchaba bien, Smitson, el abogado, llamó al secretario.

—Nuestro hombre acepta —anunció—. Hay que empezar a trabajar en seguida.

Los delitos de los que la policía americana no había logrado descubrir a los autores ascendían a unos treinta, pero el más reciente era, sin duda alguna, el caso llamado del "rápido 148".

El rápido 148 había salido la noche del 25 de mayo de 1885 de la estación de Nueva York para Buffalo con 45 vagones y había llegado con 44.

Un coche que se desengancha de un convoy y se queda en la línea no puede ser considerado como una cosa extraordinariamente singular, y el autor de esta historia está perfectamente de acuerdo con el lector. Pero lo extraordinario era que el coche "perdido" no era el último, sino el número 25. Un vagón del medio, en una palabra. Y lo malo era que desde el 15 de junio no se había vuelto a saber más de él. Ni del vagón ni de los treinta pasajeros que iban en él.

Naturalmente, la policía no había conseguido sacar nada en limpio. Cuando se dieron cuenta de la desaparición del coche, el convoy había alcanzado Elmira, y desde Nueva York a Elmira no había habido ninguna parada.

Un asunto clamoroso y misterioso.

Por eso el abogado Smitson decidió hacer acusar a Filimario como organizador de la diabólica desaparición.

Cuando recibió la visita del abogado, que le explicó el asunto, Filimario movió la cabeza.

—No creo que podamos hacerlo —objetó Fil—. No me siento capaz de robar un vagón de tren con treinta personas. Para cosas así hace falta una banda muy entrenada.

—No creo —dijo el abogado—. ¿Para qué tanta gente? Filimario se echó a reír.

—Créame usted, señor abogado: hacen falta, cuando menos, tres hombres en el tren; uno de guardia en la línea, otro en el desvío y por lo menos cinco más para poner y quitar las vías. Luego están los otros: los hombres de los carros, etcétera.

El abogado se encogió de hombros.

—Persisto en mi idea; pero de todos modos haré lo que usted diga. Encontraré un asunto menos complicado.

El abogado salió de la cárcel radiante y cuando llegó a su despacho, gritó al secretario:

—¡Mik, ya está!

Después escribió una cartita al jefe de la policía federal:

> *Si quiere usted saber cómo pudo llevarse a cabo el robo del coche del rápido 148, entrevístese usted con el preso Dublé, detenido en la cárcel de Welk. Sea usted hábil: hágale creer, sin que sospeche, que en opinión de usted el robo del vagón fue efectuado por un solo hombre.*

«Un amigo de la justicia.»

Al recibir la misteriosa carta, el jefe de policía llamó a Pew, el más hábil sabueso de la república, y le confió el asunto:

—Puede que se trate de una broma, pero con probar no se pierde nada. Sea usted cauto.

Al día siguiente Filimario vio entrar en su celda a un nuevo huésped. Fil se alegró: había estado solo hasta entonces y el recién llegado, a pesar de su cara de pocos amigos, siempre era una compañía.

Pero el prisionero era simpático y locuaz y la conversación fue viva e interesante, y Filimario se encontró de pronto hablando, sin darse cuenta, de los últimos hechos clamorosos. Naturalmente, hablaron también del caso del rápido 148 y el nuevo preso tuvo la desgraciada idea de declarar que, según él, el golpe había sido dado por un solo hombre.

Filimario se enfadó.

—¡Que uno que no sea del oficio diga una tontería semejante, pase —exclamó—, pero que la diga usted, un ladrón profesional como ha confesado usted mismo, es inadmisible!

El ladrón profesional hizo algunas objeciones y al fin, enfadado, dijo:

—Usted afirma que hace falta mucha gente, pero ¿qué hace usted con ella?

Fil explicó con claridad su hipótesis.

—Tres hombres suben al coche que se ha de robar: Uno de los hombres se queda en el interior del vagón —se trata de un coche del medio y el asunto es delicado—, junto a la ventanilla más a propósito, preparado para sacar el brazo y hacer señales luminosas que permitirán, hasta de noche, el reconocimiento del coche por los que están esperando.

"Los otros dos hombres se pondrán, respectivamente, en la plataforma anterior y posterior para aflojar los enganches, de manera que puedan soltar el vagón en el momento oportuno.

"Mientras tanto, otros hombres, muchos hombres, trabajan en la línea; después de haber montado un cambio de maniobra, hacen un desvío que sale de la vía por la que anda el convoy y va a parar a dos fuertes carros acoplados que están por los alrededores.

"Un hombre se pone junto a la palanca del desvío, y otro se echa al suelo lo más cerca posible del punto donde la aguja del cambio entra en la línea.

"En el momento fijado, los hombres de las plataformas del coche sueltan los enganches. El hombre de la ventanilla saca el brazo y

hace señales con la luz. Gracias a su gran velocidad, todo el tren sigue andando tranquilamente. Claro está, la distancia entre el coche desenganchado y los dos segmentos de tren irá aumentando siempre, de manera que, una vez pasado el primer segmento, se podrá hacer funcionar el desvío para que salga de la línea el vagón en cuestión, y también se podrá cerrar de nuevo el desvío antes de que llegue el segundo segmento. El hombre de la vía permite con sus señales que no se pierda ni un minuto en las operaciones.

"Así, mientras el tren sigue por su camino, nuestro coche anda por la vía del desvío. El hombre de la plataforma posterior entra en el coche junto con el cómplice que ya está allí, y cuida de mantener el orden con una buena pistola. El hombre de la plataforma anterior va frenando y, gracias a su inteligente trabajo, el coche disminuye paulatinamente la velocidad para llegar suavemente al carro y pararse en el momento conveniente.

"Ocho cuñas bajo las ruedas, media docena de telones impermeables a propósito encima del vagón, cuatro latigazos a los caballos y he aquí a nuestro coche fijado, empaquetado y enviado por el rápido.

"Mientras el carro viaja, todos los hombres disponibles quitan el desvío, dejan todo como antes, cargan vías y herramientas en un segundo carro y se van donde les parece mejor.

"Ya está hecho: la compañía ferroviaria está servida.

¿No es sencillo? ¿Elemental?

El "ladrón profesional" asintió:

—Muy sencillo. Pero ¿y usted, cómo lo sabe?

—¿Yo? —contestó Fil riendo—. Yo no lo sé. Me lo figuro.

—Es usted un hombre simpático —se dolió el "ladrón profesional"—. Lástima que todo lo que ha dicho usted haya sido escrito palabra por palabra por dos personas apostadas ahí detrás de la puerta.

—Es lástima, sí —continuó Fil—. Mi explicación ha sido muy árida y esquemática. Si lo hubiera sabido hubiera procurado hacer la narración más viva y de estilo más correcto.

—Si es sólo por eso, no importa —rió el "ladrón profesional"—. Le confieso que no damos mucha importancia al estilo.

Después se presentó: —Pew, de la policía federal.

Cuando Pew se hubo marchado, Fil se echó a reír divertido.

"¡Diablo de abogado! —se dijo—. No sólo se ha burlado de la policía, sino de mí también. Recibamos el golpe serenamente, como un Dublé, y aceptemos el ser considerados autores del robo del vagón."

Por eso, cuando le preguntaron, pocas horas después, dónde había metido el vagón y las treinta personas que contenía, Fil se limitó a balbucir con visible turbación que no sabía nada y que era inocente.

Naturalmente, hacían falta cómplices, y el abogado Smitson preguntó a la agencia si tenían alguien a su disposición.

—Hay los dos compañeros de Fil —explicó Peggy—. Viven en el hotel Brex. ¿Por qué no los hace usted detener?

Una cartita al jefe de policía y Pío y Septiembre fueron arrancados de la cama.

La encuesta se hizo febril. Salió a relucir el episodio de los contrabandistas, la primera detención, la libertad bajo fianza.

Pero entonces se hizo un curioso descubrimiento.

La fianza para los tres hombres había sido depositada por la señorita Clotilde Troll. Los registros hablaban claramente. ¿Por qué Clotilde Troll había pagado cinco mil dólares para poner en libertad provisional a los tres misteriosos personajes? ¿Cómo era que Clotilde Troll había encontrado en la isla de Bess a Dublé, que había declarado no conocer cuando en cambio había pagado la fianza de Dublé?

Informes procedentes del consulado aseguraban que los tres eran personas intachables, pero ¿qué tenía que ver? En cambio, ¿no podía ser que, fastidiado por su vida de ocio y por sus seiscientos millones, Dublé hubiera decidido combatir al "spleen" tomando a sueldo a Pis y a Nort para ir a llevar a cabo, allende el océano, una empresa divertida como el robo de un vagón?

¿No habían asegurado los tres que habían estado en la isla de Bess desde el 19 hasta el 29 de mayo? Pero, ¿quién podía comprobar esta afirmación? El hecho de desembarcar detenidos en Nueva York el 29 por la noche, ¿no podía ser un truco para tener una coartada?

Los periódicos salieron con titulares como éste: "¿Un millonario,

ladrón de vagones? ¿Dónde ha metido Dublé a los treinta pasajeros?"

Finalmente, un periódico lanzó la pregunta: "¿Por qué no se detiene también a la señorita Clotilde Troll?"

Cuando Jorgito, que estaba sorbiendo música y helados en un café-concierto de la calle Siete, en compañía de su extraordinaria Condesa, tuvo entre sus manos el periódico cuyos descarados titulares había visto desde lejos, se sintió profundamente turbado.

—Ketty —balbució—, aquí está armándose un lío padre.

La rubísima Ketty suspiró.

—Verdaderamente es un asunto serio. Lo he seguido desde el principio y siento muchísimo no poder hacer nada.

—Pero —afirmó Jorgito— habrá que hacer algo. No se puede abandonar a una persona cuando se encuentra en una situación como ésta.

La suave Ketty, de carnes tibias y perfumadas, movió la cabeza.

—Pero, ¿cómo puede sacarse de la cárcel a una persona cuando sobre ella se mete tanto ruido?

—Ketty —imploró—. ¿Quieres decir que Clotilde ya está en la cárcel?

La bella contrabandista comprendió que había dicho algo poco inteligente, y se apresuró a tomar precauciones.

—Creí que hablabas del señor Dublé —explicó—. No veo por qué motivo la señorita Troll tiene que estar metida en este asunto.

Jorgito tendió el periódico a Ketty.

—Ketty, ¡aquí se pide la detención de Clotilde! —exclamó—. ¿No te parece que esto es una cosa desagradable?

Ketty fingió estar dolorosamente sorprendida por el hecho; pero en realidad Clotilde no le importaba absolutamente nada. Mejor dicho, la agradable contrabandista detestaba a Clo, pero no podía contrariar a Jorgito; por eso, cuando Jorgito dijo que era conveniente ir a ver a Clo, contestó que le acompañaría con entusiasmo.

—¡Qué sorpresa tan agradable! —exclamó Clotilde cuando

Jorgito y Ketty aparecieron frente a ella—. Apuesto a que habéis venido a anunciarme vuestra próxima boda…

—Clo —exclamó Jorgito con voz turbada—. Estamos aquí para ofrecerte toda nuestra ayuda. También Ketty… Quiero decir, la condesa de la Sierra…

—Muy amable la condesa de la Sierra —le interrumpió Clo—. Pero por el momento no tengo intenciones de dedicarme al contrabando de opio.

Clotilde detestaba a Ketty. Los detalles en los que Pío no había querido profundizar, le ponían, cada vez que pensaba en ello, de un mal humor terrible. Por eso Clotilde habló de contrabando de opio. Pero Jorgito demostró no saber nada de mujeres cuando creyó que la rubia contrabandista se le iba a abandonar desmayada en sus brazos.

Ketty no vaciló ni un instante.

—Cada uno hace contrabando de lo que puede —contestó—. Las condesas hacen contrabando de opio y las millonarias hacen contrabando de jóvenes. ¿Siente usted por casualidad que su cargamento de caballeros haya sido recogido por mi flota mercante y no por la de usted?

—¡Usted ha invadido mi casa de la isla de Bess, ha saqueado mis provisiones! —gritó Clotilde—. ¡Se hace usted pasar por una condesa española, está usted embaucando a este gordo imbécil y comete además la imprudencia de venir a ofrecerme su ayuda! Yo puedo hacerla detener a usted cuando quiera.

—Si no me equivoco —puntualizó Ketty—, la prensa de Nueva York no piensa por ahora en condesas; habla de detenerla a usted. Si todavía no ha visto usted los periódicos de hoy, aquí los tiene.

Clotilde se encogió de hombros.

—Tonterías —dijo con una mueca de desprecio—. Llevaré a estos estúpidos periodicuchos ante los tribunales. ¿Qué culpa tengo yo de que este señor Dublé haya robado un vagón de tren con treinta pasajeros? ¡Que se pague sus caprichos de millonario!

Ketty se indignó.

—Es usted la mujer más detestable del universo —afirmó—. Por un estúpido capricho ha metido usted en un embrollo a un caballero, o, mejor, a tres caballeros, y ahora tiene usted el valor de

expresarse de esta manera. ¿Cómo puede el señor Dublé ser culpable del robo del vagón, habiendo estado, como usted sabe muy bien, el día 25 de mayo, día en que se cometió el hecho, en la isla de Bess?

—¿Y qué hacía? —preguntó Clotilde entre dientes.

Ketty se agitó; pero no cedió.

—Hacía lo que aparecía. El hecho es que veintiuna personas están en condiciones de atestiguar su presencia en Bess.

—¡No sé qué valor puede dar la justicia al testimonio de veintiún contrabandistas de opio! —observó Clotilde—. Además, no creo que sea una costumbre de los contrabandistas el ir por gusto propio al juzgado para deponer en favor de caballeros.

Entonces Ketty, sin saberlo, pronunció la frase más notable de la historia de los contrabandistas.

—¡A diferencia de los caballeros —afirmó valientemente—, los contrabandistas pueden permitirse el lujo de ser honrados al menos una vez en la vida!

—No me haga usted reír —exclamó Clo.

Pero Ketty ya había dicho la frase histórica y además no era persona que se dejase desarmar tan fácilmente. —Las leyes americanas no prohíben la risa a las millonarias desequilibradas —dijo—. Pero no sé cómo las leyes americanas juzgarán a una millonaria desequilibrada que rapta a tres caballeros y les secuestra. No me será difícil encontrar a los hombres de su "Delfín"; si no me equivoco, el yate está en el puerto. Y hablarán, ¡palabra de Ketty!

En casos semejantes, Jorgito se hundía en una butaca y callaba. Esta vez tampoco hizo más que hundirse en un sillón y callar. Clotilde había acabado sus argumentos. Todavía le quedaba uno, pero era pésimo y no se ajustaba al caso.

—En fin —gritó—, si yo me preocupo del señor Dublé es porque tengo una buena razón. Pero usted, ¿por qué se preocupa tanto?

—Por la misma e idéntica razón —afirmó Ketty.

Entonces, finalmente, Jorgito habló. Abrió los brazos desmesuradamente, luego gimió:

—¡Vaya! ¡Ella también está enamorada de ese Dublé! Ketty se volvió.

—No, Jorgito —explicó—, es diferente. Ella ama al señor Dublé

solamente, mientras yo te amo a ti también.

—Gracias a Dios —suspiró Jorgito tranquilizado—. Es ya un adelanto. Si Dios nuestro Señor me hace encontrar a una mujer que no ame para nada al señor Dublé y me ame a mí solo, mi gratitud al cielo será infinita.

Cuando Ketty y Jorgito se hubieron marchado, Clo fue a ver al abogado Smitson.

El abogado Smitson no estaba de buen humor y no esperó a que Clotilde le hiciera preguntas.

—Señorita Troll —exclamó dolorido el excelente personaje—, he hecho todo lo que ha querido usted: he burlado a Peggy, la muchacha de la agencia, le he tomado el pelo a la policía y he conseguido meter a Dublé en un enredo tal que sólo usted puede salvarle. Desgraciadamente, este asunto ha llegado a dominarme. Ha salido a relucir también su nombre, señorita Troll, pero le aseguro a usted que no es mía la culpa.

—Entiendo —dijo Clotilde—. Lo malo es que si ahora la cosa no se calma y me culpan a mí también, por fuerza tendrá que descubrirse la broma del "Delfín", el secuestro en la isla de Bess, etcétera.

—La cosa es seria —admitió el abogado—. Aquí no pueden ver a los millonarios del viejo mundo. Sospechan siempre que vienen a divertirse a costa de los americanos. Es el resentimiento del pobrete enriquecido contra el rico viejo. Y ahora, por desgracia, creen que se trata de gente que ha venido aquí a burlarse de nuestras leyes. Es muy serio; si hubiera usted matado a cuarenta negros4a cosa sería más fácil.

—Está bien, señor abogado —rió Clotilde—. Otra vez mataré a los negros.

Después le explicó el incidente que había tenido con Ketty, y el abogado se comprometió a mantener a raya a la dulce contrabandista.

Clotilde preguntó cómo se comportaba Fil.

—Se atiene a mis instrucciones —explicó el abogado—. No concreta nada, se hace el tonto. Está seguro de que todo terminará

bien y se divierte.

—¡Cómo se alegraría ese sinvergüenza si me metieran a mí también en la cárcel! —observó Clotilde con rabia.

Después se secó una pequeña lágrima y lloriqueó:

—¡Cómo debe de sufrir, encerrado en ese triste calabozo…!

(Pío Pis y Septiembre Nort estaban en el mismo calabozo que Filimario, más inocentes aún que Filimario, pues Clotilde no les amaba; a pesar de esto, ¿quién pensaba en Pío y en Septiembre?)

Se ha hablado muy poco del notario Dik y de los dos testigos; pero llegados a este punto tenemos que hablar de ellos porque también tienen una parte importante en la aventura.

Hacía varias semanas que el notario Dik y los dos testigos iban cada mañana al locutorio de la cárcel y le ofrecían a Fil, a través de la reja, el maldito vaso de la derrota y, al mismo tiempo, de la salvación.

Un signo afirmativo de Filimario y la difunta señora Dublé madre, que desde su nubecita seguía atentamente los movimientos de Filimario, habría podido decir triunfalmente al difunto señor Dublé padre, con el que compartía los celestes ocios del más allá: —¿Has visto, Tom?

Capítulo 18

Conversaciones en la nubecita. El notario y los testigos salen para un crucero. Golpe de escena en el asunto del directo. Oportuna intervención del autor.

La difunta señora Dublé madre y el difunto señor Dublé padre, sentados en su nubecita, hablaban a menudo de Filimario.

El señor Dublé padre no aprobaba la conducta de la señora Dublé madre.

—Tu conducta en lo que se refiere a nuestro hijo ha sido pésima, querida. Desheredar a Filimario por una bagatela es una cosa profundamente injusta.

—Te hago notar un grave error en tu acusación —contestó la difunta señora Dublé madre—. Yo no he desheredado a Filimario: le he impuesto una cláusula que creo ventajosa para él.

—Las mujeres tienen una extraña manera de raciocinar —rebatió el difunto señor Dublé—. Si así no fuera, ¿cómo podría una mujer llamar ventajosa una cláusula que condena a su heredero a la pobreza perpetua? Conozco a mi hijo: es un Dublé y no cederá. Antes morirá mendigo. Los Dublé tienen carácter. Mi tatarabuelo, el barón Nuremberg, en su juventud, fue víctima de una jugarreta por parte del duque de Wellester. Mientras mi tatarabuelo se estaba sentando, el duque de Wellester le puso una chincheta en el asiento, y los presentes se divirtieron. Mi tatarabuelo también rió, pero dijo para sus adentros: "A la primera oportunidad pondré una chincheta en la silla del duque de Wellester." Pero el duque de Wellester salió de allí a poco para Francia y mi tatarabuelo, tuvo que renunciar a

su propósito por no poder alejarse de Escocia. Pasaron veinticinco años antes de que el duque de Wellester volviera a Escocia. Una revolución que se tramaba en la sombra desde hacía años y años había inundado las calles como un torrente en crecida, arrastrándolo todo, y el rey Juan fue destronado. Entonces un plebiscito popular estableció que sólo un Wellester .podía reinar en Escocia, y los más importantes caballeros del reino marcharon a Francia a ofrecer la corona al duque de Wellester, que aceptó. Dice la historia que la ceremonia de la coronación fue memorable y que memorable fue también la subida al trono del nuevo rey. Entre dos alas de dignatarios, el rey se acercó al trono, subió las gradas y se sentó solemnemente. Luego se levantó de golpe, lanzando una sorda imprecación. Entonces, de entre la multitud de dignatarios se separó un hombre alto e imponente que se adelantó y que, habiéndose arrodillado ante el rey, dijo: "Majestad, durante veinticinco años he conspirado en la sombra, he sacrificado la mitad de mi fortuna, he arriesgado la vida, he combatido y he conseguido liberar a Escocia de la persona insignificante del rey Juan. Y hoy todos podemos estar satisfechos: el pueblo porque vos sois su rey, y yo porque he podido a mi vez haceros sentar encima de una chincheta." Aquel hombre era el barón Nuremberg Dublé. Filimario es un Dublé; por eso tiene carácter y no beberá nunca tu despreciable aceite. Tú lo sabías y no tenías que imponer aquella cláusula.

Entonces la difunta señor Dublé movió la cabeza.

—Los cuentos de mis tatarabuelos no me interesan, pero como madre me interesa que Filimario se purgue. Cuando le ofrecí el aceite por primera vez tenía seis años y hacía siete meses que no se purgaba. En la época de mi muerte tenía treinta años; por eso más que nunca necesitaba un purgante. Un buen vaso de aceite es el mejor remedio para los organismos jóvenes. Estoy segura de que Filimario beberá: como Dublé, tiene carácter, pero como Marlette, tiene inteligencia.

Largos diálogos en la nubecita. Por mucho tiempo había sido un triunfo continuo para el difunto señor Dublé, pero había llegado la hora de la difunta señora Dublé.

La difunta señora Dublé pegó un salto de contento cuando vio desembarcar en América al notario Dik y a los testigos.

—¡Los Dublé van a ceder ante los Marlette! —gritó en aquella ocasión la difunta señora Dublé—. El señor Filimario empieza a tener miedo. ¡El señor Filimario va a beber!

Cada mañana, asomándose a su nubecita, el difunto señor Dublé y la difunta señora Dublé seguían con enorme interés la escena del locutorio.

—¡Pues hoy tampoco ha bebido! —decía siempre el difunto señor Dublé, suspirando aliviado.

Y la señora Dublé nunca podía decir con aire de triunfo: "¿Has visto, Tom?"

Desde hacía mucho tiempo pasaba cada día lo mismo. Pero una mañana sucedió algo inesperado. El difunto señor Dublé y la difunta señora Dublé, que esperaba ansiosamente la llegada del notario a la cárcel, asistieron a una escena singular. Después de bajar del coche en la plaza de la cárcel, el notario y los testigos empezaron a andar. Pero de pronto se acercaron dos coches, uno junto al otro, que cogieron al grupo en medio. Y los tres infelices fueron cargados uno en un coche y los otros dos en otro. Cosa de pocos segundos.

—¡Es un acto desleal! —gritó la difunta señora Dublé—. ¡Raptar al notario y a los testigos justamente cuando nuestro muchacho iba a capitular!

El señor Dublé se encogió de hombros.

—Yo no tengo nada que ver, querida. Te lo puedo asegurar.

Efectivamente, el señor Dublé no tenía ni la más pequeña culpa en el extraño asunto. La culpa la tenía Clotilde.

Clo se había enterado de la llegada del notario.

Septiembre no había hablado y Pío no sabía nada; pero el abogado Smitson había oído una mañana, al salir de la cárcel, al notario que preguntaba a Filimario. —Vienen los tres todas las mañanas desde hace ya bastante tiempo —explicó el "policeman"—. Entran en el locutorio y le preguntan a su protegido de usted lo que tiene que hacer con el aceite. Y él les contesta que vuelvan otro día. Deben de ser viajantes de aceite de oliva.

El abogado había contado el curioso hecho a Clotilde y la diabólica muchacha había dado un salto. ¡La herencia!

—Si Filimario ha llamado a América al notario con el vaso y los dos testigos, quiere decir que está decidido, antes que cederme a mí, a ceder, cuando ya no puede más, a las disposiciones testamentarias de su madre. Así tiene un arma poderosa al alcance de la mano.

—¿Es grande la herencia? —se informó el abogado.

—Seiscientos millones.

El abogado abrió los brazos.

—Demasiado. Es posible que le saquen de la cárcel en dos horas y que el mismo presidente de la República le presente sus excusas.

Y entonces fue cuando Clotilde pensó en hacer raptar al notario y a los testigos; y les hizo raptar. Los tres personajes fueron alojados en el "Delfín" y enviados en crucero por los mares de América del Sur.

—En el fondo, esto es mejor que tener que dar cada día una vuelta por la cárcel —comentó el notario—. Es más saludable, más divertido y más instructivo.

Cuando lo supo el abogado Smitson no aprobó la última acción de Clo.

—Señorita Clotilde —dijo el abogado—, nos hemos metido en una extraña aventura. El asunto ha llegado a dominarnos y usted hace más grave aún la situación haciendo raptar a tres caballeros. Pero, ¿es que usted sólo puede raptarlos de tres en tres? ¿Se da usted cuenta de que si se descubren estos raptos el asunto se volverá trágico?

El abogado movió la cabeza.

—¡Que Dios nos proteja! Mientras tanto, estos malditos periódicos siguen pidiendo la detención de usted. Aquella misma noche, Clotilde recibió la visita de un inspector de policía que muy amablemente le hizo unas preguntas insignificantes. Pero eso era el principio del fin, y aquella noche Clo no pudo dormir.

A la mañana siguiente los periódicos americanos hicieron, como de costumbre, un papel malísimo. Salieron con grandes titulares sobre el misterio del rápido 148 y con 45 artículos llenos de color, de hipótesis y de protestas, mientras en todas las esquinas grandes

anuncios clandestinos, que habían sido pegados durante la noche, rezaban: "¡Ciudadanos! No viajéis en tren. El tren es el medio menos seguro, y os lo hemos demostrado robando el coche del centro de un convoy en movimiento. Si queréis ver el vagón en cuestión, id a las 13 horas al puerto. Los treinta pasajeros, todos sanos y

salvos, os podrán testimoniar haber recibido de nosotros un trato verdaderamente caballeresco, y, lo que más importa, lo peligrosísimo que es viajar en tren. ¡Ciudadanos, no uséis los trenes ni para vuestros viajes largos!"

La gente se dirigió al puerto y a las 13 en punto llegó un barco que llevaba a bordo el vagón robado del rápido 148. Los treinta pasajeros bajaron muy satisfechos. Habían hecho un crucero maravilloso, habían sido tratados como príncipes y, finalmente, les habían hinchado de dólares. ¿Por quién? Evidentemente, por las Compañías Reunidas de Coches de Caballos.

¿Y cómo se robó el vagón?

¿Tal como había supuesto Filimario?

Como ya dije en la "Digresión", yo en aquellas fechas era un pobre muchacho que todavía no escribía para los periódicos. Trabajaba con mi tío Felipe en Argentina. Mi tío Felipe se ocupaba en aquellas fechas de trenes, pero, en ocasiones especiales, aceptaba encargos para el extranjero; por eso puedo asegurar que durante la operación ferroviaria de Elmira, en la línea de Nueva York a Buffalo, las cosas se desarrollaron exactamente como había supuesto el señor Dublé.

La única inexactitud en la hipótesis del señor Dublé se refiere al hombre de la plataforma posterior que entra de pronto en el vagón y que mantiene el orden con una pistola.

No; en aquel caso yo no hice uso de una, sino de dos estupendas pistolas. Y además no se trataba de un "hombre".

Yo era entonces un pobre muchacho, sólo un pobre, inocente muchacho.

Capítulo 19

Un lío serio. Peggy trabaja. Ketty trabaja. Fil trabaja. Todos trabajan, hasta el autor. Una fuga bonita y una sorpresa fea.

Explica Mousqueton en sus célebres "Historias del amanecer" que un tal Fried Murray, de San Francisco, se durmió, borracho de ginebra, dos horas antes de que estallara el famoso incendio que destruyó la ciudad.

Se despertó veinticuatro horas después, cuando de San Francisco sólo quedaban milagrosamente en pie el ala de la casa a la que pertenecía la pequeña habitación del señor Fried Murray.

—Bah —dijo el señor Murray, tratando en vano de encender la lámpara de gas—. Se habrá estropeado la llave.

Pues bien; cuando Filimario vio entrar en la celda a un ceñudo funcionario, en la tarde en que se desarrollaron los sucesos relatados, no se preocupó mucho más que el señor Murray.

—Bah —dijo Fil—. Debe de haberse embrollado la madeja— y siguió al hombre con indiferencia. Se encontró bien pronto frente a una reunión de señores muy graves.

—Señor Dublé —empezó el más pintoresco de todos—, como usted sabe muy bien, el asunto del rápido 148 ha sido resuelto…

—Perdóneme Su Señoría —objetó Fil con gracia—, pero, estando encerrado en una celda, me ha sido algo difícil el estar al corriente. No sé nada acerca de lo ocurrido con el rápido 148.

—Mejor —suspiró Su Señoría—; es usted el único en toda América que lo ignora. De todos modos, lo importante para usted es saber que su presunta culpabilidad ha resultado completamente

ridícula.

"Le presentamos nuestras excusas por lo que se refiere al asunto del rápido 148.

"Pero no está todo claro todavía. Si, como todo el mundo afirma y como prueban nuestros informes, es usted un caballero sin tacha, ¿por qué no desenmascaró a los verdaderos contrabandistas a bordo del "Jeannette"? Filimario no podía decir que lo había hecho por amor a Ketty. Un caballero sin tacha no debe nunca favorecer a los jefes contrabandistas, aunque éstos sean rubias estupendas.

—No nos dejaron hablar —contestó Fil—. Por otra parte no estaba solo. Los otros dos caballeros también…

—Los otros dos caballeros no cuentan —interrumpió Su Señoría —. Son dos imbéciles cualesquiera. Y ahora, dígame: tenemos pruebas irrecusables de que usted estaba a bordo del café flotante junto con sus dos compañeros y la señorita Troll. ¿Por qué entonces ha inventado usted un naufragio y ha inducido usted a la señorita Troll a afirmar que no le conocía cuando le conoce a usted hasta el extremo de depositar la fianza durante su primera detención?

Filimario no podía explicar nada. No podía decir ni que había sido cómplice, aunque involuntario, de los bandidos.

—Es cosa de naturaleza delicada —aseguró Fil— y andaba de por medio la respetabilidad de una señorita que había estado sola conmigo varios días en una isla desierta. Su Señoría me entiende…, la malignidad de la gente…

Su Señoría movió la cabeza con incredulidad y dijo:

—Tengo la impresión, señor Dublé, de que usted, cansado de sus seiscientos millones, ha venido aquí con la intención de divertirse a costa de la policía americana. De todos modos practicaremos indagaciones meticulosas; le dejamos a usted a nuestra disposición y deberá presentarse, cada cinco horas al comisario Bretter. Durante la noche no se preocupe usted; nosotros vigilaremos sus sueños.

—Es un asunto muy feo —notó Filimario cuando se encontró en la calle con Pío y con Sept—. No tenemos ni un céntimo. Y ¿qué podemos hacer teniendo que presentarnos cada cinco horas? Calculando el tiempo para ir y volver, esta libertad se convierte en

una prisión ambulante. Le pediré un préstamo al notario Dik. Pío Pis tenía dos dólares y los ofreció amablemente para financiar la empresa. Entonces Filimario se acordó de pronto de lo que Septiembre le había dicho.

—Le creía a usted un caballero —exclamó Fil volviéndose hacia Pis—. ¡Y no es usted más que un espía! ¡Qué vergüenza!

El pobre Pío se echó a llorar.

—Perdóneme usted, señor Dublé; no lo he hecho por maldad. La señorita Clotilde lo ha querido así.

—¿Cuánto le paga a usted?

—Me ha prometido un beso al mes; mejor dicho, dos, porque ha dicho que me doblaría la paga.

Fil le miró con desprecio.

—¡Es usted un bobo, señor Pis! El hombre que se vende por un beso de una estúpida muchacha, es más culpable que el que se vende por dinero.

Septiembre intervino.

—Mejor sería que entráramos en ese bar —dijo Septiembre—. Voy a comunicarles a ustedes una idea mía.

Los tres caballeros entraron y se sentaron en un rincón apartado.

—Pío, deme usted los dos dólares —dijo Sept. Y Pío ejecutó en seguida la orden—. Ahora deme usted la pierna —ordenó Sept, poniendo una de sus manazas en el cogote de Pío.

Pío lo hizo sin discutir; manipuló un poco con las manos debajo de la mesa y después entregó la pierna de madera.

Septiembre la envolvió en un periódico, después llamó al camarero y pagó la consumición.

—Le traerá usted a este señor una cerveza cada dos horas. Pagaré a mi vuelta.

Después, al salir, explicó Fil:

—Así estamos seguros.

Con el dólar de Pío Pis se hicieron llevar al hotel donde estaban alojados el notario y los testigos, y allí les informaron que habían salido de viaje. Dos marinos habían venido a pagar la cuenta y a llevarse las maletas.

—¿Marinos? —preguntó Filimario extrañado—. ¿Y de qué clase, por favor?

—Marinos extranjeros —contestó el portero—. Hablaban muy mal el inglés y llevaban escrito un nombre extraño en la camiseta.

—¿"Delfín"? —preguntó Fil ansiosamente.

—¡Ah, ya, "Delfín"!

Los dos caballeros se alejaron tristemente de aquel hotel.

—Aquella maldita muchacha me ha desarmado —exclamó con rabia Filimario después de un largo silencio—. ¡Quién sabe dónde habrá metido al notario! Septiembre propuso algo.

—Quizá puedan ayudarnos en la agencia.

Era una proposición juiciosa.

Cuando vio a los dos caballeros, Peggy se echó a llorar; el hombre se conmovió y entregó a Fil todos los dólares que tenía desparramados por los bolsillos.

—Conserve usted contacto con nosotros —dijo Peggy cuando Fil hubo explicado su situación.

Nuestros excelentes caballeros se metieron en un coche: iban a dar término las cinco primeras horas de libertad y tenían justo el tiempo para ir a buscar a Pío. En el cuartelillo de policía el inspector les hizo estampar la firma en un registro y después exigió una explicación detallada de cómo habían pasado las cinco horas de libertad.

—Hemos ido de paseo —explicó Fil con indiferencia.

—Exacto —dijo el inspector—. Han ido ustedes antes al bar Swink, donde han dejado a uno de los suyos, luego al hotel Guik y después a la agencia de la calle Doce. Esta noche irán a dormir ustedes al hotel New Bell. Ya he pedido habitaciones. Con reja —siguió—. Es mejor; así no entran mosquitos.

Filimario estaba pensativo al salir del cuartelillo. Los tres hombres anduvieron durante mucho rato y en silencio. ¡Les seguían!

Pronto descubrieron a los seguidores: dos caras siniestras. Hasta un niño, al verles, había exclamado: " ¡Son dos "policemen"!

Era una cosa seria. Para mantenerse en contacto con la agencia había que ir mucho a la agencia. Pero esto haría sospechar a los policías y haría, probablemente, irrealizable todo proyecto.

Filimario pensó rápidamente un plan.

—Septiembre —ordenó Fil cuando llegaron frente al hotel—.

Coja usted un coche y vaya al parque. Estése usted ahí una hora y después vuelva al hotel.

Sept se fue y uno de los seguidores marchó en seguida tras de él.

—Ahora, señor Pis, tome usted otro coche y váyase por una hora a un sitio opuesto al parque. Al Castle Garden, por ejemplo.

Pío, contento de poder ser útil, salió para el Castle Garden y el otro seguidor se quedó titubeando. Pero Fil le sacó de dudas al entrar decididamente en el hotel. El policía subió a un coche y corrió en persecución de Pío.

Diez minutos después, Filimario estaba en la agencia. Explicó los inconvenientes.

—Es muy molesto —exclamó preocupado. Pero el hombre se echó a reír.

—Que llamen a Chico —dijo el hombre a Peggy—. En cuanto a usted, señor Dublé, no tiene por qué moverse de los alrededores del hotel. Basta con que compre todas las ediciones del "Sun".

Entró un muchacho con ricitos en la frente.

En aquel tiempo yo no escribía todavía para los periódicos; era yo entonces un pobre muchacho, una criatura de Dios lanzada por el Destino lejos de sus veintidós hermanos. Yo trabajaba para mi tío Felipe, pero el Destino no trabajaba para mí y fui víctima del azar.

En efecto, el azar quiso que la frente de un hombre de uniforme se encontrara en la trayectoria de una bala que había salido de mi revólver, y yo tuve que ir desde Méjico al estado de Nueva York.

Yo era entonces un pobre muchacho; ¿qué podía hacer? De periodista: vendía el "Sun".

—Métete bien en la cabeza la cara de este señor —me dijo el hombre de la agencia, indicándome al señor Dublé—. Tienes que venderle todas las ediciones del "Sun".

—Hecho —contesté yo.

Fil volvió al hotel y poco después volvieron Septiembre y Pío seguidos por los dos policías.

Después de dos horas se oyeron las voces de los vendedores de periódicos gritando los títulos de la segunda edición de la tarde.

Fil se acercó a la puerta del hotel y se encontró con el vendedor del "Sun".

Compró un ejemplar del "Sun" y al abrirlo vio una tarjeta pegada en la tercera plana: "Nada nuevo."

Tampoco traían nada nuevo las dos ediciones de la noche y ésta pasó lenta y triste.

La primera edición de la mañana siguiente no prometía novedades, pero la edición del mediodía traía una noticia sensacional: "Esta noche, a las ocho en punto, en la plaza Grant, junto al puesto de los coches. Entrad en el coche 471, salir por el otro lado y entrad en el de al lado, número 525. Os llevará a un sitio donde os espera una lancha a motor. Os embarcaréis en el "Grilling", que sale a las 8'50. Acuérdate de mí. Te beso, Peggy."

—Estupendo —dijo Fil destruyendo cuidadosamente la tarjeta.

Pero las noticias sensacionales no habían terminado. En el hotel, durante el almuerzo, un camarero, al servirles un pastel de manzanas, comunicó muy discretamente a Filimario que una señorita rubia le esperaba, a las siete de aquella tarde, en el café, frente a la casa donde se habían visto el día del baile.

"No puede ser más que Ketty —pensó Fil—. Hay que tener cuidado con Pis."

Después de la visita al cuartelillo de policía, Filimario mandó a Sept que inmovilizara a Pis, y Sept, después de meter a Pis en cama, le quitó la pierna y, envolviéndola en un periódico, se la puso bajo el brazo.

Al salir del hotel, Fil explicó a Sept todo. Después de la conversación con Ketty volverían a buscar a Pis. Así, además de evitar que Pío pudiera armar líos con Clo, dividían al enemigo; efectivamente, uno de los "policemen" tenía que quedarse a vigilar a Pis.

Después de haber alcanzado, andando, la casa de los Thompson, nuestros dos caballeros entraron en el café de enfrente y se sentaron junto a una mesita, la única que quedaba libre entre todas las que había. Pidieron bebidas.

Había orquesta y mucho ruido. La muchacha con la cesta de los cigarrillos pasó por entre las mesitas; era una estupenda muchacha, morena, que no se parecía a Ketty ni por asomo.

Tanto es verdad que era Ketty.

—Todo va bien: salgo esta noche, a las ocho, en el "Grilling" —dijo Fil, cogiendo el paquete de cigarros que Ketty le tendía.

—Son los mejores, señor —explicó Ketty sonriendo—. Cada uno lleva dentro un billete de cincuenta dólares. Buena suerte, amor mío.

Todo se desarrolló con naturalidad extraordinaria.

—Es maravillosa esta muchacha —dijo admirado Fil a Septiembre, cuando estuvieron en la calle—. ¡Lo que habrá tenido que trabajar para saber dónde nos hospedábamos!

Septiembre estaba conmovido.

—Si yo encontrara a una mujer que me amara así —exclamó—, me sentiría el hombre más fuerte del mundo.

—Se sentiría el hombre más fuerte del mundo —dijo Fil sonriendo—, pero en realidad sería el más débil.

—Ya —admitió Sept, que no había entendido nada—. Entonces, quizás es mejor que sea así.

En 1885, Nueva York era como hoy. Era algo más pequeño, pero era de todos modos una gran ciudad, y de no encontrar coches y tranvías a propósito se perdía mucho tiempo andando por las calles.

Fil y Sept no fueron favorecidos por el Destino en lo que se refiere a medios de transporte y se encontraron a mitad del camino cuando ya eran las siete cuarenta de la tarde.

Tenían el tiempo justo para llegar a la plaza Grant. En efecto, llegaron a la plaza Grant a las ocho en punto.

Al llegar frente al coche 471, Fil sacó el reloj y dijo en voz alta, para que oyera el policía que les seguía:

—¡Las ocho ya! ¡Tenemos que volver en seguida al hotel! ¡Tomemos un coche!

El 471 era un coche cerrado: Fil y Sept entraron precipitadamente y cerraron con fuerza la portezuela.

—¡Rápido, grite usted la dirección y baje! —dijo alguien que se encontraba ya dentro del coche.

—¡Al hotel New Bell! —gritó Fil sacando la cabeza por la ventanilla. Después alcanzó a Sept, que mientras tanto había subido en el coche de al lado, el 525.

Nuestros dos caballeros, metidos en su coche, vieron salir el 471

seguido por el que llevaba al policía.

Un suspiro de alivio.

Luego, tras una carrera loca, vieron el reflejo del mar. Saltaron a un lanchón: un vuelo por el agua y finalmente la silueta del "Grilling", negro sobre el fondo rojo del crepúsculo.

El velero ya navegaba y cuando Fil y Sept se encontraron a bordo ya estaba fuera del puerto de Nueva York. —Si Dios nos ayuda otra media hora —exclamó Filimario—, no oiremos hablar ni de esta maldita ciudad ni de aquella maldita muchacha.

Un marinero se acercó.

—La señorita Troll les espera a ustedes en el saloncito de popa.

Capítulo 20

Clotilde al contraataque y Ketty al abordaje. Ketty domina a Clo y la situación. Vuelta melancólica.

Filimario se quedó rígido.

—¿Qué ha dicho usted? —preguntó entre dientes mientras Septiembre abría los ojos desmesuradamente. —La señorita Clotilde Troll les espera a ustedes en el saloncito de popa —repitió el marino —. La comida está servida.

Septiembre hizo una proposición.

—Podríamos alcanzar el puerto a nado. Yo creo que podría.

—Yo también —contestó Filimario—. Pero no tengo ganas que la policía del puerto me coja por tercera vez. Esto sería ya demasiado. Vamos, pues, a comer.

—Quizás es mejor así —asintió Septiembre—. El aire del mar abre el apetito.

Los dos caballeros empezaron a andar lentamente precedidos por el marino. Se abrió uno puerta y la luz inundó el puente, ya en tinieblas.

La pequeña mesa en el centro de la salita era un triunfo de encajes, cristalerías y flores, y Clotilde se le apareció a Filimario entre un ramo de rosas rojas y un ramo de rosas amarillas.

Era un adorno estudiado, evidentemente, y por eso bonito.

—Buenas noches, señor Dublé; buenas noches, señor Nort —dijo, sonriendo amablemente, Clotilde—. Adelante, adelante, señor Pis.

Septiembre se volvió tristemente hacia Filimario. En la precipitación de la fuga habían olvidado a Pío. Septiembre notó

bajo el brazo la pierna de Pío y palideció.

Fil también frunció el ceño y evitó la mirada de Clo.

—¿Dónde está Pío? —preguntó Clotilde alarmada.

Fil bajó la cabeza y Septiembre miró al techo.

—¿Dónde está el señor Pis? ¿Qué le ha pasado? ¡En nombre del cielo, hablen ustedes! —gritó Clotilde, poniéndose en pie de un salto. Y había mucho miedo en su voz.

Septiembre, con completa buena fe, cometió una gran tontería. Separó lentamente los papeles que la envolvían y enseñó a Clotilde la pierna de Pis.

—Mire —empezó a decir Septiembre. Pero no pudo seguir. Clotilde lanzó un grito y se refugió aterrada en un rincón.

—¡Es horrible! —sollozó.

Después, de repente, levantó el índice acusador y lo dirigió contra los dos caballeros.

—¡Ustedes! Ustedes lo han matado porque se han dado cuenta de que trabajaba por mi cuenta.

Filimario sonrió.

—La señorita Troll —explicó con calma— exagera evidentemente al asegurar que hemos suprimido al señor Pis. ¿No le parece, Sept?

—Soy de la misma opinión, señor Fil —contestó Septiembre golpeando con los nudillos la pierna de Pío—. Se trata simplemente de la pierna de madera del señor Pis; lo demás, carne y hueso, está en el hotel New Bell. Nos lo hemos olvidado. Clotilde se sintió ridícula.

—No sabía que el señor Pis tuviera un miembro de madera —dijo molesta—. De todos modos siempre es una infamia el haber privado a un caballero de su sostén, impidiéndole que se salve.

Filimario movió la cabeza.

—La cosa ha sucedido sin intención —explicó—. Al no sospechar que la fuga en el "Grilling" fuese engendro de su maravillosa fantasía, y sabiendo que el señor Pis estaba a su servicio recibiendo la rica paga de un beso al mes, hemos creído hacer bien inmovilizando al señor Pis hasta la hora de la salida. Pero nos hemos equivocado al calcular el tiempo, y el señor Pis se ha quedado en el hotel. De todos modos —agregó Fil—, le aseguro a

usted que cambiaría con mucho gusto mi puesto por el suyo. Es ciertamente mucho mejor tener que habérselas con todos los policías de América que con una sola Clotilde Troll.

Clotilde había recuperado el dominio de sus nervios.

—El que cuenta con el agradecimiento de los hombres es un idiota —suspiró—. Pero yo soy sabia y no contaba con el de ustedes. Si les he salvado a ustedes del terrible lío en el que se habían metido, fue porque mi corazón se sintió compadecido.

Clotilde se sentó a la mesa e hizo seña a los dos caballeros de que se acercaran.

Sirvieron una comida exquisita y delicada, vinos excelentes, fruta inmejorable; pero todos evitaron hablar.

Después de haber bebido una taza de café, Clotilde se volvió sonriendo a Septiembre. —Estoy segura de que, un poco por la emoción y un poco por el cansancio, el señor Septiembre no desea sino una blanda cama. No haga cumplidos, señor Septiembre, su camarote está preparado y puede disponer de él.

Septiembre comprendió perfectamente lo que Clotilde no había dicho. Dio las gracias, saludó y se dirigió hacia la puerta.

Entonces se acordó de que se había olvidado algo y fue a coger, en el rincón donde la había puesto, la pierna de Pío Pis.

—Señor Septiembre —dijo Fil—, tenga usted la bondad de preguntar a la señorita Clotilde si, a falta del señor Pis, desea pagar lo que le debe a la pierna del señor Pis. Estamos ya a fin de mes y creo que se merece un beso, la pobre pierna de madera. Septiembre era un buen muchacho.

—¡Ah! ¡Ah! —empezó a reír al salir, mientras entusiasmado se daba grandes golpes con la pierna de Pío en el muslo. Y le oyeron reír durante mucho tiempo.

Cuando todo estuvo callado, Clotilde, cogiendo una flor de un florero, la acercó lentamente a su graciosa naricita; se veía que iba a hablar. Pero Filimario no le dio tiempo.

—Señorita Troll —dijo Filimario con voz firme—, tengo la impresión de que la broma ya ha llegado al límite que en estos casos consiente el buen gusto y la discreción. Continuar por este camino significaría exagerar. Me niego a considerar digna de piratas esta última empresa; tengo que reconocer, en el fondo, que ha

venido a resolver una situación poco simpática para nosotros. Quiero ser razonable: admito fácilmente que la estúpida acusación del rápido 148 no se debe a usted…

—Grave error, señor Dublé —le interrumpió Clotilde—. En verdad que me debe usted a mí, inspiradora del abogado Smitson, el haber sido por algunos días el hombre más célebre de América.

Filimario se contuvo difícilmente; no se esperaba esto.

—Está bien, reconozcamos también esta otra grandiosa empresa de usted y lleguemos a una conclusión: ¡Basta, señorita Troll! Para terminar la aventura dentro de los límites de la decencia tiene usted que mandar a su capitán que haga ruta para Nevaslippe. Una vez allí se encargará usted de recuperar a Pío Pis y al notario y luego podrá usted irse adonde quiera. ¡Aunque sea al infierno!

—No sé decirle a usted qué gran satisfacción representa para mí el ver a un Dublé perder la calma y adoptar el lenguaje de un descargador del muelle —exclamó alegremente Clotilde—. De todos modos le advertiré a usted de que me guardaré bien de hacer ruta para Nevaslippe. Estamos a bordo de un velero y sería una imprudencia atreverse a un viaje tan largo. Además, antes de desistir de la acción que he empezado, necesito dos cosas: que me pida usted perdón por todas las groserías que ha tenido para conmigo, y que pida usted humildemente mi mano.

—¡Antes que casarme con usted me beberé diez latas de aceite! —gritó entonces Filimario.

—Aprecio mucho sus buenas intenciones —dijo Clotilde—, pero lo malo está en la dificultad de encontrar al bueno del notario que lleva en su maletita el histórico vaso. El ilustre notario viaja, en este momento, y contempla estupendos panoramas a bordo del "Delfín". El mar es grande e infinito. ¡Quién sabe si le volveremos a encontrar! Ahora nosotros nos vamos a la Argentina, señor Dublé; cuento con causarle a usted muchas molestias allá abajo. Tengo a muchos amigos allí, y me será fácil. Y tendrá usted que ceder, señor Dublé. ¡Me divertiré mucho el día en que pida usted mi mano!

Filimario se levantó lentamente y se acercó a Clotilde. Multitudes de Dublés desde el año 1000 a 1700, ejércitos de caballeros y gentiles hombres irreprensibles le gritaban desde los cielos del pasado su indignación, pero a Filimario no le importaba.

Filimario iba a coger a Clotilde por aquellos suaves cabellos y le iba a pegar un par de tortas.

Clotilde comprendió que nadie habría podido detener el avance de aquel hombre terrible y no intentó siquiera llamar al timbre; retrocedió hacia un rincón y esperó la tempestad con los ojos cerrados.

La esperó con ansia deliciosa.

Pero un jaleo imprevisto interrumpió el avance de Fil.

El "Grilling" se movió por un golpe repentino y gritos rabiosos se elevaron en el puente. Después se abrió la puerta y apareció Ketty, pistola en mano.

Una lógica admirable regula el desenvolvimiento de esta narración. Ciertamente no por azar ni por haber caído del cielo se encontraba la rubísima contrabandista a bordo del "Grilling".

El "Grilling" había levado anclas del puerto de Nueva York a las ocho treinta, y a las nueve de la misma noche Jorgito y Ketty (otra vez rubísima después de la aventura del café) hablaban alegremente en el "hall" del Gran Mog.

—Estoy contento —dijo Jorgito de pronto— de que aquella infernal muchacha se haya quitado finalmente de en medio. Toda esta publicidad a su nombre y las molestias que empezaba a darle la policía le han convencido de que tenía que ahuecar sin ruido. Yo mismo le he alquilado un buen velero rápido y esta noche va a salir para la Argentina. O, mejor dicho, ya tendría que haber salido.

Ketty cogió a Jorgito por la manga.

—¿Cómo se llama ese velero? —preguntó con una sospecha terrible.

—"Grilling" —dijo Jorgito.

Después el pobre Jorgito ya no entendió nada; cogido de un brazo por la robusta muchacha no hizo otra cosa que dejarse arrastrar. Se encontró en un coche de cuatro caballos, lanzado de un lado a otro; después en un tren, luego en otro coche que volaba por calles desiertas, sepultadas en la oscuridad de la noche. Finalmente, vio temblar el mar bajo la luz de la luna; quiso preguntar algo, pero ya Ketty estaba llamando furiosamente a una puertecita.

Cuando la puertecita se abrió, veinte voces dijeron con maravillosa alegría:

—¡El jefe!

Así Jorgito, caballero cien por cien de Nevaslippe, se encontró en la cueva de los contrabandistas de Wlexton.

Ketty se alejó con Bill.

—El "Jeannette", ¿tienes las calderas encendidas?

—Sí, Ketty; íbamos a ir a…

—¡No me importa —gritó Ketty—. Haz embarcar a los hombres, deja que exploten las calderas, pero hay que alcanzar a un velero; el "Grilling".

—¿Y dónde está este velero? —se informó Bill asombrado.

—¡En el mar! ¿Dónde quieres que esté, idiota? —gritó Ketty—. Ha salido a las 8,30 de Nueva York y hace ruta hacia la Argentina. Son las once, y en dos horas y media poco camino puede haber hecho. La ruta pasa junto a la costa; si nos apresuramos podemos cortarle el camino.

En ciertos casos Jorgito se sentaba en una butaca y callaba, pero como allí no había butacas se limitó a callar estando de pie.

No se apartó ni un paso de Ketty y se embarcó sin decir palabra en el "Jeannette".

Cuando, ya en el puente, Ketty le tendió de repente un revólver, Jorgito, cogido por sorpresa, palideció y, levantó los brazos balbuciendo:

—Ketty, yo te quiero…

—¡Precisamente por eso! —explicó Ketty—. Baja los brazos y coge el revólver. Lo necesitaremos.

—¿Qué vamos a hacer? —balbució Jorgito de nuevo.

—Vamos al abordaje del "Grilling".

Ketty parecía "Sandokan a la revancha". Jorgito se sentó sobre un rollo de cuerda.

Pero no hizo falta el revólver. Fuera del timonel, todos dormían a bordo del Grilling" cuando el "Jeanette" se cruzó con el velero.

Un rápido acercamiento de flanco, y dos segundos después Ketty, seguida de Jorgito y quince contrabandistas, estaba en el puente, dueña de la situación.

Entonces se lanzó contra la puerta del castillo de popa y la abrió

de un puntapié.

—Buenas noches, señorita Clotilde—dijo irónicamente Ketty jugando con su revólver—. Como millonaria será usted mejor, pero como pirata soy mejor yo. Ni Morgan ha hecho nunca un abordaje como éste.

Clotilde miró asustada a los hombres que se veían más allá de la puerta; tenía miedo. Miedo de verdad.

—Bil —ordenó Ketty—, encárgate de la tripulación. Todo tiene que hacerse con calma; no quiero ni un chichón.

—Está bien —asintió Bill alejándose con sus hombres—. Jugaremos a los cuatro rincones para pasar el rato.

—Trata de ser lo menos idiota posible —exclamó Ketty sin volverse—. Haz que naveguen tanto el "Jeannette" como el "Grilling", a una distancia de veinte metros.

Estamos cerca de la costa y las sorpresas no son difíciles.

Entró despacio con Jorgito; en la salita de popa había una butaca y Jorgito se sentó y siguió callado, pero con más comodidad.

Filimario, después de haber superado el primer momento de asombro, se volvió a la rubia contrabandista.

—Ketty —dijo admirado—, es usted una muchacha extraordinaria, y si envidio a alguien es precisamente al señor de Ludebelle que ha sabido conquistar su generoso corazón. Siendo las cosas como son, no debe usted hacerse llamar condesa; sería ofender a los contrabandistas.

Ketty enrojeció de placer.

—Le doy las gracias, delicioso corsario rubio —terminó Filimario inclinándose.

Y Jorgito se sintió lleno de emoción y de orgullo; ahora le parecía ser el novio de "Sandokan a la revancha".

Mientras tanto, Clotilde había recuperado rápidamente ánimos y se preparaba para lanzar una de sus consabidas retahílas de palabras mordaces.

—Es una sorpresa muy agradable, condesa… —empezó, pero Ketty no la dejó continuar.

—Ahora no es tiempo de charlas, señorita Troll. Aquí ahora

mando y decido yo. Le advierto a usted que su juego ha terminado. Usted volverá a Nueva York y el señor Dublé irá adonde quiera. Siéntese y cállese.

Mientras hablaba Ketty gesticulaba blandiendo con vivacidad su revólver. Clotilde se puso pálida y sentándose en un rincón empezó a sollozar en silencio.

—¿Y ahora? —preguntó Ketty, volviéndose, a Filimario—. ¿Qué podemos hacer?

—Primeramente podríamos guardar convenientemente ese revólver que usted está agitando como si se tratara de una flor — dijo Filimario.

Y Ketty se echó a reír y se guardó el revólver en un bolsillo.

Fil se quedó pensativo por algunos instantes; después miró satisfecho a Ketty. Evidentemente había dado con la solución.

En aquel momento la puerta se abrió y Septiembre, con la bata puesta, entró como un rayo.

—¡Señor Fil, los piratas! —gritó alarmado.

—Muy bien, gracias, señor Sept —asintió Filimario—. La información es preciosa. Siéntese usted en aquella butaca y óigame.

Sept miró con desconfianza a Ketty.

—¿Volvemos a empezar? —se informó.

—No —le tranquilizó Fil—; esta vez terminamos.

—Después expuso su plan.— Es necesario que yo y el señor Sept volvamos a Nevaslippe. Enviaremos la pierna del señor Pis al Consulado de Nueva York y encargaremos al cónsul, a su vuelta a América, que lo arregle todo. Es imposible llegar a Nevaslippe con el "Grilling"; por otra parte, es necesario recuperar al notario Dik y a los dos testigos que viajan a bordo del "Delfín". Por eso propongo buscar al "Delfín", que debe de estar por estos lugares; y yo y Septiembre trasbordaremos al "Delfín" y haremos ruta para Nevaslippe. Ketty y Jorgito escoltarán a la señorita Troll hasta Nueva York. Ketty agitó la cabeza.

—¿Y qué hago yo con mis veinte hombres?

—Po… podemos decirles que se vayan —propuso Jorgito—. Estoy dispuesto a pagar su molestia. Además, Ketty, ¿qué vamos a hacer en Nueva York? ¿Por qué no te vienes conmigo a Nevaslippe?

Ketty miró a Jorgito, luego miró a Filimario.

Y Filimario asintió con un movimiento de cabeza.

—Una propuesta muy sensata, señor de Ludebelle —exclamó Filimario—. Modifico mi proyecto. Se van todos los hombres de usted, Ketty, y en cuanto encontremos el "Delfín" pasaremos al "Delfín", mientras la señorita Clotilde se marcha con el "Grilling" adonde quiera.

Ketty no entendía nada y miraba, ya a Fil, ya a Jorgito. —Es una vida nueva —le dijo Filimario—. Una vida tranquila, honrada.

—Sí, sí —exclamó Ketty conmovida.

—¿Bastan cien dólares por cabeza para tus hombres? —preguntó Jorgito, que no veía la hora de que se fueran los veinte contrabandistas.

—¡Qué va! —contestó—. Bastan cincuenta. No empecemos a derrochar nuestro dinero.

Jorgito sacó temblorosamente del bolsillo veinte billetes de cincuenta dólares y los tendió a Ketty.

Ketty salió y llamó a Bill.

—Bill, tenéis que iros inmediatamente; el golpe ha salido mal, pero toma quinientos dólares. Haz que los hombres queden contentos. Yo me quedo.

Ante los quinientos dólares Bill no discutió. Llamó a los muchachos.

—Muchachos, el golpe ha salido mal y tenemos que irnos en seguida. Pero Ketty se ha acordado de vosotros y os da cincuenta dólares para que podáis tomar unas copas y olvidar. Aquí van: dadles su parte también a los que han quedado en el barco.

El "Jeannette" se acercó y Bill, seguido por sus quince hombres, volvió a bordo.

—¿Qué tal ha salido? —preguntaron los cinco desgraciados que se habían quedado en las máquinas y junto al timón.

—Mal —contestaron todos—. Golpe al aire. No ha quedado ni un dólar para beber y olvidar.

El" Jeannette" se alejó a todo vapor.

Jorgito respiró tranquilizado y Clotilde se sintió más fuerte, mucho más fuerte.

—Un poco de calma después de todo ese barullo no me vendría mal —anunció, sofocando un pequeño bostezo con el pañuelo de

batista—. Siento tener que abandonar a esta deliciosa compañía; me voy a acostar.

—Señorita Troll, deje usted de bromear —dijo Filimario—. Explíquenos usted dónde podemos encontrar el "Delfín".

—Oh, es muy largo de explicar —suspiró Clotilde al irse—. Es una cosa muy complicada.

Evidentemente no había nada que hacer. Antes de que Clotilde saliera, Ketty intervino con mucha amabilidad:

—Me perdonará usted, señorita Troll —se dolió Ketty—, pero me veré obligada a dormir en su misma cabina; la idea de dormir sola en un camarote entre tantos hombres me aterra.

—Lo siento, pero la otra cama de mi camarote está ocupada por la camarera.

—No se preocupe usted por ello, señorita Troll; yo estoy dispuesta a dormir en la de usted.

Clotilde creyó oportuno no insistir y se alejó, seguida de Ketty. Fil, Sept y Jorgito se quedaron mirándose a la cara.

—Es un lío gordo —notó Sept.

—Quizás es mejor tratar de convencerla con dulzura —observó Jorgito después de un cuarto de hora.

Fil no dijo nada, pero, una sonrisa vagaba por sus labios.

Poco después volvió Ketty embutida con dificultad —y era agradable verlo— en una bata de la delgada Clotilde.

—La señorita Clotilde —explicó Ketty— me ha contado muy amablemente que el "Delfín" se encontrará mañana con nosotros si nuestro timonel hace ruta hacia Blets. Buenas noches, señores. Adiós, Jorgito.

—¿Han visto ustedes? —exclamó Jorgito satisfecho—. Clotilde no es mala. Hay que saber tratarla.

Mientras tanto, Clotilde, echada boja abajo en su camita —era la única posición posible después de los convincentes argumentos de Ketty—, estaba diciéndole con rabia a Ketty, echada cómodamente en la cama vecina:

—¡En Nevaslippe la haré ahorcar a usted!

—Hablaremos de ello cuando lleguemos allí, señorita Troll. Si le hubieran dado a usted, de pequeña, lecciones como la que le he dado yo hace un momento, no se encontraría usted ahora en esta

desagradable situación.

—¡Yo no puedo dormir con una pierna atada a la cama! —dijo Clotilde entre dientes. —Puede usted permanecer despierta, si le gusta —explicó Ketty apagando la luz.

A las diez el "Grilling" se cruzó con el "Delfín".

—Ahora veremos quién manda —rió Clotilde, que estaba en el camarote con Ketty—. Veremos a quién obedecerá el capitán del "Delfín".

Ketty se levantó y movió la cabeza.

—¡Es doloroso para una mujer de corazón el tener que amordazar a una graciosa y simpática muchacha! —suspiró Ketty cogiendo una gran toalla.

Clotilde retrocedió asustada; Ketty la cogió por el pelo y la echó sobre la cama, boca abajo.

Clo no opuso resistencia; se abandonó y empezó a sollozar.

—Ketty, vuelva usted a pegarme, pero lléveme con usted al "Delfín". Yo quiero a Filimario. Si he hecho esto ha sido porque le quiero. Ketty, sea usted buena… Ketty soltó el cabello de Clotilde y tiró lejos de sí la toalla.

—Señorita Troll —dijo Ketty con la voz más dura que pudo—, la dejaré a usted venir al "Delfín", pero le aseguro que a la primera broma la echo a usted al agua.

Entonces Clotilde levantó la cara bañada en lágrimas y miró a Ketty.

—Gracias, señorita Ketty —dijo Clo.

Y la rubia contrabandista se volvió porque se sonrojaba.

¡Maldita muchacha! Pero Ketty juró que tendría abiertos los ojos.

Enviaron al "Grilling" a Nueva York. El capitán y la tripulación tuvieron una gratificación espléndida y el "Delfín" prosiguió el viaje.

El capitán fue a preguntar a la señorita Troll qué ruta tenía que hacer y Ketty miró a Clo. Pero Clo no titubeó:

—¡Nevaslippe a todo vapor!

El notario Dik y los dos testigos vieron a Filimario sin demostrar excesiva alegría.

—¿Piensa usted ir a la cárcel también en su país? —preguntó cautamente el notario después de un largo silencio.

—No sé —contestó Filimario riendo—; depende de las circunstancias.

Y henos otra vez a bordo del "Delfín" como al principio de esta historia singular. Falta Pío Pis, falta del todo porque su pierna ha sido enviada a Nueva York en el "Grilling", bien rellena de dinero y con muchos saludos de todos. Están en cambio el notario, los testigos, Clotilde, Ketty y Jorgito.

Ketty se ha olvidado de que tiene que vigilar con los ojos muy abiertos a Clotilde y se dedica exclusivamente a vigilar a Jorgito. De cuando en cuando mira al mar, y cuando más se aleja de América, tanto mejor contrabandista se siente Ketty. Jorgito calla sentado al lado de Ketty, y por esta vez hace bien.

Septiembre, encerrado en el camarote del capitán, juega a los dados y gana, gana como un condenado, un doce después de otro, sin interrupción.

El notario y los testigos duermen y comen, comen y duermen.

Clotilde no sale de su camarote: está triste. Ve de nuevo Nevaslippe, las tranquilas calles de Nevaslippe, los amigos y las amigas de siempre. Alguna vez verá a Filimario, y Filimario la saludará con indiferencia. Ahora ya todo ha vuelto a su normal función y el destino de Fil ya no se puede llamar Clotilde.

¿Y Filimario? También Filimario está triste. En el fondo, Filimario es el hombre más desgraciado del mundo: es víctima precisamente de su carácter de acero.

También Filimario ve Nevaslippe con sus calles tranquilas, con la gente de siempre. Un panorama que sabe a aceite de ricino.

La aventura ha terminado. Clotilde es de nuevo la señorita Troll, una muchacha rica y tonta que pasea por la Avenida, que se puede encontrar en el gran baile, que se tropieza en las carreras de caballos.

Su proyecto desequilibrado ha terminado miserablemente. ¡Pobre muchacha tonta! Filimario sentía algo de pena por ella. O mejor, mucha pena. Si además Clotilde le quería de veras, la cosa se volvía tan melancólica…

—Dios quiera al menos que no esté enamorada de veras —

concluyó Filimario.

Y el barco navega bajo el sol y la luna y en las comidas no se dice palabra. Clotilde evita las miradas de todos, como una alumna cogida en falta.

Finalmente, una tarde, hacia la puesta del sol, el capitán anunció:

—Nevaslippe.

Capítulo 21

Vuelta al aburrimiento. ¿El destino se llama Ketty?

Jorgito y Ketty fueron los últimos en desembarcar. Antes de dejar el camino libre de los dos novios, el capitán tuvo que untar con unos cuantos miles de francos para resolver los defectos del pasaporte de Ketty.

El notario Dik y los dos testigos se fueron en seguida.

—Estamos siempre a su disposición, señor Dublé —advirtió antes de subir a la pasarela el excelente hombre de leyes. Y Fil asintió gravemente con la cabeza. Después bajó Septiembre, que, abrazando a Fil, se echó a llorar.

Después bajó Filimario y tras él, lentamente, Clotilde.

—Buenas noches, señorita Troll.

—Buenas noches, señor Dublé.

La voz de Clotilde era grave. Clo esperaba con terror que Filimario le dirigiera alguna palabra irónica. Pero que Filimario le dirigiera alguna frase irónica. Pero Filimario era hombre de buen gusto.

Los dólares que le había dado Ketty con los cigarros, en el café, frente a la casa Thompson, los cambió en francos y se fue a dormir al hotel.

¿Cuántos días duraría ese puñado de dinero? ¿Y después?

Después tendría que beber el maldito aceite de ricino. Era ridículo; Fil se asombró de que su madre hiciera una cosa tan ridícula. Era una cosa ridiculísima. Pero ¡no bebería!

El aire de Nevaslippe devolvió a Filimario toda la tozudez de los

Dublé.

—Y aquella tontuela —se preguntaba Fil—, ¿por qué se ha metido en una aventura así? ¡Quién se lo había mandado?

Pasaron uno, dos, tres, cuatro días espantosamente tristes. Por la noche del quinto día Filimario se encontró paseando frente al majestuoso palacio de los Troll.

—Me gustaría de verdad que saliera Clotilde —se dijo Fil—. Quisiera saber si ha vuelto a ser la estúpida muchacha de antes.

Pero Clotilde no salió. Clotilde, encerrada en su habitación, estaba sollozando con la cara escondida en el regazo de Ketty, que movía la cabeza indignada y decía:

—¡Pobre pequeña! ¡Yo me pregunto y digo si un hombre puede ser tan sinvergüenza!

Era una noche de julio, de agosto, de septiembre, ¿quién lo sabe? Era una bonita noche, esto es lo importante. El gran parque de Nevaslippe estaba silencioso y desierto y las ranas rompían, en jirones rojos, el ocaso. En aquella ocasión el destino se llamó Ketty y Filimario se encontró de repente con Clotilde. Ninguno de los dos esperaba al otro. Clo estaba segura de encontrar a Ketty; Fil estaba seguro de encontrar a Ketty.

Filimario tenía dos francos en el bolsillo y creyó ver en los labios de Clotilde una sonrisa ambigua. Clotilde tenía amargura en el corazón y creyó también ver en los labios de Fil una sonrisa ambigua. Por eso se saludaron con hostilidad, casi con odio. —Buenas noches, señorita Troll.

—Buenas noches, señor Dublé.

—Evidentemente ha habido una equivocación, yo no la esperaba a usted —explicó Fil con orgullo.

—Yo tampoco le esperaba a usted —contestó Clotilde con altivez.

Una inclinación rápida, y Filimario, después de una rápida media vuelta, se alejó con la cabeza erguida.

En aquel momento, en la nubecita de la familia, el difunto señor Tom decía indignado a la difunta señora Dublé:

—¡Querida mía, tu hijo es un idiota!

—Sí —asintió la difunta señora Dublé—; es un idiota muy grande —pero lo dijo riendo y siguió—: Ahora podemos marcharnos, Tom.

Y la nubecita navegó en el cielo del ocaso, mientras el difunto señor Tom enfermaba de risa.

—¡Qué cosa tan graciosa, señora mía!

En efecto, después de haber andado muy erguido unos veinte pasos, Filimario ejecutó de repente otra media vuelta, avanzó decididamente hacia Clotilde, que se había quedado en su sitio mirándole con la boca abierta, la cogió con una mano por el cuello y la besó como cualquier otro gran idiota enamorado.

Epílogo

Cuando Filimario se casó con Clotilde estaban todos: el señor Jorgito de Ludebelle, la señora Ketty de Ludebelle, Septiembre y Pío Pis, que había vuelto de América. Tampoco faltaban, en su nubecita, el difunto señor Dublé y la difunta señora Dublé. El difunto señor Dublé estaba radiante.

—Señora, los Dublé han vencido. Si no me equivoco, al señor Filimario, unido en matrimonio con la riquísima señorita Troll, puede importarle un comino su dinero y su innoble aceite de ricino.

La difunta señora Dublé ni se dignó contestar. ¿No era mejor, en el fondo, si gracias a su maldito aceite, Filimario no había conseguido los seiscientos miñones, pero, en cambio, había encontrado la felicidad?

Pasaron la luna de miel en el "Delfín" y fue una luna de miel estupenda.

—Siempre te he querido —decía Clo.

—Yo también —contestaba Fil—; pero no lo sabía. Me he dado cuenta más tarde, aunque no demasiado.

Luego, después de un largo crucero, Fil y Clo volvieron a Nevaslippe y a su magnífica casa, regalo de boda del señor Troll.

Epilogazo

Una mañana, mientras Filimario estaba aún en cama, entró Clotilde, deliciosa en su bata de florecitas.

Era una hermosa mañana de primavera y Clotilde llevaba una bata de florecitas, pero también llevaba, en una bandeja, un vaso.

—Fil, bebe, te hará bien —dijo Clo sonriendo.

Filimario miró con ojos alarmados el vaso.

—¿Qué es?

—Aceite de ricino: lo que se necesita para la primavera. Tú lo necesitas, Fil.

Filimario movió la cabeza.

—No beberé jamás esa innoble bebida —dijo con violencia.

Clotilde se sonrojó y sus ojos se llenaron de lágrimas.

—Perdóname, Filimario —susurró muy humillada—. Lo hacía por tu bien; perdóname si te he ofendido.

Ante aquella dulce carita inundada de lágrimas, Filimario se sintió el ser más abyecto de la tierra.

—Clotilde —dijo conmovido—, dame ese vaso.

Clotilde le tendió el vaso, amedrentada.

—Clotilde, tú sabes bien cuál es mi aversión hacia esta innoble bebida. No he querido el de mi madre, y Dios sabe lo que me cuesta el tomar este maldito aceite. Sin embargo…

Cerró los ojos, se acercó el vaso a los labios y bebió el aceite de un solo trago.

—… ¡el tuyo no, el tuyo no lo rechazo!

Clotilde lanzó un pequeño grito de júbilo y de detrás de una

cortina aparecieron el notario Dik y los testigos.

—El aceite ha sido bebido —anunció el notario—; la herencia está a su disposición desde hoy.

Filimario miró severamente a Clotilde, pero Clotilde le acarició dulcemente.

—Si supieras lo triste que es para mí el pensar cada día, cada hora: "Se ha casado conmigo sólo para no tener que tomarse aquel condenado aceite."

Filimario se encogió de hombros.

—En el fondo no era muy malo y creo que me sentará bien. Quizá mi madre tenía razón.

Epiloguísimo

Clotilde abrazó impetuosamente a Fil y se retiró al despacho donde una persona la esperaba.

—Mamá —dijo Clotilde radiante—. Ya está. Dios sea alabado. Cubriremos inmediatamente el déficit de los quince millones.

—Dieciséis millones —precisó la señora Troll—. Eran quince antes de que te fueras. El asunto de América ha costado un millón. Pero ha sido bien gastado, hija mía.

—Lo maravilloso es que yo, al fin, me he enamorado de veras —dijo Clotilde con voz sofocada. Y abriendo la ventana, respiró ávidamente el aire fresco de la mañana[2].

¿Habéis visto qué lío?

En verdad es lo que decía aquel hombre que se dirigía al Este: "¡Hay locos en el mundo, pero como los hombres y las mujeres…!"



GIOVANNI GUARESCHI, cuyo nombre completo era Giovannino Oliviero Giuseppe Guareschi, fue un dibujante de humor, escritor y periodista italiano que nació en Fontanelle di Roccabianca, Parma, el 1 de mayo de 1908, y que falleció en Cervia, Rávena, el 22 de julio de 1968. Su padre tenía una tienda pequeña y su madre era profesora; tuvo una infancia feliz hasta que su familia se vio afectada por la crisis económica de los años 1926 y 1927 y Guareschi se vio obligado a abandonar sus estudios en la Universidad de Parma. Antes de dedicarse al periodismo ejerció todo tipo de profesiones, desde portero a docente, hasta comenzar a colaborar en un periódico local. En 1929 fue nombrado editor de la revista «Corriere Emiliano», llegando a ser editor jefe en 1936 de la publicación humorística «Bertoldo». En 1940 se casó con Ennia

Pallini, quien se convirtió en el tema de sus columnas autobiográficas. Al llegar la Segunda Guerra Mundial Guareschi se unió al ejército italiano, en parte para escapar de las denuncias que había recibido al burlarse de Mussolini. Cuando los aliados firmaron su armisticio con los italianos, Guareschi fue arrestado por los alemanes, y enviado a un campo de concentración en Polonia. Ya en 1945 pudo fundar la publicación satírica «Candido», en la que seguía usando su tono burlón y crítico, lo que condujo a varios encarcelamientos que contribuyeron a debilitar su salud. Candido incluyó las primeras apariciones del personaje que haría famoso a Guareschi, don Camilo.

Notas

[1] Datos históricos para la cultura del lector. «Divertir instruyendo» es nuestro lema. Buenas noches, amigos. < <

[2] Higiene y poesía. < <